

UN DESTINO INESPERADO

May Bonner



RL

Un 1111

Un destino inesperado

May Bonner



Romántica

RL
Resistencia Literaria

Todos los derechos reservados

© May Bonner
Barcelona, marzo 2019

Fotografía de portada: Ibrahim Asad

El destino mueve sus hilos

Le temblaban tanto las manos mientras cogía los papeles amontonados sobre la mesa que acabaron cayéndose al suelo. Unas gotitas de sudor resbalaban lentamente por su frente. Se levantó de la silla para recogerlos y tratar de meterlos desordenadamente en su cartera. La conversación que acababa de escuchar lo había perturbado de tal forma, que había tomado la firme decisión de huir inmediatamente. Aquello no merecía la pena. Nunca había sido un hombre demasiado valiente y había acabado metido en ese lío casi por casualidad. Y por codicia, claro. No debía olvidarlo. Podía haberse mantenido al margen, pero tampoco se había caracterizado nunca por su fuerza de voluntad.

«Y a la buena vida se acostumbra uno tan rápido...», pensó.

Ya no tenía sentido lamentarse, lo que había que hacer era marcharse lo antes posible. Lo más lejos que pudiera.

—Sí, allí estaré a salvo —susurró mientras salía a toda prisa a la calle y trataba de parar un taxi.

Estaba seguro de que el lugar que había pensado para desaparecer del mapa era lo suficientemente lejano y pequeño como para que no le encontrasen. Y no se acercaría a ningún sitio conocido, se quedaría en su escondite y no saldría

de él. Sus pensamientos se iban hilvanando sobre la marcha mientras componía su plan de huida. Milagrosamente, un taxi paró a su señal a pesar de lo tarde que era. Subió con rapidez, ante la atenta mirada del taxista, y le dijo:

—Al aeropuerto.

CAPITULO I

Mara se despertó sin ánimo aquella mañana. El sol se colaba insolente por la ventana para recordarle que hasta en eso iban a tener suerte. Un día espléndido. Cerró los ojos de nuevo, quizás así volvería a dormirse, pero el sueño la rehuía. Estaba definitivamente despierta. Suspiró, había que levantarse. Tenía la cabeza pesada y se sentía la mujer más triste del mundo. Miró hacia la ventana y el sol le dio directamente en los ojos.

—Fran... —susurró.

Se deslizó hasta el baño y se miró al espejo. Un día de pelo de punta. Bueno, intentaría domar sus rizos con una diadema. No tenía energía para enfadarse porque tenía un pelo con vida propia. Al fin y al cabo, ¿qué importancia podía tener eso, frente a la realidad de que el hombre al que amaba en silencio desde hacía años se casaba ese día con su novia? Se habían decido después de su última reconciliación.

—Esa muñequita de larga melena rubia ha ganado — dijo —. Pero... ¿a quién quiero engañar? Ni siquiera hubo pelea. No me presenté al combate.

La noticia no llegaba en buen momento. Hacía algún tiempo que se estaba cuestionando su vida. Miró alrededor y un oso de peluche algo ajado, la saludó desde un rincón. Era el favorito de su infancia. Seguía en su misma habitación de niña y sintió, no solo que estaba estancada en ese momento, sino que su vida no había avanzado lo más mínimo desde que salió de la universidad. Y en algunos aspectos, desde mucho antes.

—Pero ¿qué he hecho con mi vida?

Se duchó con parsimonia y se puso lo primero que pilló en el armario. Una sudadera enorme y unos *leggings*. No tenía ganas de nada, pero se arrastró a la cocina y se preparó un café bien cargado, esperando que eso la espabilase.

No había nadie en casa. Sus padres habían salido a dar su acostumbrado paseo de los sábados: desayunarían en el centro comercial y después callejearían hasta la hora de comer. Estaba sola y podía dar rienda suelta a su tristeza y rabia. Se sentó a la mesa de la cocina mirando hacia la ventana, esperando que el sol radiante que se veía fuera la animara un poco. No tardó en sonar el teléfono.

—Llamo para subirte la moral y decirte que en cinco minutos estoy allí. No te dejaré sola en un día como hoy —dijo una voz al otro lado de la línea.

Era Tina, su mejor amiga.

—No te preocupes. He quedado con mis padres que les acompañaría a hacer unas compras. No voy a quedarme aquí todo el día —mintió.

Aunque le agradecía a su amiga sus buenas intenciones, no tenía ganas de soportar todo el día su parloteo incesante. Se conocían desde niñas y la quería mucho, pero era un auténtico torbellino y no se sentía con fuerzas para pasar todo el sábado con ella.

—Al menos desayunaré contigo.

—Ya he tomado café...

—Bueno, pues te tomas otro —respondió Tina y colgó dejando claro que no iba a aceptar un no por respuesta.

Mara fue a cambiarse de mala gana. Sabía que si su amiga la veía así vestida, no se iba a tragar la trola de que se marchaba con sus padres de compras. Mientras se maquillaba un poco, reflexionó sobre su vida de nuevo. Había conocido a Fran en el último año de colegio. Se había mudado al pueblo con sus padres y le pareció el niño más guapo que había visto. Pero era tímida y tardó mucho en llegar a acercarse a él. En realidad, no había sido ella sino la casualidad. En el primer año de instituto tuvieron que formar equipo para hacer un trabajo. Desde entonces habían mantenido una cierta amistad, que no había ido a más porque su timidez y el pánico a ser rechazada no le habían permitido seguir el hilo que alguna vez él le había lanzado para salir juntos. Siempre como amigos, eso también era cierto. Nunca hubo nada en el comportamiento del muchacho que le hubiera permitido pensar otra cosa. Pero es que él también era tímido.

Así que entre los estudios, a los que le había dedicado toda su energía, y la ensoñación de que ocurriera algo fortuito que la llevara a tener un romance con Fran algún día —sin tener que arriesgarse a ser rechazada— había ido pasando el tiempo. Y qué deprisa. Ni se había decidido a intentarlo con él, ni había dado la oportunidad a otros hombres.

Después de la universidad y de pasar un año estudiando idiomas, había regresado al pueblo para estar cerca de él todo el tiempo y no sólo durante las

vacaciones. Y eso a pesar de saber que iba a resultarle muy difícil encontrar trabajo allí. El resultado fue que había acabado viviendo de nuevo en su antigua habitación en casa de sus padres, con lo que ganaba dando clases particulares no le llegaba para un alquiler.

Lo peor de todo, sin embargo, había sido que continuó igual que cuando iban al colegio. Haciéndose la encontradiza, pero sin ir más allá, con lo que él tampoco podía sospechar que le gustaba. Es que continuar viviendo en un sueño era tan seguro... En su imaginación siempre sucedía todo como ella deseaba, no había espacio para el desengaño. En cambio el mundo real era amenazante y nunca podías saber dónde te llevarían los acontecimientos.

—Has vivido en sueños... —susurró mientras se aplicaba un poco de colorete para que no la vieran tan pálida.

Aquel sábado Mara sentía como nunca que el tiempo se le había ido escurriendo de entre los dedos sin darse cuenta. Soñando con Fran desde la distancia. Ella aquí y el allí, a lo lejos y sin sospechar nada. Finalmente, hacía más o menos un año había aparecido aquella chica, Clara, la muñequita rubia, como la había bautizado Tina. Bueno, ella no la llamaba precisamente «muñequita». El caso es que había venido al pueblo de vacaciones y en cuanto conoció a Fran, no lo dudó y fue a por él. Aunque era una relación tormentosa, habían decidido dar el paso y casarse.

—¡Qué estúpida he sido! ¡Qué manera más absurda de desperdiciar mi tiempo!
— exclamó.

Porque en las novelas y en las películas siempre pasa algo, pero en la

realidad, la mayoría de las veces es la vida la que pasa. Te sientas a esperar que algo extraordinario ocurra y así lo único que se va es el tiempo. Y allí estaba Mara, acercándose lentamente a los treinta años y ni siquiera había tenido una relación medio seria. Cuántas veces le había echado la bronca Tina, que tenía un carácter completamente distinto.

Acabó de arreglarse el pelo, o lo intentó, y bajó al salón para sentarse en el sofá con una revista e intentar aparentar normalidad.

CAPITULO II

Mara no podía concentrarse en la revista. Parecía que sus recuerdos habían decidido ajustar cuentas y no podía dejar de pensar en cómo había llegado a esa situación. Haciendo memoria, no podía recordar el momento exacto en que aparecieron sus miedos e inseguridades, pero debió ser hacia los ocho o nueve años. Todos los veranos de su infancia y bastantes de su adolescencia había pasado una o dos semanas en casa de la tía Nely. Era una casona enorme en medio del campo y cerca de un lago en el que estaba permitido el baño. Allí se reunían todos los primos a pasar unos días y a ella le encantaba. A sus padres y tíos también, porque con la tía Nely se quedaba una de las parejas de padres para ayudar, mientras que las demás podían hacer una escapada libre de niños.

Ciertamente a Mara le encantaba disfrutar del campo, jugar con sus primos y bañarse en el lago. Hasta aquel año. Había tenido una gripe muy fuerte y había adelgazado mucho. Todavía se podían ver unas ojeras profundas debajo de sus ojos. Esa vez fueron sus padres los que se quedaron en casa de tía Nely. No quisieron faltar ese verano porque pensaron que unos días de aire puro en el campo le vendría muy bien para recuperarse del todo. El saludo de la anciana cuando la vio fue:

—Uh, que aspecto más espantoso tiene esta niña. Si está esquelética... Y esa cara.

La madre de Mara se encaró con ella y le dijo que la niña había estado enferma y que cualquiera que hubiera pasado una gripe como la suya estaría

igual o peor, incluida ella misma. Pero la semillita ya estaba sembrada. Alguien menos sensible que Mara lo habría olvidado enseguida, pero ella no. Además la había pillado en un momento especialmente frágil, aún convaleciente.

Lo cierto fue que esa idea iba y venía en su cabeza y comenzó a compararse con las demás niñas. Y siempre salía perdiendo. Al año siguiente, cuando empezaba a sentirse que el verano se acercaba, decidió comer todo lo que pudiera para que la tía Nely no tuviera razón para decirle que estaba tan delgada. En su lógica infantil, pensó que eso solucionaría el problema, que equilibraría las cosas. Pero ese año el saludo fue:

—¡Uh, como está esta niña! Habrá que vigilar lo que come. No creo que quepa en el bañador.

Una vez más su madre le dejó muy claro que la niña estaba perfectamente como estaba y que no necesitaba ninguna dieta, pero para Mara llovía sobre mojado. Desde entonces no hacía más que agudizar el oído por si oía hablar de ella. Así todos los comentario negativos que escuchaba, inmediatamente pensaba que se referían a su persona. Cosas como:

—Menos mal que al menos la niña es inteligente, que si no...

Para rematar la situación con unos doce años más o menos, sus primos mayores invitaron a bañarse al lago a unos amigos del pueblo, entre los que había un niño que le gustaba mucho. Todos fueron a nadar, pero ella se quedó en la orilla porque no se atrevía a quitarse la camiseta delante de ellos. Una de sus primas pequeñas que se acercaba por detrás, resbaló en la tierra húmeda y

la empujó. Mara calló sobre el barro y su camiseta se pegó totalmente a su cuerpo. Su cara quedó marrón y hasta su pelo se cubrió de fango. Los chicos la miraron y no pudieron reprimir las risas. Era algo de lo que ella misma se hubiera reído también de no haber estado tan sensibilizada, pero en ese momento se sintió tan avergonzada que se marchó corriendo y no volvió más al lago.

A partir de entonces, no se dejó ver más en bañador en la playa si había gente. Se bañaba a primera hora de la mañana, cuando aún no había nadie alrededor. Si había alguien cuando llegaba, daba media vuelta y se marchaba. Se miraba al espejo lo justo para asegurarse que el pelo estaba peinado y hasta cuando se compraba ropa no levantaba la vista hasta que no la tenía puesta. No era cuestión de estar gorda o delgada. Era cuestión de no soportarse físicamente. Podía decir honestamente si alguien le preguntaba si era una chica guapa, que no tenía ni idea; porque no se había atrevido a volver a planteárselo nunca más.

Se aferró al pensamiento de que «al menos era inteligente» y se refugió en los libros y en el estudio. Y así había llegado a tener una preparación académica excelente y a hablar varios idiomas, pero la idea de hablar en público y verse haciendo una presentación en una empresa o algo parecido, la aterraba. Naturalmente que había tenido que hacer presentaciones en la universidad, pero, aunque lo había pasado mal, estaba en su terreno. Era su espacio conocido, dónde no se sentía juzgada y dónde sabía exactamente lo que esperaban de ella.

Mara agradeció el sonido del timbre que la sacó de sus cavilaciones. No soportaba seguir recordando nada más. Tina, alta, resuelta, con su pelo negro

perfectamente cortado y peinado; pasó por delante de ella y entró como una exhalación en el salón, le plantó un par de besos en la cara con gesto cariñoso y se sentó en el sofá.

—Bien, ¿cómo estás de verdad? ¿Quieres hablar o prefieres que nos quedemos las dos sentadas mirándonos las caras? —preguntó directamente.

Mara sonrió. Tina siempre sabía sacarle una sonrisa a todo el mundo. Habían conservado la amistad que las unía desde la infancia a pesar de sus diferencias de carácter.

—No puedo evitar estar deprimida, pero se pasará. Al fin y al cabo fue solo una ilusión. Apenas había cruzado con él unas palabras en los últimos tiempos —repetía y en el fondo casi se sentía liberada de una vieja carga, aunque aún le escociera.

—Así me gusta que sigas manteniendo el espíritu —le dijo Tina para intentar animarla.

—Y de todas formas, ¿qué puedo hacer?

—Mira, de verdad que esto es lo mejor. Así te lo quitas definitivamente de la cabeza. Estar esperando a que se decida a decirte algo no es bueno para ti, pierdes tu tiempo de la manera más tonta. Dime, ¿cuánto hace que no sales con alguien? Porque por lo que yo he visto...

—¿Cuenta lo que hice en el instituto?

Tina hizo una mueca y se echó hacia atrás en el sofá.

—Es que el tiempo se me ha pasado sin sentir. Igual que en la universidad. Entre las clases, estudiar y el trabajo en la cafetería para poder seguir pagándome la carrera y el doctorado, cuando llegaba la noche solo podía arrastrarme hasta mi cama y dormir... No sé cómo se puede tener tanta energía para irse de fiesta después.

—Cada uno tenía sus secretillos... Aunque el mío sólo era saltarme las primeras clases, tampoco soy un ejemplo a seguir —respondió Tina—. Siempre has sido la mejor en los estudios y muy responsable en todo, y te admiro por eso, pero me da la sensación de que te ha faltado vivir un poco más. Sinceramente no sé qué te pasó. Me acuerdo de ti en el colegio... Eras una niña decidida, valiente, que se arriesgaba a probar cosas nuevas. Aún recuerdo el susto que se llevó la señorita Nana, ¿te acuerdas que la llamábamos así? —añadió poniéndole la mano en el brazo y sonriendo.

Mara asintió. ¡Qué días aquellos! Le parecía que los hubiera vivido otra persona.

—Bueno, pues aún me acuerdo la cara que puso cuando se te ocurrió saltar desde la valla, solo para probar si podías hacerlo...

—Y pude —intervino Mara.

—Eso es, pudiste. Pero después no sé que te pasó... A los once o doce años te empezaste a replegar sobre ti misma y, no sé, cambiaste.

Su amiga tenía toda la razón. Desde entonces no es que le hubiera faltado vivir un poco más, es que sencillamente le había faltado vivir.

—Es cierto. A veces lo que puede parecer una simple anécdota, se convierte en un punto de inflexión en tu vida... —añadió pensativa.

—Al menos todo el tiempo entre libros si te ha servido para que aprendas a hablar muy bien... —bromeó Tina para animarla.

Mara agarró un cojín y la golpeó riendo también.

—Es verdad, debí intentar compensar todos los aspectos. A partir de hoy una nueva vida. Pero ¿cómo?

—Debes plantearte seriamente buscar un trabajo de verdad.

Unas clases de idiomas para adultos que ni siquiera le pagaban como correspondía, no se podía considerar un auténtico empleo. Era lo típico que se hacía para sacar un dinerillo extra mientras terminas los estudios, pero ya no era suficiente. Su padre había dejado caer en alguna ocasión que en el pueblo no podría encontrar un trabajo que estuviera a la altura de sus cualificaciones, pero Mara se había hecho la sorda. Mientras estudiaba se había sentido segura. Era un entorno conocido y no tenía que esforzarse para encajar, pero si se marchaba a la ciudad y buscaba trabajo en una gran empresa tendría que enfrentarse a algo totalmente nuevo. Pensaba que su inseguridad y sus miedos no la dejarían asumir la responsabilidad de algo así. Y además estaba Fran.

—Al menos con las clases me mantengo ocupada. No podré ahorrar mucho,

pero hago algo —dijo—. Y sigo estudiando, claro. Un nuevo curso *online* sobre filología... Creo que voy a ser una estudiante eterna. No se puede ser de otra forma cuando se es una «rata de biblioteca».

—No me repitas la letanía de siempre. Eso no son más que excusas y lo sabes. Yo tengo la suerte de que me guste el negocio familiar y por eso no tengo problemas de empleo. Pero tú necesitas más espacio para volar. Si hasta utilizas la ropa para esconderte... Sí, no me mires así. Lo sabes muy bien... Anda, puede que esto te anime —añadió poniendo en la mano de Mara un paquete que traía en el bolso.

—¿Qué es...?

—Venga, prepara café.

Mara se levantó para ir a la cocina y Tina la siguió. Preparó café para las dos y puso en un plato lo que había traído Tina, un montón de pequeños croasanes. Los había de chocolate, de crema, de praliné... Un auténtico festín para endulzar el día. Empezaron a comer en silencio.

—¿Son del *Rincón Dulce*?

—Sí —respondió Tina.

—Se nota. ¡Qué buenos!

—Sé que son tus favoritos y que hoy ibas a agradecer el dulce.

—Son los mejores —añadió Mara y sonrió.

Desde luego su amiga era un encanto. Ni siendo su hermana hubieran podido llevarse mejor. No tardaron en dar buena cuenta de todos los pasteles y del café.

—¿A qué hora tienes previsto salir? —preguntó Tina.

—Eh, ahora en un ratito —titubeó la joven que había olvidado que le había dicho a su amiga que iba a acompañar a sus padres.

Tina la miró con una media sonrisa. Mara se dio cuenta de que si no se salía de casa, Tina tampoco se marcharía. Y le apetecía estar sola para pensar. Por tanto, acabó de recoger la cocina y terminó de arreglarse el pelo. Salieron juntas a la calle.

—Bueno, pues, diviértete aunque sea comprando con tus padres... ¿Estás segura de que no prefieres que nos vayamos las dos por ahí a buscar chicos? —preguntó Tina.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Qué diría David? —respondió Mara riendo.

—Nada. Sería en cumplimiento del deber de ayudar a una amiga.

—Tienes un novio que no te lo mereces... En serio, tengo que ayudar a mis padres hoy, pero gracias de todas maneras.

—Como quieras —respondió Tina no muy convencida y comenzó a caminar

acera abajo.

—Si necesitas algo, llámame —añadió cuando ya iba a mitad de la calle.

Se quedó mirando fijamente a Mara que no se había movido del sitio. Ésta reaccionó con rapidez y se puso en marcha en dirección contraria, mientras exclamaba:

—Que sí, pesada.

Estaba claro que Tina no se iba a dar por vencida y no iba a permitir que regresara a casa y se metiera en la cama a rumiar lo que había pasado. Su amiga la conocía muy bien.

—Es capaz de montar guardia en la puerta... Pero y ¿adónde voy?

Pensó que no era mentira que tuviera que ayudar a sus padres con las compras. Le insistían en ello, pero los sábados solía tener siempre algún plan en la biblioteca, donde era voluntaria. Aunque precisamente ese día que tanto lo necesitaba, no había ninguna actividad programada. Decidió llamar a sus padres.

—Pues mira, hoy no tienes que preocuparte. Ya lo tenemos todo comprado y lo llevarán a casa. Tú disfruta del día —le había dicho su madre que sabía que estaba pasando un momento difícil.

Eso la dejaba definitivamente sin plan para la mañana. Una de las cosas que solía hacer de vez en cuando era viajar a la ciudad. El pueblo le resultaba

asfixiante a veces. Esos paseos al menos la entretenían y viajar en tren siempre le había gustado mucho. Consultó el horario de trenes en su móvil para ver si estaba a tiempo de coger alguno y comprobó que sí. Así que decidió que quizás una vuelta por la ciudad era lo que necesitaba y que le ayudaría a levantar el ánimo. Lo que menos deseaba era encontrarse con los invitados de la boda si continuaba dando paseos sin rumbo. Era un pueblo relativamente pequeño y todo el mundo se conocía. Dijo a su madre que pasaría el día en la ciudad y se marchó sola para despejarse.

CAPITULO III

Como había supuesto Mara, el cambio de aires le había sentado bien. Le gustaba el bullicio de la ciudad en esa época del año en la que el tiempo empezaba a ser bueno y todo el mundo salía a pasear. Le encantaba enfilarse por la calle arriba por la avenida principal y caminar lentamente y sin prisas, mirando escaparates. Le agradaban los edificios de piedra clara y las farolas torneadas de las que solían colgar macetas de flores rojas, pero lo que más le gustaba era que si giraba en la calle adecuada, se encontraría con el mar al fondo. Ese olor a yodo siempre la revitalizaba.

Le agradaba también esa sensación de anonimato que tenía en la ciudad. Nadie sabía quién era y a nadie le importaba. Si se paraba a pensarlo bien, era algo bastante triste, pero en esos momentos era justamente lo que ella necesitaba.

Había comido en un pequeño restaurante con vistas a la avenida. Era un sitio muy de su gusto y además la comida era buena. Luego se había entretenido mirando escaparates y tomando café en la plaza mayor. Ir sola a restaurantes o cafeterías era algo que no le gustaba hacer en el pueblo, pero en la ciudad todo era distinto.

«Un pueblo pequeño es lo que tiene, dos veces sola allí y ya eres la solitaria de la cafetería del centro», pensaba y por eso nunca se había atrevido a hacerlo.

Después de haber podido disfrutar de casi todo un día a su aire, se sentía más

animada. Estaba preparada para regresar a casa y se daba perfecta cuenta de que a partir de entonces había llegado el momento de replantearse algunas cosas en su vida.

En el viaje de vuelta el tren venía prácticamente lleno. Le sorprendió mucho ya que los sábados por la tarde solían ser muy tranquilos. Solo quedaban dos sitios libres en su compartimento, por lo que pudo conseguir un asiento. Así que se dispuso a leer tranquilamente la revista que se había comprado en la estación. De repente un hombre entró tambaleándose en el vagón cuando el tren ya había iniciado su marcha. Parecía muy borracho. Fue directamente hacia el asiento vacío y se sentó junto a ella.

Mara se sintió incómoda y miró a su alrededor para intentar cambiar de sitio. Pero al estar todo lleno tuvo que aguantarse. La perspectiva de pasarse dos horas de pie no la seducía demasiado, y menos después de caminar todo el día. Tenía los pies molidos. Decidió ignorarle, hundiendo su cara en la revista y haciendo como si no le viera.

El hombre no dejaba de moverse en su asiento y la estaba poniendo cada vez más nerviosa. Le llamó la atención que fuera elegantemente vestido. Le pareció que no cuadraba su aspecto con el hecho de entrar dando tumbos en un vagón de tren. Además, el alcohol había desatado su lengua y hablaba sin parar. Explicó todo sobre el pueblo donde había nacido, dio exactos detalles de cómo cazar jabalíes y hasta cual era la mejor hora para pescar atunes, en una inconexa retahíla de información. Era insoportable.

Mara trataba de no hacerle caso y miraba a su revista o a través de la ventanilla con la esperanza de que se cansase y se callase de una vez, pero la

locuacidad de aquel individuo parecía inagotable. Le empezaba a doler la cabeza. De improviso el hombre bajó el tono, como para hacerle una confidencia, y acercándose más a su cara —que tuvo que apartar debido al olor a ginebra que despedía— le dijo:

—Me van a matar, lo sé. Será esta semana y me encontrarán en el fondo de un barranco con un disparo. Así me lo han dicho. Por eso me emborracho.

Mara le miró con aprensión pensando que se trataba de un loco, pero el borracho continuó:

—Y eso no es todo, lo mismo harán con alguien que conozco, sí.

Después de decir eso, guardó silencio y la joven se sintió aliviada. Quizás el alcohol había acabado su trabajo y ya empezaba a dormirse. Así la dejaría en paz, pero su alegría no duró mucho, porque enseguida añadió, enfatizando las palabras.

—Ese hombre estará el mes que viene en la reunión de empresarios americanos que se celebrará en Punta Cana. Será el que pronuncie el discurso inaugural. Sí, ese mismo.

El desconocido se incorporó un poco, acercándose aún más y la miró con ojos desorbitados, como queriendo asegurarse de que la chica había comprendido lo que le había dicho. Después cayó pesadamente en su asiento y se durmió.

Mara decidió levantarse y continuar el viaje de pie. Por evitar que le dolieran las piernas ahora le estallaba la cabeza. Además ese tipo se comportaba de

manera muy extraña y prefería estar lejos de él. Había conseguido asustarla. Entró en el vagón contiguo y se apoyó en la pared, confiando en que sus pies no sufrieran demasiado.



Mara no comentó con nadie el encuentro con el borracho y pronto lo olvidó, convencida de que se trataba de un chiflado o que todo era producto de una imaginación estimulada por el alcohol. Sin embargo, una mañana que estaban reunidos en la cocina para desayunar y su padre leía como siempre el periódico había comprado a primera hora; la chica estuvo a punto de desmayarse al ver la primera página. La joven no pudo evitar arrebatarse el diario de las manos a su padre, que la miró atónito.

—Lo... lo siento —dijo ella un poco avergonzada—. Me ha parecido ver una oferta de trabajo interesante —añadió sin querer dar más explicaciones sobre el motivo de su reacción.

Su madre se acercó a ellos y la miró fijamente. Después sacudió la cabeza.

—Niña, tienes que replantearte algunas cosas en tu vida —dijo ésta poniendo un plato de tostadas en el centro de la mesa—. Necesitas algún cambio, pareces desesperada.

Mara no la escuchó, enfrascada como estaba en el periódico. En portada aparecía la foto del borracho del tren y decía que había sido hallado muerto en el fondo de un barranco con un disparo en el corazón. Se desconocía su identidad ya que no llevaba nada encima que lo identificase. Todo había

ocurrido tal y como aquel hombre había dicho. Mara se asustó y se levantó de la mesa de improviso. Salió de la cocina seguida de la mirada atenta de sus padres que la observaron preocupados. Primero pensó en llamar a la policía.

—Pero ¿y qué les digo? En realidad no sé nada y además, ¿qué harían los asesinos si descubren que conozco sus planes? Porque si aquel hombre no mintió en esto, quizá tampoco ha mentido respecto al hombre de Punta Cana. ¿Qué voy a hacer? —murmuró.

Dudó si contárselo a sus padres, pero enseguida desechó la idea. Era preferible no preocuparles.

—Lo mejor será que me olvide de todo este asunto. Yo no puedo hacer nada. No sé quién es el hombre de América ni tampoco quién era el hombre del tren. Si voy a la policía me tomarán por loca... o por cómplice. Sí, está claro que es mejor que no piense más en ello —añadió para sí misma.

Fue a cambiarse a su habitación. Necesitaba tomar el aire y distraerse después de leer semejante noticia. No quería que sus padres la estuvieran observando todo el día, así que llamó a Tina y quedaron en que comerían juntas. Mientras pasearía por el centro comercial.



Desde el día en que Mara leyó la noticia en el periódico, no había podido dejar de pensar en el misterioso hombre de Punta Cana. A la mañana siguiente se le ocurrió la idea de que quizás habría debido guardar el periódico, por si acaso. Pero cuando le preguntó a su madre su respuesta fue:

—Como lo dejaste tirado y no volviste a preguntar por él, lo puse para reciclar y tu padre lo ha llevado al contenedor esta mañana.

«Vaya ¿Por qué tienen que ser tan ordenados mis padres? Y el de labiblioteca no me sirve... Los tienen en un soporte y hay demasiada gente mirando como para llevarme las primeras páginas, ¿qué puedo hacer?», se dijo.

Se quedó pensativa un instante pero enseguida se le iluminó la cara. Fue directa al ordenador y buscó la noticia. La encontró enseguida, pero su decepción fue grande al comprobar que la fotografía era otra. «Imagen del lugar del suceso», indicaba el pie de foto, pero ni rastro del retrato de aquel hombre. Además estaba redactada de manera diferente, parecía otra. Llegó a pensar que lo había soñado todo. Buscó la información en otros periódicos, pero todos reproducían la misma imagen.

—¡Pero bueno! ¿No deberían dejar publicada la foto de ese hombre por si alguien le reconoce? —exclamó enfadada.

Pensó llamar al periódico pero enseguida se le congeló la mano sobre el teléfono al recordar sus últimas palabras: «... por si alguien le reconoce». Quizás esa era la clave, que alguien no quería que le reconocieran ¿Y si los que le habían matado y planeaban matar al otro desconocido eran tan poderosos como para conseguir que se eliminase la imagen del periódico? En su mente imaginó la actuación de un *hacker* misterioso borrando los archivos que contenían la fotografía. Sintió un escalofrío. Si llamaba la atención sobre ella, quizás entrara a formar parte de la lista de objetivos. Tenía que olvidarse de todo, pero no iba a resultar fácil.

CAPITULO IV

Los días pasaban pero Mara no conseguía dormir bien y cuando conciliaba el sueño, tenía pesadillas en las que el hombre del tren le reprochaba no haber ayudado a su amigo. Las imágenes de aquel borracho se mezclaban con escenas de *Extraños en un tren*, una de las películas favoritas de su padre y que había visto juntos en muchas ocasiones. Otras veces era el propio hombre misterioso el que la asaltaba en sueños y le recriminaba no haberle salvado. Se le presentaba como una figura sin cara que se acercaba a ella y la perseguía. Se levantaba sobresaltada y confusa. Siempre fue muy sensible y era capaz de captar el estado de ánimo de las personas sólo con mirarlas. Por tanto no era extraño que le atormentara saber lo que sabía y no intentar nada por ayudar a aquel desconocido.

Aquello ya estaba afectando a su día a día. Sus padres la observaban preocupados, en sus clases estaba distraída y hasta sus amigos la notaban ausente. Así que una mañana tomó una decisión. Se había despertado después de una de las pesadillas que tenía últimamente y respiró hondo.

—No puedo seguir así. Mi deber es salvar a ese desconocido o al menos intentar advertirle. Si ese hombre está en peligro y yo puedo ayudarlo, lo haré. Ha llegado el momento de volver a saltar la valla.

Se levantó muy decidida. Se puso la camiseta que tocaba ese día, bajó a desayunar y se dispuso a ir al banco para sacar todos sus ahorros. Mientras caminaba lentamente por la calle, reflexionaba sobre lo que le habían dicho

sus padres en el desayuno cuando les había comunicado que se marchaba a la ciudad.

—Mira, niña. Claro que nos gustaría que te estuvieras siempre cerca de nosotros, pero seríamos unos verdaderos egoístas si te influimos para que te quedes. Estás más que preparada para salir ahí y hacer algo —había dicho su padre.

—Llevas tanto tiempo escondida. Ve a ver el mundo y a averiguar qué quieres hacer... Parece que le tengas miedo a la vida y luego te vas a arrepentir. Como dice tu padre, estás más que preparada para lo que te propongas. Nosotros lo vemos, pero tienes que creértelo tú —había añadido su madre.

Habían estado muy intranquilos por ella esos días. En realidad, llevaban ya mucho tiempo preocupados. Desde que había regresado y sólo se dedicaba a dar ese par de clases a la semana y pensar en Fran. Creían que desperdiciaba sus cualidades. Estaban seguros de que necesitaba retomar su vida y se alegraban de que por fin se hubiera decidido a dar el paso. Esa manera en que sus padres se lo habían tomado todo, le había dado más valor y había reafirmado su convicción. Por eso entró en el banco con paso firme y se dirigió al mostrador, sin ni siquiera percatarse que una vecina hacía ademán de saludarla y se quedaba mirándola con cara de «¿dónde irá esta chica tan deprisa?».

—¿Estás segura de que quieres pasarlo todo a una cuenta normal? Quizás debieras dejar algo en la libreta de ahorro —le comentó el cajero que la conocía de toda la vida.

—Muy segura —respondió ella sonriente.

Le daba la impresión que nunca había estado tan segura de nada en su vida, como de aquella aventura en la que se iba a embarcar.

«¿Para qué está el dinero si no?», pensó

Aun así, sus ahorros sólo le alcanzaban para un billete de avión y una breve estancia.

«Bien, ya pensaré en algo cuando esté allí», se dijo.

No iba a permitir que una reflexión profunda la hiciera echarse para atrás ahora que se había decidido. Una vez en casa, llamó a Tina y le explicó su plan. A ella sí le contó la verdad. Necesitaba contárselo a alguien.

—No hagas nada hasta que yo llegue. ¡Estás loca! —había sido su respuesta por teléfono.

En menos de un cuarto de hora, su amiga estaba en su casa. Cuando entró en el dormitorio de Mara, la encontró preparando sus maletas. Incluso había sacado el pantalón y la camisa de «ejecutiva», como solía llamar su padre jocosamente al conjunto que se había comprado para la lectura de su tesis y que no se había vuelto a poner desde entonces. También había colocado sobre la cama aquel vestido que había adquirido por insistencia de Tina y que aún no había tenido narices de estrenar. Demasiado corto, demasiado estrecho, demasiado escote... Cualquiera excusa le parecía buena para no ponérselo, aunque no fuera un vestido excesivamente exagerado. Claro que era diferente a

lo que solía llevar y con lo que se sentía cómoda y segura. Tina no pudo evitar sonreír al ver el vestido esperar su turno para entrar en la maleta.

—¡Te dije que no hicieras nada! —exclamó sin dejarse distraer más—. Pero ¿lo has pensado bien? Esto es una locura. ¿Y tus padres que opinan?

—A mis padres les he dicho que me mudo a la capital a buscar trabajo. Una vez allí les diré que me han ofrecido un empleo en una multinacional, y que debo viajar constantemente. Así cuando esté en el extranjero, nada de llamadas telefónicas. Ya les llamaré yo, sino se preocuparían y no dejarían de hacer preguntas. Cuento con tu discreción.

—Pero estás loca —respondió Tina—. Ya sé que lo de Fran te ha dolido, pero hacer esto me parece exagerado.

—No es por Fran... Me parece un cargo de conciencia saber lo que sé y no ayudar a ese hombre —contestó Mara sin dejar de preparar el equipaje.

—Llámale por teléfono o escríbele una carta —añadió sentándose en una de las sillas que había junto al escritorio.

—No sé cual es la dirección. Y en Internet tampoco he averiguado gran cosa. El hombre del tren solo me dijo dónde podía encontrarle ya que será el que inaugure la reunión o convención o lo que sea. No sé ni su nombre, para mí sólo es «el hombre de Punta Cana».

—Y te vas a recorrer medio mundo... ¿Qué vas a hacer cuando llegues? ¿Te vas a plantar delante de él y le vas a decir: «usted perdone pero es que un

borracho en un tren me ha dicho que le van a matar»? Te tomará por loca y te mandará directamente al manicomio. ¿No puedo decir nada para convencerte? —preguntó mirando a su amiga con gesto preocupado.

Mara continuó guardando la ropa que creía podría necesitar sin atreverse a mirar a su amiga a la cara. Temía su mirada de reproche.

—Me encantaría comprenderte, pero estás loca. ¿Y si cuando llegues la convención ya ha terminado? No sabes nada... Perdona que me repita tanto, pero es que no se me ocurre otra cosa... ¡Estás loca! —añadió Tina al fin al tiempo que se levantaba y se situaba frente a ella para que le prestara más atención. .

—Sí, lo sé, lo sé. Sé que es una locura —contestó Mara que acababa de cerrar las maletas.

Estaba decidida y no quería pensar más en los detalles. Ya lo haría cuando llegara a su destino. Dejó el equipaje en el suelo.

—Mira, eres una de las personas más inteligentes y sensatas que conozco. De verdad, ¿por qué haces esto? —preguntó Tina.

—¿Sabes por qué? —gritó Mara enfadada —. Porque estoy harta de ser una persona sensata, harta de ser una chica muy inteligente... No he vivido nada, no he hecho nada... Me acerco a los treinta lenta pero inexorablemente y ...

«...y aún soy virgen», iba a decir, pero se contuvo. En su lugar añadió de una forma tan apasionada que nadie lo hubiera creído de ella:

—Quiero hacer algo estúpido y loco, ¿no lo comprendes? Algo que pueda recordar y decir, esto lo hice yo. Me he pasado la vida valorando los pros y los contras de todo, hasta el punto de que el tiempo se ha pasado sin darme cuenta y no he hecho nada. Nada. Lo he pensado todo tanto, que nunca he actuado y me he pasado la vida deseando hacer cosas y viendo como las demás se me adelantaban. Hablabas de Fran pues ahí tienes el mejor ejemplo. Desperdicié tanto tiempo dudando si me acercaba a él o no... Preocupada por lo que pensaría de mí... He pasado así años, tú lo sabes. Ni me decidía con él ni le daba oportunidad a otro. Soñar era más seguro... ¿Seguro por qué? ¿De qué me habrá servido la vida? Y al final conoció a una chica que sí se decidió. No quiero cumplir los treinta sin haber empezado a vivir. Ahora creo que tengo una oportunidad. Ese encuentro fue una señal. Una sacudida... Además quizá le salve la vida a un hombre.

Tina la miró con los ojos como platos, pero insistió sujetándola por los hombros para que dejase las maletas en el suelo:

—¿No estás siendo un poco melodramática? Aún te faltan unos cuantos añitos para cumplir treinta... No tiene que entrarte la prisa ahora. Estoy preocupada por ti. ¿Por qué no empiezas con los riesgos normales? Yo qué sé, una cita a ciegas o algo así...

—No sé si en este viaje ocurrirá algo extraordinario o si no pasará nada reseñable, pero lo que sí sé es que no voy a esconderme más y que me voy a arrepentir si no lo intento... Estoy decidida a cambiar eso. Voy a vivir —zanjó Mara con determinación.

Tina la miró con gesto comprensivo y le dijo, al tiempo que le alcanzaba las maletas.

—Llámame cuando llegues y procura no meterte en muchos líos para empezar tu nueva vida. Y si hay cualquier peligro, prométeme que tendrás cuidado. Estoy por irme contigo...

—No te preocupes no voy a dejar de ser precavida de un día para otro... Tampoco es que me vaya a lanzar al desenfreno ni nada parecido —añadió Mara con voz impostada y a punto de soltar una carcajada.

Estaba más nerviosa de lo que quería reconocer y parecía que estaba a punto de darle una especie de risa floja. Pero intuía que era imprescindible que no se parara a analizar demasiado lo que estaba a punto de hacer para no perder el valor y la determinación que había conseguido reunir.

—Anda, no digas tonterías... —respondió Tina con una sonrisa y dando un manotazo en el aire —. Te lo repito. No te olvides de llamarme en cuanto llegues.



Al otro lado del océano un hombre joven y atractivo, sentado a una mesa en un amplio y elegante despacho, miraba fijamente una fotografía con gesto preocupado.

—¿Dónde habrá escondido la información? —susurró.

Guardó la foto en el dossier que acababan de entregarle. Revisó los documentos una vez más y releyó la nota que los acompañaba.

«Salió del país hace un mes, posiblemente viajó primero a las Caimán, pero no es seguro. Enviaremos los informes sobre sus movimientos en las islas en cuando tengamos recopilados todos los datos. No llevaba ninguna documentación encima».

El hombre cerró la carpeta y permaneció pensativo unos instantes.

—Necesitamos esa información —dijo.

—Por supuesto, no se preocupe. Espero que no se nos hayan adelantado —respondió una voz desde la puerta.

—Debemos encontrarla nosotros primero, después... Lo que tenga que pasar, pasará.

—Desde luego. ¿Necesita algo más?

—No, nada. Gracias. Ya he averiguado todo lo que necesitaba por ahora —respondió él.

CAPITULO V

El vuelo fue muy apacible. Curiosamente Mara no se asustó y eso que pensaba que le aterrorizaría volar por primera vez y además tantas horas seguidas. Pasó casi todo el viaje leyendo y durmiendo. Los nervios de los últimos días, sin duda. Por fin había podido disfrutar de un sueño tranquilo y sin pesadillas. Consideraba que lo ocurrido era una señal para empujarla a salir de su escondite y, paradójicamente, eso la tranquilizaba. Sentía que el destino jugaba con ella, pero no de una manera arrolladora sino más bien como si le pusiera delante unas puertas que se abren y tú decides si las cruzas o no.

Había llamado a sus padres justo antes de embarcar para decirles que había llegado bien y que tenía una habitación en un hotel. Al día siguiente se pondría a buscar apartamento. Tenía que seguir con la farsa. Su madre se había ofrecido a ayudarla, pero ella se había negado, alegando que esto quería hacerlo sola. No le habían preguntado por qué no había buscado un lugar dónde vivir antes de marcharse de casa y lo agradeció. No le gustaba tener que mentirles y por lo que respectaba a sus padres, parecía que tampoco querían saber demasiado; como si temieran que hacerle muchas preguntas fuera a disminuir su determinación. Después de la llamada subió al avión, se acomodó en su asiento y suspiró. Ya estaba hecho.

Al llegar al aeropuerto internacional de Punta Cana recogió su equipaje y se dirigió en taxi al hotel que había reservado desde el ordenador de su casa. Disfrutó del trayecto hasta allí, mirando el paisaje desde la ventanilla con excitación y curiosidad. Esperaba que el hotel fuera como en las fotografías

que había visto. Con lo que tenía ahorrado podría pasar tres semanas sin problemas, pero si después de ese tiempo no había podido conseguir nada, tendría que volver. Aunque aún no sabía cómo. No estaba segura de que el dinero le llegase para el billete de vuelta, pero siempre quedaba la posibilidad de trabajar allí. En un lugar con tantos turistas y con sus idiomas no debería resultar muy difícil encontrar trabajo en un hotel o en un restaurante.

El coche se detuvo delante de un gran edificio y la joven bajó. Quedó de pie frente a la gran puerta de entrada con la sensación de que efectivamente estaba empezando una nueva vida, o al menos una nueva etapa. Enseguida un empleado del hotel le recogió el equipaje y se dirigieron al mostrador de recepción. El hall era inmenso y el suelo brillaba tanto que parecía una pista de hielo. Empleados y turistas iban de un lado a otro y Mara se sintió a gusto en mitad de aquel bullicio.

Una vez instalada, compró la prensa esperando obtener alguna información, y así fue como se enteró de donde se celebraría la reunión de empresarios: en otro lujoso hotel de la zona. Y tendría lugar al día siguiente. Mara se sentó en la cama, aún aturdida por el *jetlag* y porque había albergado la esperanza de tener al menos un par de días para preparar algún tipo de plan.

—Tenía que haber venido antes —murmuró.

Se echó hacia atrás en la cama y se quedó mirando fijamente el techo intentando pensar, pero el cansancio la venció y no tardó en dormirse con la ropa puesta.



El sol que le daba directamente en la cara la despertó. Por un momento no recordó dónde estaba y se preguntó qué hacía durmiendo vestida. A pesar de todo, se sentía descansada y fresca. Necesitaba recuperar muchas horas de descanso, así que al final se había pasado casi todo el día anterior durmiendo: en el viaje y el hotel. Había vuelto a disfrutar de un sueño relajado y reparador como en el avión. Y lo agradeció al recordar que la inauguración de la convención de empresarios tendría lugar en un par de horas. Tenía que asistir sin falta, no podría saber quién era el hombre al que se refería el borracho del tren si no estaba presente desde el primer momento. Así que sacó de su maleta el conjunto de «ejecutiva», que le pareció que era lo más apropiado para una reunión de empresarios, y después se metió en la ducha. Tras secarse bien el pelo y recogerse para evitar problemas, se arregló lo mejor que pudo. Estaba tan nerviosa que todas las pinturas se le caían de la mano.

—Estupendo, sólo me falta aparecer hecha un payaso para que me envíen directamente al manicomio —se dijo.

Otro problema era cómo entrar. Seguramente habría muchas medidas de seguridad ya que iba a asistir gente muy importante, pero prefirió no pensar en ello para no ponerse aún más nerviosa. Lo cierto era que una vez tomada la decisión de viajar hasta allí, se había relajado tanto que no se había parado a pensar en los detalles. Y es que no estaba acostumbrada a semejantes aventuras. En realidad, no estaba acostumbrada a aventuras de ninguna clase y ahora empezaba a darse cuenta de que todo iba a resultar mucho más difícil de

lo que esperaba.

Una vez arreglada, bajó a recepción y pidió que le indicaran cómo llegar hasta el hotel donde se celebraba el evento. El recepcionista le dio las indicaciones, pero le sugirió que tomara un taxi. Después fue al salón donde se estaba sirviendo el desayuno. Necesitaba comer, pues al final la noche anterior no se había despertado ni para cenar.

—Tengo que reponer fuerzas —se dijo mientras se sentaba a una de las mesas y un camarero sonriente le ofrecía una taza de humeante y delicioso café que Mara aceptó encantada.

Comió con ganas, pero sin entretenerse demasiado. El recepcionista le había asegurado que serían apenas diez minutos en taxi, pero quería llegar lo antes posible. No podía olvidar un detalle importantísimo: no tenía invitación, así que tendría que colarse.



En la puerta del hotel había un guardia de seguridad impresionante, seguramente habría más, pero este estaba justo en la entrada principal. Por lo menos medía dos metros, y se empeñaba en pedir los pases a todo el mundo. Mara llevaba ya diez minutos paseando frente a él simulando estar esperando a alguien. De vez en cuando miraba el reloj con aspecto preocupado. No dejaba de observar a todo el que entraba, ni la enorme cristalera de la fachada. Trataba de darse valor para poner en práctica el plan que había trazado. El único que se le había ocurrido en tan poco tiempo. Por fin se

acercó al guardia y aparentando seguridad, le dijo:

—Por favor, déjeme entrar. Mi acompañante no aparece. Lo más probable es que ya esté dentro y tiene mi pase...

El guardia la miró desde su altura sin hacer el más mínimo gesto.

—Tiene que ayudarme, sino mi jefe me echará una buena bronca. En mi bolso llevo su discurso. Por favor... —insistió en tono suplicante.

El guardia se retiró un poco y preguntó algo por la radio que llevaba. Después se acercó a ella, sonrió y le pasó el detector de metales.

—Pase —le dijo al fin.

—Gracias. Me ha salvado usted la vida —exclamó Mara, para enseguida añadir en voz baja —. Y quizás también a otra persona.

Ya estaba dentro, todavía sorprendida de lo fácil que había resultado entrar. No obstante aún tenía que esconderse cuando veía a alguien de seguridad, ya que no tenía identificación. Así que decidió que lo mejor era buscarse un buen sitio en la sala de conferencias y sentarse discretamente para tratar de pasar desapercibida. Era lo más razonable que podía hacer, en lugar de andar de acá para allá y correr el riesgo de que alguien le preguntara qué estaba haciendo allí.

Pero antes tenía que acercarse al bufet frío que habían preparado para los invitados e intentar conseguir algo de comer. Los nervios no la habían dejado

probar bocado en los días previos al viaje. Y si se sumaban los nervios que había pasado las últimas dos horas, se sentía desfallecida, como si tuviera un agujero en el estómago por el que había eliminado todo el desayuno que había tomado en el hotel.

—Sólo faltaba que me desmayara aquí. Sería una estupenda manera de pasar desapercibida —murmuró con ironía.

Una vez que tuvo en su mano algo parecido a un sándwich de pavo, se dedicó a elegir asiento. Encontró uno que le pareció ideal para sus propósitos y confió en que no estuviera reservado. Estaba en un extremo de la sala, junto a una columna. Allí podría observar sin llamar demasiado la atención. Se alegró de que hasta el momento todo estuviera saliendo tan bien.

Había mucha gente reunida para el acontecimiento. Hombres y mujeres de negocios llegados de todas partes, bien vestidos y con porte seguro. Mara jugó a adivinar quién sería el hombre que había venido a conocer. ¿Aquél que leía el periódico apoyado en la pared, el que hablaba nervioso por teléfono o el que conversaba animadamente con unos periodistas? Por fin se anunció que el acto de inauguración de la convención iba a comenzar. Todo el mundo empezó a ocupar sus asientos. Mara se enderezó en su silla, tensa por si alguien venía a reclamarle el sitio, pero nadie la molestó. Cuando el público estuvo sentado, se iluminó el escenario. Por un lateral de la tribuna de oradores apareció un señor de aspecto amable y simpático de unos setenta años que saludó a la concurrencia y comenzó a hablar. Mara se preguntó quién querría matar a alguien con ese aire tan encantador. Le recordaba a su propio abuelo, aunque este hombre aún estaba de buen ver. Seguro que en su juventud había sido impresionante, porque aún se le notaba. De pronto el señor amable comenzó a

presentar a otra persona.

—He aquí el hombre que fue elegido «Mejor Empresario del Año» a una edad en la que la mayoría de nosotros estábamos aún en la escuela. El hombre más joven que ha sido distinguido con ese galardón y que hoy nos honra con su presencia para inaugurar esta convención. Alguien del que estoy muy orgulloso por razones que todos conocen. Con ustedes Daniel Fanjul, director general de Exportadora Americana.

Todo el mundo comenzó a aplaudir. Mara levantó la cabeza y miró en todas direcciones para conocer de una vez al responsable de que estuviera allí. Cuando vio quien subía a la tribuna no podía creerlo. Era un hombre de unos treinta años. Atractivo, atlético, bronceado... Mara solo había visto a alguien con ese aspecto en los anuncios de perfume masculino. Al contemplarlo sobre el escenario, con un foco que lo iluminaba directamente, su cara le resultó extrañamente familiar. Sus ojos verdes que destacaban en su rostro bronceado, su pelo castaño rizado... Pero si hubiera conocido a alguien así, estaba segura de que se acordaría. Entonces empezó a hablar y quedó aún más impactada. Después de tanto tiempo encerrada con sus libros, era una persona que valoraba y apreciaba la inteligencia. Siempre se había consolado pensando que esos hombres con un físico tan impresionante no existían:

—Les dan cuerda para que salgan en la «tele» y luego los vuelven a meter en un baúl —solía decir.

O bien tenían que ser necesariamente tontos. Ahora, frente a ella tenía uno que le confirmaba lo equivocada que estaba. Otra de las consecuencias de quedarse encerrada en un mundo pequeño era perder de vista la realidad y

sustituirla por estereotipos y prejuicios. Mara comenzaba tímidamente a darse cuenta.

En ese punto la joven empezó a ponerse nerviosa de veras. Ya no era solo el asunto de acercarse a alguien y tratar de que creyera una historia tan inverosímil como la suya. Se trataba de acercarse a «alguien» como aquel hombre. Se sintió insoportablemente inquieta. Si ya la intranquilizaba la idea de abordar a un desconocido para intentar avisarle sobre lo que sabía — aunque fuera un anciano—, ¿cómo lo haría con alguien así? Con lo tímida que era, no estaba segura de si sería capaz de articular palabra en su presencia.

—Esto es por una buena causa —se repetía para darse valor.

Estaba en estas elucubraciones cuando oyó que el público comenzaba a aplaudir de nuevo. Había estado tan enfrascada en sus pensamientos que no había oído el discurso completo y ni siquiera se había dado cuenta de que había acabado. La convención se daba por inaugurada y todo el mundo se levantó para dirigirse a las reuniones o ponencias que más le interesara.

Mara observó que Daniel Fanjul aún estaba sobre el escenario. Su cerebro empezó a trabajar deprisa. Debía encontrar un modo de hablarle y debía parecer segura y serena. Aquella podría ser su única oportunidad. Así que cuando el hombre acabó de charlar con el «abuelo» —así lo había bautizado Mara— y bajó del estrado, la joven caminó muy decidida hacía él. Pero una multitud también se dirigió al orador para felicitarle y con toda la gente que se concentró a su alrededor, no la dejaron ni siquiera acercarse. El resto de sus intentos resultaron inútiles. Pasó lo que quedaba de jornada, persiguiéndole discretamente por los pasillos y escondiéndose de los guardas de seguridad

por si le pedían el pase. En un momento tuvo la vaga sensación de que él sabía perfectamente que lo seguía y le pareció que le complacía escabullirse y que tuviera que buscarlo de nuevo.

—Te estás volviendo paranoica —se dijo cansada de vagar por los pasillos.

Se sentó junto a la puerta por dónde le había visto entrar y se quedó allí pensando que le dolían los pies. Se sentía frustrada, si no conseguía hablar con él allí, no sabría dónde encontrarle. Todo aquel esfuerzo para nada. En ese momento se abrió la puerta y el joven salió como una exhalación rodeado de hombres con maletines. Sólo acertó a escuchar de pasada cómo acordaba encontrarse con unos amigos en la zona de las hamacas de una conocida playa a la mañana siguiente. Naturalmente decidió acudir ella también.

CAPITULO VI

La playa era maravillosa, como solo las había visto en los folletos de las agencias de viajes. El azul cristalino del mar, un sol radiante... Le dio la impresión de que kilómetros de arena blanca se abrían ante ella.

«Estoy en Playa Bávaro. Es como un paraíso», pensó Mara entusiasmada.

Y el paisaje le hizo olvidar enseguida lo que le había costado el taxi que la había traído y en general lo que le estaba costando todo desde que había llegado. Alojarse en un hotel de lujo quizás había sido una opción demasiado precipitada, pero no se fiaba de otras alternativas sin conocer el país. Si seguía gastando así, su estancia sería más breve de lo previsto porque no se lo iba a poder permitir. Debería estar cuidando cada céntimo. Respiró hondo y dejó que el aire llenase sus pulmones. Se sintió bien y deseó poder tumbarse en una hamaca a contemplar el mar, sin más. Por un momento sintió el impulso de quitarse la camiseta y quedarse tomando el sol. Se sentía fuerte y segura.

—Quizás salir de mi zona de confort me ha ayudado —se dijo, aunque no le gustaba nada esa expresión. La encontraba manida y poco imaginativa.

No había muchos bañistas en aquella zona por lo que decidió seguir ese impulso que la había asaltado y se quedó en bañador. Se tumbó para sentir el suave tacto de la arena y permitió que el sol acariciara su piel. Se encontró feliz y viva. De pronto ya no le importaba si la gente la miraba o no, sólo quería disfrutar del momento. Y así estuvo unos instantes, pero no se podía

entretener mucho con el paisaje ni con el relax si quería encontrar al empresario. No iba a ser tarea fácil, a juzgar por el tamaño de la playa. Además su piel era muy delicada y si permanecía mucho rato más empezaría a enrojecer. A pesar de todo, aún caminó hacia la orilla y sumergió los pies en el agua. El contraste del calor de la arena con el agua fresca le puso piel de gallina. Permaneció un instante más con los pies en el mar y se puso la camiseta. Miró a su alrededor:

—Genial. Y ahora ¿por dónde empiezo? —preguntó al aire al tiempo que comenzaba a andar sin rumbo fijo.

Había decidido que lo mejor era decirle de corrido todo lo que sabía sin pensarlo en cuanto lo tuviera delante, para después dar media vuelta y marcharse. Si no lo hacía así, no se veía capaz. En el momento en que él le hablara o la mirase, se quedaría totalmente muda. ¡Cómo detestaba su timidez! Cumpliría su misión de esa forma y ya no tendría nada más que hacer allí. Quizás entonces pudiera pasar un par de días disfrutando de la playa. Pero primero tendría que encontrarle. Naturalmente no había rastro del joven por ningún lado. Mara centró su atención en unas casetas que se encontraban al pie mismo de la arena.

—Quizás esté por aquí —se dijo algo dudosa y se acercó a la primera caseta que había para curiosear.

Nada, ni un alma. Mara se impacientaba pero siguió caminando. Su espalda comenzaba a picar incluso bajo la camiseta y el calor le empezaba a parecer sofocante. Por si fuera poco con su piel tan blanca, su nariz pronto parecería un pimiento morrón a pesar de la gorra y de la crema, si no se ponía ya a la

sombra. No se había atrevido a ponerse el bikini. Ni por el sol, ni por las otras chicas que había en la playa. No quería comparaciones. Quedarse en bañador había sido un gran paso. Había que ir poco a poco.

—Tal vez debiera hacerlo, probar con el bikini... A lo mejor ligaba por «exótica» —murmuró con una sonrisa.

Su amiga no habría entendido su actitud si hubiera estado con ella. Hasta su madre le habría echado una bronca.

—Tienes buena figura y aunque no la tuvieras, ¿por qué no te bañas? ¿Es que no vas a disfrutar de la vida solo por lo que puedan pensar los demás? —le habrían dicho.

Y tenían razón. Mara, aunque no era demasiado alta, tenía buena figura, pero su inseguridad le impedía relajarse y disfrutar plenamente del mar. Recordó que se había prometido aceptarse a sí misma y comenzar a *vivir*. Allí había mucha gente, y no era lo mismo que antes, en aquel rincón más solitario de la playa, pero aún así se decidió y repitió su «hazaña» —nadie imaginaba lo que le costaba aquello, pero si no lo afrontaba, nunca lo superaría y ya había dejado pasar demasiado tiempo—. Se quitó de nuevo la camiseta y paseó en bañador como todo el mundo. Aunque primero se embadurnó de crema. Un tanto incómoda al principio, poco a poco empezó a disfrutar otra vez del suave sol sobre su piel y la brisa fresca que la rozaba. Nadie la miraba de reojo. Era una más y se sintió de nuevo feliz. Lo había hecho. ¡Y dos veces!

Al cabo de un buen rato, se encontró cansada de pasear. Temiendo haber sido demasiado imprudente con el sol, a pesar del protector solar, se colocó de

nuevo la ropa y pensó en tomar algo en uno de los locales de la playa para refrescarse. Entonces lo recordó:

—La cita era en la zona de las hamacas... ¡Claro! —exclamó mientras se dirigía hacia allí con paso decidido.

Mara comenzó a caminar despacio entre las tumbonas bajo sombrillas de paja para ver si conseguía reconocer al hombre de la conferencia. Cosa nada difícil porque nunca conseguiría olvidar unos ojos como los suyos. De improviso le pareció reconocer el perfil del joven en una de las hamacas un poco más allá de donde ella estaba. Se inclinó para asegurarse de que era él. Aún no sabía exactamente qué iba a decirle, pero al menos tenerle localizado ya era una ventaja. Luego podría meditar cómo abordarle.

En esto que Mara no calculó bien su equilibrio y cayó de bruces sobre la arena. Cuando levantó la vista se encontró a los pies de un hombre que le pareció enorme desde su ángulo, aunque con la cantidad de arena que tenía en las gafas de sol apenas si distinguía nada a dos pasos. En aquel instante no pudo evitar que su mente volviera muchos años atrás, al charco de barro junto al lago en casa de la tía Nely. Otra vez estaba en el suelo, cubierta de polvo y frente a un hombre, al que no podía ver con claridad, pero que intuía que era ése que estaba buscando. Un temblor la recorrió y la vergüenza pugnó por apoderarse de ella de nuevo. No podía estar ocurriéndole esto precisamente en ese momento, pero esa vez algo cambió. En lugar de las risas que esperaba oír, más hirientes aún por ser la humillación de unos adultos y no las inconscientes burlas de unos niños, lo que escuchó fue una voz preocupada que le preguntaba si estaba bien. Esa voz le sonó maravillosa. Fue como sentir una nueva mirada sobre ella que le dio valor y se reafirmó en que el miedo o

la vergüenza no la controlarían. Mantendría la calma y se tomaría con humor lo ocurrido. Más fácil pensarlo que hacerlo, pero estaba decidida. Mara no volvió a la realidad hasta el hombre le preguntó por segunda vez:

—¿Se encuentra bien?

—Sí —balbuceó.

—Mi nombre es...

Por un momento pensó que iba a decir mi nombre es Bond, James Bond. Pero la verdad es que ni siquiera le escuchó. Miraba embobada su increíble sonrisa, qué era lo único que había logrado ver a través de la arena que cubría sus gafas de sol. Estaba contenta, había conseguido mantener la compostura a pesar de todo y nadie más parecía haberse dado cuenta de lo ocurrido.

—Mi nombre es Daniel Fanjul¿Y el suyo? —repitió.

—Mara. Soy Mara Bonal.

El hombre la ayudó a levantarse y comprobó que podía andar aunque con un poco de dificultad. Parecía que tenía un tirón en la pierna.

«¿Será él? ¿De donde habrá salido? A ver si él también me había estado espiando...», pensó de nuevo mientras comenzaban a caminar los dos en la misma dirección.

Nerviosa se quitó las gafas para poder mirarle bien. Era él.

«¡Qué estúpida soy! Pero, ¿en qué estaba pensando? Y también es casualidad, para una vez que conozco a un hombre así, tiene que ser por los suelos. Además el hombre con el que vengo a hablar. ¿Cómo me va a tomar en serio después de esto? Esta no era la «entrada triunfal» que había planeado. Supongo que conociéndome no podía ser de otra manera. Y encima, mira mi camiseta nueva...», su mente se volvió a llenar de ese tipo de pensamientos.

Se enderezó para aparentar seguridad mientras caminaba, decidida a desechar esas ideas, pero qué difícil iba a resultar.

«Basta, he decidido que me lo voy a tomar con humor. Se acabó darle vueltas a las cosas...», añadió para darse valor.

—Bien, si ya se encuentra bien, la dejo —dijo el joven deteniéndose frente a ella y con la intención de seguir su camino.

Mara se dio cuenta de que aquella sería posiblemente su única oportunidad de estar cerca de él. Tenía que hablarle ya.

—Verá, usted no puede irse, porque yo... —comenzó a decir, pero su amiga tenía razón. ¿Como iba a decirle que un borracho en un tren le había dicho que le iban a matar?

Además le había gustado lo que había sentido hacía un instante, cuando él le había ayudado a levantarse sin hacer el menor gesto de reírse de ella, deseaba seguir a su lado un poco más. Como resultado de esa maraña de sensaciones, Mara se quedó muda.

—¿Desea algo más, señorita? —preguntó amablemente de nuevo.

—Si, yo quería decirle...

—Si no se encuentra bien, puedo conseguirle un taxi para que la lleve a su casa...

—No, verá. No se trata de eso, es que...

Mara intentaba encontrar las palabras adecuadas inútilmente, hasta que por fin exclamó:

—¡Trabajo! Lo que necesito es trabajo... Sé que es usted es un importante empresario y quizá..., quizá pueda ayudarme. Quiero pasar al menos una temporada en el extranjero y no podré si no encuentro un empleo.

El hombre la miró divertido.

—Realmente es la forma más original de pedir empleo que habían utilizado conmigo hasta ahora. Bien, ¿qué sabe hacer?

—Yo, pues...

Y se encontró enumerando parte de su amplio currículum.

El empresario quedó impresionado y sorprendido. No se esperaba semejante currículum.

—Verá lo que vamos a hacer. Preséntese esta tarde en esta dirección. Es el hotel donde se alojan los empleados de la empresa que han venido al congreso. Hable con el señor Decker, mi jefe de personal y dígame que yo la envío. Él le hará una prueba —dijo entregándole una tarjeta en la que había escrito algo.

Mara la cogió y pudo leer en ella la dirección del hotel y un nombre: «Daniel Fanjul. Director General de Exportadora Americana».

CAPITULO VII

Tras aquel encuentro en la playa con Daniel Fanjul, Mara había regresado a la zona de hamacas y se había quedado sentada en una de ellas, reflexionando sobre los curiosos juegos del destino. Su intención era plantarse delante de aquel hombre y explicarle del tirón todo lo que sabía. Nada más. Pero aquella caída... Esa nueva caída lo había cambiado todo. Tuvo la leve sensación de que un círculo comenzaba a cerrarse. No habría podido precisar más lo que sentía.

—Verdaderamente, empieza una nueva etapa —se dijo.

Después había ido a cambiarse de ropa para ponerse algo más apropiado para una entrevista de trabajo y había ido al hotel a ver al jefe de personal. La reunión fue muy bien. La joven sintió que todo el tiempo pasado estudiando había valido la pena. Lo que no sabía era que la empresa no estaba en Santo Domingo. Ellos sólo estaban allí por el congreso. Su nuevo trabajo sería en Estados Unidos. En Florida para ser exactos. La chica dudó unos instantes. ¿Tendría dinero para llegar hasta allí y vivir hasta que cobrase su primer sueldo? Pero cuando le informaron que ellos se harían cargo del papeleo para que pudiera entrar en el país, que viviría en uno de los apartamentos que la empresa cedía a sus empleados, y que el alquiler —muy bajo— le sería descontado de la nómina, se tranquilizó. Pero fue cuando le dijeron cuanto iba a cobrar, que se disiparon totalmente todos sus temores.

Emocionada, Mara llamó a Tina para informarle y a sus padres para decirles

que «su empresa» la enviaba a Florida. Preparó su equipaje y se dispuso a poner rumbo a Miami. Ya podía decir de verdad que empezaba una nueva vida. Apenas un par de días después de instalarse, llegó el gran momento: el primer día de trabajo. Estaba tan nerviosa que empezó a ducharse con acondicionador para el pelo. La fragancia a fruta tropical la alertó.

—Venga, Mara, vamos a calmarnos. Tú puedes —murmuró mientras respiraba hondo, se enjuagaba y empezaba de nuevo, esta vez sí, con gel de baño.

Era consciente de que ya no se trataba de acercarse a alguien, soltarle un discurso y salir corriendo, aunque ello implicara colarse en un evento. Ahora tendría que dar la talla en un trabajo que nunca había tenido la oportunidad de desempeñar, por mucho que se supiera la teoría de memoria; y además cerca de aquel hombre tan increíblemente guapo. Tartamudeaba solo de pensarlo.

—Voy a demostrar que soy capaz —dijo con toda la decisión que pudo a su imagen en el espejo, una vez que había salido de la ducha —. Vaya, se me ha hecho tarde —añadió.

Tener que volver a ducharse había dado al traste con su horario tan bien estudiado. Se peinó, o lo intentó, porque su pelo no quiso acompañarla en sus buenas intenciones y se empeñó en quedar de punta. Finalmente optó por recogerse en un moño en la parte superior de la cabeza. Darse cuenta de que iba con mucho retraso le hacía ponerse más nerviosa, le temblaban las manos y todo se le caía, con lo que aún tardaba más. Se maquilló como pudo y al abrir el frasco de perfume para echarse una gotita, se le derramó encima. El frasco entero. Y no era precisamente colonia, sino uno de esos perfumes sobre los que recomiendan no ponerse más de tres gotas si no quieres ir anunciando

tu llegada con tres calles de antelación.

—¡Oh, no! No puede ser... Esto solo me puede pasar a mí.

Aún no se había vestido del todo, por lo que sólo tuvo que cambiarse la ropa interior, pero se trataba de un perfume bastante fuerte y no le daba tiempo a ducharse de nuevo.

—Genial. Voy a llegar colocada con este olor... —murmuró en el colmo del agobio.

No había tiempo para lamentaciones, tenía que irse ya. Salió corriendo y en el ascensor se encontró con una vecina que llevaba un perrito en brazos. El animal comenzó a olfatear en su dirección y finalmente comenzó a emitir una especie de estornudos. La señora la miró con extrañeza y a Mara sólo se le ocurrió disimular haciendo que consultaba la agenda de su móvil. Confiaba en que el aire de la calle ventilara un poco el fortísimo olor que llevaba encima.

Al llegar al edificio de oficinas, preguntó por su despacho, pues ya le habían facilitado en la entrevista todos los datos de su nuevo puesto. El recepcionista se echó un poco para atrás cuando ella se acercó al mostrador y así supo Mara que no se había ventilado lo suficiente. Por fin llegó la joven a su nuevo despacho, que iba a compartir con otra empleada.

—Hola, soy Laura —dijo ésta tendiéndole la mano al verla llegar.

Mara sonrió con timidez consciente de su «problema» y no se acercó demasiado. No era este su plan para mejorar su autoestima.

—Hola —dijo en un susurro.

Laura la miró y no pudo contenerse.

—Chica, ¿no te has pasado un poquito con el perfume? Creo que abriré la ventana si no te importa.

Mara no pudo más y aunque fuera una completa desconocida, tuvo que contarle toda su peripecia. Laura se quedó callada unos instantes pero enseguida soltó una carcajada y dijo:

—Creo que vamos a ser buenas amigas.



Daniel había llegado temprano esa mañana, pues tenía mucho trabajo pendiente. No había parado en casi cinco horas, por lo que decidió salir de su despacho, donde tenía su propia cafetera, e ir a la máquina de café del comedor para estirar las piernas. Al pasar por el pasillo notó un fuerte olor a perfume y se preguntó quién habría venido a visitarles. Al llegar a la altura de la oficina donde estaban Laura y Mara comprobó que el olor venía de allí. La curiosidad pudo con él y se asomó. Encontró a las dos jóvenes tomando café.

—Señor Fanjul, he ido a enseñar a Mara dónde está la maquina del café
—explicó Laura antes de que él pudiera decir nada.

—Muy bien —respondió éste que no pudo evitar carraspear suavemente al aspirar el aroma.

Mara se hundió un poquito en su silla mientras trataba de disimular moviendo el café.

—Espero que se encuentre a gusto aquí —añadió el joven.

—Sí, gracias —contestó ella con toda la decisión que pudo mostrar.

Dan salió de la oficina extrañado por el olor y por el aspecto de Mara. Cuanto más sabía sobre ella menos le cuadraba.



Mara llegó a su casa agotada y deprimida. Se fue directamente al dormitorio y se dejó caer sobre la cama tal cual iba, sin quitarse ni la chaqueta. No era así como había imaginado su primer día de trabajo «de verdad». En el mismo universo en que Fran y ella mantenían una maravillosa relación, Mara era también una mujer segura de sí misma que pisaba fuerte en su trabajo y se mantenía siempre perfecta... Imaginación no le faltaba.

Aún apestaba a perfume, por lo que se levantó con desgana y se dirigió a la ducha con la esperanza de que el agua se llevara aquel olor tan intenso, que a esas alturas del día ya le había provocado un buen dolor de cabeza. Pasó fugazmente por delante del espejo y algo le hizo volver sobre sus pasos. Se miró bien y exclamó:

—¡Si parezco una institutriz del siglo XIX...! La señorita Rottenmeier, vamos.

El pelo recogido en un moño, las gafas de pasta gruesa y el rostro tan pálido... Ya no necesitaba llevar gafas, pero se sentía más *segura* con ellas. Creía que le darían un aspecto más profesional. Hacía muchos meses que no se las ponía, pero los últimos acontecimientos hacían que necesitara toda la ayuda posible. Y ella las veía como eso, una ayuda. No dejó de darle vueltas al asunto mientras se duchaba, hasta que llegó a una conclusión:

—No puede ser, no me voy a esconder más detrás de camisetas tamaño paracaídas o gafas que no necesito —se dijo.

CAPITULO VIII

El segundo día de trabajo de Mara empezó mejor. Procuró hacer las cosas con más cuidado y no hubo accidentes cosméticos. Como no tenía mucho donde elegir en su armario y había decidido no parecer más una empollona salida de una serie para adolescentes, se puso aquel vestido que su amiga Tina le había animado a comprar en su día, y que hasta entonces no había tenido agallas para estrenar. Había ojeado algunas revistas y al parecer las *it girls* iban así. Además, lo veía como un acto de valentía más de la nueva Mara.

Se miró satisfecha. Desde luego era un cambio. También se puso unos zapatos muy altos que había comprado al mismo tiempo que el vestido. Si algún día se atrevía a ponérselo, también tendría valor para estrenar los zapatos, había pensado. Y así se fue a trabajar.

Cuando Mara vio la cara que puso Laura al verla llegar, comprendió que quizás se había pasado un poquito. Ya había notado que la gente la miraba, y que el recepcionista de la empresa casi salta del mostrador al entrar ella, pero había pensado que eran imaginaciones suyas por no estar acostumbrada a vestir así y por no tener mucha pericia en llevar tacones tan altos. Por lo menos no se había caído. Aún.

—¡Vaya, sí que te has puesto elegante! —exclamó Laura sin poder contenerse.

Mara se sintió un poquito avergonzada. Otra vez.

—¿No voy demasiado «vestida»? —preguntó con timidez.

Laura percibió el apuro de la joven y para quitar hierro al asunto dijo:

—¡Esto es Miami! ¡Nadie va demasiado vestido!

Y así Mara se dispuso a pasar otro *vergonzoso* día de trabajo. La situación empeoró cuando sus pies comenzaron a protestar por verse sometidos a la tortura de unos *stilettos* de diez centímetros. Había sido muy optimista al pensar que podría «dominar» unos zapatos como esos sin experiencia previa. Los paseos a la impresora que estaba en un extremo del pasillo eran lo peor. Y aunque Laura había ido un par de veces a recoger documentos y le había traído los suyos, no le podía pedir que se pasara el día paseándose hasta allí para recoger su trabajo. Así que procuraba sonreír —y cada vez le costaba más— y se marchaba lentamente hacia la impresora. A esas alturas le parecía que los zapatos pesaban el doble que a primera hora de la mañana. Además cada vez era más consciente de lo altos que eran y le daba la impresión de que estaba subida a unos zancos. En uno de esos paseos vacilantes, se le dobló el pie y a punto estuvo de acabar estampada contra la pared. Afortunadamente se pudo agarrar a la impresora. Inmediatamente miró a su alrededor.

—Menos mal que no me ha visto nadie —murmuró aliviada.

Y medio cojeando volvió a su sitio donde, nada más llegar, se quitó los zapatos y los dejó en un rincón bajo la mesa.



Daniel no podía concentrarse en el trabajo aquella mañana. No podía dejar de pensar en aquella chica. Era todo muy extraño. El día anterior se había vestido como una profesora de matemáticas jubilada y ese día... Parecía que fuera a un cóctel. La había visto pasar desde su despacho y se había quedado impactado. No había imaginado que escondiera una figura tan espectacular bajo aquella ropa de «señora mayor». Se había asomado discretamente para observarla mejor y lo cierto es que se había recreado en ello. Eso sí, había estado a punto de salir a cogerla cuando la vio dar un traspiés y casi acabar en el suelo. No parecía tener mucha experiencia con zapatos de tacón.

—¡Qué criatura tan curiosa! —exclamó finalmente antes de volver al trabajo.



Por segunda vez, Mara llegó a casa agotada y deprimida, pero esta vez, en lugar de con dolor de cabeza, con dolor de pies. En las películas cuando la protagonista se decide y cambia completamente de *look*, también mejora su personalidad como por encanto. Consigue aplomo, seguridad y hasta sabe andar con taconazos...

—En el cine siempre funciona...¡Esto es absurdo! —exclamó.

Estaba claro que en la vida real, no. Preparó una palangana con agua y metió los pies para intentar aliviarlos. Mientras sentía cómo le ardían al entrar en contacto con el agua fresca, comenzó a relajarse y a pensar:

«¿Qué se me da bien? Estudiar, aprender, buscar soluciones...».

La joven asintió. No tenía sentido imitar a nadie. Así no iba a llegar a ninguna parte. Cada uno debe ser lo único que puede ser: uno mismo, y debe tratar de utilizar los medios y las cualidades de que disponga. Ella era buena estudiando e investigando, pues esas serían sus bazas. Aquella misma noche buscó un cursillo de protocolo y saber estar y se apuntó. Al día siguiente y mientras se aclaraba con la ropa que debía comprarse, iría a trabajar en vaqueros y camiseta. Por lo menos así no correría el peligro de romperse un hueso por culpa de unos tacones.



Aunque su trabajo consistía casi exclusivamente en traducir y contestar correos, Mara se sentía a gusto. Sobre todo desde que había logrado tranquilizarse y no tener más incidentes con la ropa o los cosméticos. Desde el amplio ventanal que había frente a su mesa se podía ver el mar y eso le encantaba. El despacho de Daniel estaba en la misma planta que el suyo pero en diferente pasillo. Aun así la joven trataba de averiguar lo más posible sobre él, su familia y los empleados. De esa forma descubrió, gracias a Laura, de la que verdaderamente acabó haciéndose muy amiga, que el señor de aspecto amable que había visto en la convención era, Daniel Fanjul, abuelo del joven Daniel. No tenía otra familia.

En lo que concernía al trabajo, Mara trataba de tomarse las cosas con calma. No obstante, a veces aún pensaba que su sentido de la responsabilidad la

ahogaba. Sentía que en realidad era su «primer» empleo y no quería equivocarse.

—Tranquilízate, no pasa nada. Lo estás haciendo bien —murmuraba de vez en cuando para darse ánimos.

—No te alteres. El señor Martin no es tan fiero como lo pintan y el joven Daniel es muy buen jefe —le contestó Laura, que esta vez sí la había escuchado.

—No lo dudo. Es solo que todavía estoy un nerviosa. Aún no me siento del todo segura. Es mi primer trabajo decente... Lo más raro de todo es que me suena su cara, pero es imposible que nos hayamos conocido antes. Me refiero al señor Fanjul, el joven.

Laura levantó la vista de la pantalla y sonrió de manera enigmática.

—¿Qué? ¿Te parece que estoy loca?

—Ni mucho menos. Además, no es raro que te parezca conocido. Mira —añadió levantándose y haciéndole una seña para que se acercara.

Mara fue hacia el ordenador de su compañera para ver qué quería enseñarle y se quedó boquiabierta.

—Pero, ¿es posible? —preguntó incrédula.

Laura asintió satisfecha. Le encantaba dar noticias.

—Por eso me suena tanto. Si llevaba una foto suya en mi carpeta cuando empecé el instituto —añadió Mara sentándose de golpe en la silla de Laura, que permanecía de pie junto a la mesa.

—Sí, tuvo una exitosa carrera como modelo cuando era más joven. Tuvo una etapa rebelde en la adolescencia y su abuelo le cerró el grifo.

Mara la miró aún sin reponerse de la sorpresa.

—Verás, su abuelo no estaba dispuesto a que se echara a perder como otros hijos y nietos de familias ricas. Siempre fue estricto y él lo aceptó mientras fue un niño, pero ya se sabe lo que pasa con los adolescentes... Quería hacer lo mismo que sus amigos y su abuelo se negó en redondo. Cuando cumplió dieciocho años dijo que se iba de casa. Un impulso de juventud, supongo. El señor Fanjul estuvo de acuerdo. «Así aprenderás a ser un hombre», le dijo, porque no pensaba darle ni un céntimo.

—Me sigue pareciendo increíble... ¿Y qué pasó? —preguntó Mara cada vez más interesada.

—El joven Daniel no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer y trabajó en todo lo que pudo. Fue camarero, albañil, camionero... Hasta que un amigo le dijo que si quería ganar dinero de verdad, con su físico podría ser modelo. No se lo pensó, porque su idea era montar su propia empresa y estaba dispuesto a trabajar en lo que fuera para conseguir el capital.

Mara no dejaba de mirar a Laura con los ojos como platos.

—Le fue mucho mejor de lo que esperaba y pronto reunió el dinero que necesitaba. No me extraña, ya ves cómo está en estas fotos. Las marcas se lo rifaban... Pero a él no le interesaba nada aquello. Sólo quería dinero para su empresa y en cuanto lo tuvo, lo dejó.

—Pero ¿y su abuelo...?

—Siempre estuvo pendiente de él... Lo adora. En cuanto su empresa despegó, Daniel regresó para disculparse con él. Había sido una experiencia enriquecedora y le había hecho conocerse mejor a sí mismo. Nunca se lo ha agradecido bastante a su abuelo. Sobre todo cuando se acuerda de cómo han acabado algunos de sus colegas de adolescencia.

Mara regresó a su asiento. No podía dejar de recordar el día en que vio una foto de un modelo en una revista que su madre había comprado. Le impactó su mirada y decidió que iría muy bien en el hueco que había quedado en su carpeta al colocar las fotos de sus cantantes y actores favoritos. Nunca supo el nombre ni ninguna otra información de aquel chico de ojos impresionantes, pero su mirada la acompañó durante todos los años de instituto.

—Es increíble las casualidades que puede tener la vida —se repetía, todavía impactada por lo que acababa de saber.

Lo cierto era que no se cansaba de oír hablar de Daniel. Siempre tenía el oído atento por si escuchaba algo sobre él. En cuanto al resto de empleados, era una empresa muy grande que tenía cientos de trabajadores. Estaban el señor Decker, que era el jefe de personal; el señor Martín, que era uno de los gerentes

—además de jefe directo de Mara—; y la señora Galvan o Matilde, como prefería que la llamaran y que era la secretaria personal del joven Daniel. Al parecer eran los empleados con un contacto más directo con el jefe, pero aún quedaba mucha gente por conocer. Y, naturalmente, estaba la junta directiva. La empresa era demasiado grande para que pudiera conocerlos a todos. Necesitaba un plan, pero hasta el momento no se le había ocurrido nada. Además desde el día de la playa no había vuelto a encontrarse a solas con Daniel a pesar de sus intentos.

CAPITULO IX

—Si, la empresa es muy importante y el trabajo fantástico. Aún no puedo creerlo. Si llego a saber que para encontrar trabajo lo único que tenía que hacer era caerme delante de los posibles jefes, ¡lo hubiera hecho mucho antes! —le decía Mara a su amiga Tina aquella soleada mañana de domingo—. Por fin todo lo que he estudiado me sirve para algo. Cuando le expliqué al jefe de personal todos los idiomas que hablo me contrató enseguida. Parece que estaban buscando a alguien precisamente con mis características.

—¡Qué envidia me das! Si lo sé me voy contigo. Unas vacaciones en Santo Domingo y luego un salto a Florida. ¿Por qué no me encontré yo aquel hombre en el tren? Un trabajo fantástico y un jefe de ensueño... —le contestó riendo su amiga a través del hilo telefónico.

—Mis padres ya saben que estoy aquí. Les dije que la empresa en la que *trabajaba* me había recomendado. Nos les hizo mucha gracia que estuviera tan lejos, pero como ellos dicen: «tu vida es tu vida». La verdad es que echo de menos a mi familia y a vosotros.

—Es natural, aunque con tu nueva vida de aventuras, no creo que tengas mucho tiempo para melancolías. ¿Has hablado ya con él?

Mara se estiró sobre el sofá de su casi recién estrenado apartamento antes de contestar.

—No, no he tenido ocasión porque no me resulta fácil decírselo. Al menos estoy cerca de él y puedo observar. Ya sabes que estás hablando con la nueva secretaria de dirección en el departamento de Exportación de la empresa Exportadora Americana.

—Si, no hace falta que alardees de tu nueva posición —dijo Tina—. Ni del apartamento que has alquilado en pleno centro de la ciudad.

—Ahora puedo permitírmelo, como es de la empresa, el alquiler es mucho más barato. De todas formas, volviendo al tema del señor Fanjul. Estoy muy preocupada. Me angustia no saber cuándo puede ocurrir «eso».

—Supongo que tu interés es meramente «humanitario», ¿verdad? —preguntó su amiga con sorna.

—Pues claro, ¿qué tonterías dices? Aún no sé nada sobre él... Y cuelgo que me va a costar una fortuna la llamada, y aún no soy tan rica. Además allí ya es muy tarde.

Mara sonrió al colgar el teléfono. Estaba encantada con su nueva situación y esperaba con impaciencia que llegara el lunes para volver oír hablar de Daniel y tener la oportunidad de verle.



Empezaba la semana y Mara se encontraba exultante por ir a trabajar «con él». Además Laura y ella solían ir a la cafetería a la hora del descanso y Mara,

que estaba deseosa de conocer más cosas sobre su *gran* jefe —mucho más ahora que sabía por qué le resultaba familiar— esperaba con ansia esos ratos que pasaban allí charlando. Uno de esos días que estaban sentadas en una de las mesas más discretas de la sala, preguntó:

—Y dime, ¿cómo es que el señor Fanjul, el joven, no está casado? Porque, no lo está, ¿verdad?

Laura sonrió. Se notaba que estaba encantada de servir de informadora y que disfrutaba a más no poder.

—Oh, eso sí que es una larga historia. Verás, hace algunos años estuvo prometido con la heredera de una de las mejores familias del país. Una señorita elegante..., ya sabes. Al parecer todo debía ser un asunto de conveniencia organizado por la familia, al menos en el caso de ella.

—¿Y qué pasó? —preguntó Mara cada vez más interesada.

Laura dejó su café sobre la mesa para concentrarse solo en la conversación.

—Bueno, pues ella le dejó plantado el día antes de la boda y se largó con un jugador profesional de rugby. Sí, fue un escándalo terrible. Salió en toda la prensa. Al parecer él quedó bastante dolido y desde entonces no se le ha vuelto a conocer ninguna otra novia. Al menos oficial, porque lo que es de las otras...

—Entonces, ¿tiene muchas *amigas*? —preguntó Mara con un acento más triste de lo que ella hubiera deseado.

—¿Que si tiene...? El señor Fanjul, el abuelo, contrató a la señora Galván, que sabes que es una señora ya entrada en años, porque estaba cansado de pagar indemnizaciones a secretarias despechadas. No te digo más. Aunque hay que reconocer que el joven señor Fanjul es generoso y no engaña nunca a nadie. Te lo digo porque yo era amiga de la mayoría de las secretarias. Él deja muy claro lo que ofrece, pero siempre hay quien quiere aprovecharse de la posición de la familia para conseguir dinero a cambio de no montar un escándalo... ¡Uy, mira qué hora es ya!

Después del descanso volvieron al trabajo con cierta desgana pues hubieran preferido seguir charlando, pero Mara ya no podía concentrarse.

«¿Seré estúpida? ¿Cómo se me ocurre la idea de que un hombre de semejantes características pueda estar solo? Debí preguntarle si se le conocían enemigos en lugar de perder el tiempo con tonterías. Es preciso que recuerde por qué estoy aquí».

—¿Mara? —una voz que la llamaba desde la puerta la sacó de sus pensamientos.

—¿Sí? —respondió ella instintivamente antes de darse cuenta de que era el señor Martín.

—Aquí está el señor Fanjul. Quiere hablar contigo.

A Mara le dio un vuelco el corazón, pero enseguida vio que quien entraba era el abuelo del hombre que le interesaba.

—Señorita, me han dicho que es usted un prodigio con los idiomas —le dijo.

—Yo... No diría tanto—balbuceó ella sonrojándose un poco. Nunca había sabido aceptar los cumplidos.

—Sí, no sea modesta. Necesitamos su ayuda. Por favor, cuando termine lo que esté haciendo, vaya al despacho de mi nieto. Allí la espero.

El señor Fanjul salió cerrando la puerta y dejando a Mara con el corazón acelerado. Se presentaba una nueva oportunidad. Pero curiosamente ella ni siquiera se acordó de la razón que la había traído hasta allí. Solo pensaba en que iba a verle una vez más.

CAPITULO X

Daniel Fanjul era considerado el soltero de oro del momento, aunque a él eso le traía sin cuidado. Hacía mucho tiempo que no vivía pendiente del qué dirían. Había comprendido muy pronto que el dinero no te protegía contra los golpes de la vida. Los golpes de verdad. Perdió a sus padres siendo muy pequeño y a su tío —en realidad, era primo de su padre— al que adoraba, un tiempo después. Su abuelo era su única familia y el que siempre había estado ahí. Reconocía que en eso había tenido suerte. Había quien se quedaba completamente sólo.

Además su abuelo había sabido educarlo y le estaba muy agradecido. Aún recordaba cómo al comenzar la adolescencia sus amigos y él habían dado algunos traspiés. Pero su abuelo no era como la mayoría de las familias que conocían. Recordaba una noche especialmente. Tendría unos quince años cuando en una salida nocturna con los amigos, se les pasó la mano con la bebida. Al llegar a casa procuró no hacer ruido para no despertar a nadie, pero su abuelo le estaba esperando levantado. Al verlo en ese estado lo agarró por un brazo y le obligó a subir al coche. Le llevó a urgencias del hospital donde un amigo suyo era director. Parece que ya había hablado con él para pedirle permiso. Le obligó a mirar a cada uno de los chicos que llegaban bebidos o con sobredosis. Lo que vio allí le espabiló de golpe. Sobre todo porque hubo una chica que murió de sobredosis prácticamente delante de él. Nunca podría olvidar aquellos ojos vacíos. Después de aquella noche, tuvo pesadillas durante una temporada, pero lo que pretendía su abuelo surtió efecto. No se acercó más a sustancias dudosas y nunca pasaba de los dos

cócteles en una fiesta. Su abuelo le había dicho:

—No pude salvar a mi sobrino, pero te salvaré a ti.

El viejo Fanjul había criado a su sobrino como a un hijo, pero se reprochaba no haber detectado a tiempo sus problemas. Con su nieto, que era lo único que le quedaba, no estaba dispuesto a correr el mismo riesgo. E hizo bien. De aquellos tres amigos solo quedaba Dan. Y aunque el joven se había alejado del grupo mucho antes de que desaparecieran, no podía evitar pensar en ellos de vez en cuando.

Pasado un tiempo, al joven Dan le seguía molestando lo que él creía una falta de confianza de su abuelo hacía él. Como si no creyera que hubiera aprendido la lección, por eso se marchó de casa a los dieciocho años. Otra vez el viejo Fanjul intervino y le dejó sin dinero para que aprendiera el valor de las cosas. Y vaya si lo aprendió. Nunca podría agradecerle lo suficiente a su abuelo todo lo que había hecho por él.

Más tarde, cuando primero montó su propio negocio y después regresó a la empresa familiar, procuró que todos le reconocieran por su trabajo, por lo mucho que se esforzaba; pero para la prensa él sólo era «el soltero de oro» o el «joven heredero». Nada más. Si salía de fiesta una vez en un mes, publicaban las fotos tantas veces en los medios que parecía que saliera de marcha todos los días. Y por si fuera poco después del escándalo de la fuga de su novia con el jugador de rugby, la prensa se había cebado con él. Aquello le había marcado, porque aunque reconociera que no sentía un amor apasionado por ella, sí había llegado a creer que podrían tener un futuro juntos. Evidentemente, para ella no había sido suficiente, y Dan se volvió

desconfiado. Por una parte, decidió que a partir de entonces sólo tendría relaciones superficiales si no había un sentimiento realmente profundo —hasta la fecha no lo había habido—. Y por otra decidió no preocuparse más por lo que la prensa u otra gente pudiera decir o pensar de él.

Ahora Mara había llegado para descolocarlo. No sabía qué pensar de esa chica y por eso la vigilaba discretamente. Que apareciera en esos precisos momentos le extrañaba, pero tenía que reconocer que nunca había conocido a nadie como ella. ¿Era una especie de Mata hari, una chica inocente o simplemente estaba loca? No estaba seguro de cómo actuar y por eso en un primer momento había decidido mantener las distancias y observar.



Mara llamó a la puerta del despacho temblado como un flan en un tren. Antes había ido al aseo y se había pintado los labios y arreglado un poco el pelo, más por hacer algo para templar sus nervios que por coquetería. También porque pensaba que tener buen aspecto le daría un poco de seguridad. Antes no se preocupaba tanto por su imagen, pero es que entonces apenas salía de la biblioteca.

—Adelante —respondió una voz desde el otro lado de la puerta.

Una voz cuyo dulce acento se le había hecho ya inconfundible a pesar de las pocas oportunidades que había tenido de escucharla.

—Pase, señorita —añadió el abuelo del jefe.

Mara pasó y se sentó frente a la gran mesa de despacho tal como le indicaron.

—Nos han informado que, entre otras habilidades, tiene usted nociones de coreano —continuó diciendo el abuelo mientras el joven señor Fanjul observaba la escena sin intervenir.

—Si, hice un curso. Siempre me gustaron los idiomas...

—No tiene que disculparse, no es ningún delito —bromeó el anciano—. Verá, tenemos que recibir a una delegación de empresarios de Corea del Sur. Ellos hablan inglés, naturalmente, pero queremos que alguien que entienda coreano asista a la reunión para esas pequeñas conversaciones entre ellos. No se trata de que no nos fiemos, sino que ésta es la primera vez que tratamos con ellos y no sabemos a qué atenernos.

—Bueno, el coreano no es mi mejor idioma, pero procuraré ponerme al día.

—Oh, no se preocupe, basta con que nos dé una idea de lo que hablan. No queremos utilizar a nadie de fuera de la compañía. Y es usted la única de la empresa que conoce algo ese idioma.

—No hará falta decirle que este es un asunto confidencial —intervino por fin el joven señor Fanjul mirándola insistentemente.

—No se preocupe. Soy una persona muy discreta —respondió Mara un poco molesta por su aparente falta de confianza.

—Tendrá tiempo para prepararse. La reunión no será hasta después de la Fiesta de verano —concluyó el señor Fanjul.

«¿Fiesta de verano?», pensó la joven.



Según averiguó Mara, la fiesta de verano era una tradición de la empresa. Era una especie de recepción que se celebraba antes de comenzar la temporada de verano y a la que estaban invitados todos los empleados de la compañía. Absolutamente todos: desde el más alto ejecutivo, hasta el personal de mantenimiento.

—No tienes que vestir de fiesta ni nada parecido. Se suele celebrar un viernes por la tarde después del trabajo y en general resultan muy divertidas. La dirección no repara en gastos y el buffet suele ser estupendo —le había comentado Laura.

«Bien. Así podré conocer y observar a todos los empleados», pensó Mara con cierta ingenuidad.

Le pareció providencial haber empezado a trabajar justo a tiempo para poder asistir. Sería una oportunidad de oro para conocer a la gente sin llamar la atención. Le estaba cogiendo el gustillo a eso de ser «espía», sobre todo después del éxito en el congreso y la facilidad con la que había conseguido situarse junto al hombre al que había venido a intentar ayudar. Se sentía como una especie de infiltrada y a veces se le pasaba por la cabeza la idea de que

sus fantasías se le estaban yendo de las manos.

—Por cierto, la fiesta es esta misma semana —le había advertido Laura antes de salir del trabajo.

Y efectivamente, ese viernes por la tarde todo el mundo estaba listo a las cinco. Mara bajó con Laura al enorme hall que daba entrada a las instalaciones de la empresa y ya había mucha gente congregada. Se habían dispuesto unas largas mesas en los extremos de la sala, así como una enorme barra para las bebidas. Laura no le había mentido respecto al buffet. Se podía encontrar de todo, carnes y pescados de varias clases, marisco, ensaladas, cremas y pasteles, dulces y salados... En fin una inmensa variedad para que todo el mundo pudiera encontrar algo de su gusto.

—¡Qué animado está todo ya! Y yo que pensé que llegábamos pronto —dijo Mara.

Laura sonrió y juntas se acercaron a una de las mesas. Desde allí se podía ver toda la sala. En menos de media hora ya estaban prácticamente todos los empleados comiendo, bebiendo y riendo. Fue entonces cuando Mara se dio cuenta de la magnitud de lo que se proponía. Había cientos de personas en aquella sala, si no más. Y eso eran sólo los empleados de las oficinas centrales, faltaban los de las filiales, que celebraban la fiesta en sus propias instalaciones. Eran tantos, que no sabía por dónde empezar.

«Es que podría ser cualquiera. ¿Quizás un infiltrado entre los encargados del aire acondicionado? ¿Un ejecutivo ambicioso? ¿Un antiguo empleado resentido? ¡Uf! Mara, en menudo lío te has metido. Esto te viene grande»,

pensó.

En un extremo de la sala vio que estaban Daniel, su abuelo y Matilde, que no dejaba de mirar con admiración al señor Fanjul cuando hablaba. Al otro lado su jefe, el señor Martin, conversaba animadamente con un grupo de empleados que Mara no conocía.

—Ven, te presentaré a algunas personas que deberías conocer. Por lo menos para que puedas situarlas —le dijo Laura en un momento dado.

Las dos se acercaron a un grupo que discutía sobre las acciones de la empresa. Allí Laura presentó a Mara al resto de ejecutivos. A parte del director de Recursos Humanos, el señor Decker, que ya conocía; en el grupo estaban la directora del departamento de Finanzas, una morena altísima que además iba subida a unos tacones de unos diez centímetros por lo menos —ella sí que sabía llevarlos con seguridad, observó Mara—; el jefe de exportaciones, un señor a punto de jubilarse y con aspecto de no saber muy bien qué estaba haciendo allí, y otros más, tantos que Mara no pudo retener el nombre de todos.

Cuando llevaba ya casi dos horas en la recepción, Mara se alejó de la gente para sentarse en una de las sillas que estaban dispuestas en un rincón de la enorme sala. Le dolían las piernas y la cabeza, pues había intentado memorizar todo lo que había podido sobre la gente que había conocido y observado.

—Es inútil, Mara —se dijo—. Es imposible que lo recuerdes todo... Necesitas un plan.

La situación estaba clara a sus ojos. Tenía que hablar con Daniel, pero era

perfectamente consciente de que quizás no fuera capaz de hacerlo. Cabía además la posibilidad de que él no quisiera volver a verla si lo hacía porque la tomaba por loca o algo así, y no lo hubiera soportado. De repente se le iluminó la mirada, ya sabía lo que haría.

—Le escribiré una carta anónima en la que le advertiré de todo. Además procuraré vigilar a los empleados más cercanos... Ya se me ocurrirá algún plan. Por otra parte no creo que deba preocuparme por otros empleados, ¿por qué querría matar a Daniel Fanjul un encargado de mantenimiento? Ni siquiera le conoce... —pensó con total y completa candidez.



La reunión con los coreanos fue un éxito para Mara. Se celebró a la semana siguiente de la fiesta de verano. Todo estaba en regla y se cerró un negocio muy ventajoso. La joven se había pasado los días previos repasando sus viejos libros.

«¡Qué suerte que los traje por si me aburría...!», pensó.

A pesar de lo nerviosa que estaba todo resultó perfecto. La chica estaba sorprendida de lo bien que se sentía. Se desenvolvía sola perfectamente, hacía bien su trabajo. ¡Incluso había burlado a los guardias de seguridad de un hotel y se había colado en un congreso en plan espía! En definitiva estaba haciendo cosas que siempre había deseado, pero que nunca pensó que fuera capaz de hacer.

Después del éxito con los coreanos, el señor Fanjul, senior, se había convertido casi en su protector. Era un señor tan encantador y amable como ella había imaginado la primera vez que le vio. Hasta el punto de que al enterarse de que estaba sola en el país, insistió en invitarla a comer en su mansión la semana siguiente. El joven señor Fanjul estaba presente cuando le hizo la proposición:

—Será una forma de agradecerle su valiosa ayuda. Creo que puede tener una carrera prometedora con nosotros —le había dicho.

A Mara no le pasó desapercibida la cara de disgusto de su nieto al oírlo.

CAPITULO XI

Los días previos a la gran cita fueron de muchos nervios para Mara, por eso procuraba concentrarse en el trabajo para no pensar demasiado en ello. Había decidido hablar con el empresario ese día. No podía esperar más. No le importaba si la tomaban por loca y la despedían y tenía que volver al pueblo, a su asfixiante vida de antes. Había venido a ayudar a un desconocido, pero ya no lo era. Ahora era una personal real de carne y hueso que podía estar en peligro. Además Daniel le empezaba a importar y no podía soportar la idea de que le ocurriese algo, aunque no quisiera admitirlo. Así que procuraba centrar su atención sólo en los correos que tenía que traducir. Trabajaba tanto y era tan eficiente que en uno de sus encuentros por los pasillos, Daniel le había preguntado con acento desconfiado —o eso creyó ella—:

—¿Hay algo que no sepa hacer?

—Sí —había respondido ella—. No sé nadar.

El día anterior a la comida en la mansión, el señor Martin, fue a verla a su despacho y le pidió una cosa que le extrañó mucho.

—¿Han llegado ya las cartas de Corea?—le preguntó.

—Sí, aquí las tengo. Aún no he podido empezar con ellas. Estoy con las de Alemania —respondió Mara.

—No se preocupe. Démelas a mí.

—Pero, si están en coreano... —señaló Mara sin comprender.

—No importa. Démelas —repitió él en tono más serio.

Mara tomó las cartas y se las entregó. El gerente salió del despacho sin distraer su atención de los sobres. La joven quedó muy pensativa. ¿Y si el señor Martin tenía algo que ocultar y era el responsable de la muerte del hombre del tren? ¿Y si era él el que quería matar a Daniel? Su corazón comenzó a palpar con fuerza ante aquellos pensamientos. Como no sabía a qué atenerse, cualquier sospecha le parecía plausible. Cada vez que se quedaba a comer en el comedor de la empresa se pasaba el rato observando a todo el que pasaba por allí entre bocado y bocado. Y eran tantos los que trabajaban en aquella empresa, que cualquiera podía ser sospechoso. Y eso que no quería pararse a pensar que el peligro pudiera venir de fuera de la compañía. Las posibilidades eran tantas... Algún competidor, una novia despechada, un compañero celoso. Cualquiera sabía. De todas formas tampoco quería perder el tiempo, así que si había algo raro con el señor Martin, tenía que intentar averiguarlo enseguida.

Salió de su despacho y caminó por el pasillo hasta llegar a la oficina de su jefe. Cuando estuvo frente a la puerta miró a ambos lados. No se veía a nadie. Dentro, alguien hablaba acaloradamente por teléfono. Mara no podía oír bien, así que abrió la puerta despacio y sin ruido.

—Ya te he dicho que las cartas habían llegado. Pero ¿qué dices? Si las tengo en mi mano... —decía el señor Martin a alguien al otro lado de la línea.

Mara prestaba toda su atención a lo que decía. Tan distraída estaba con la conversación que no se dio cuenta que se el pomo se le estaba resbalando entre las manos. Sin saber cómo la puerta se abrió de golpe y Marta acabó dando un traspiés, aunque por suerte para ella, no llegó a caerse. Dos hombres sorprendidos se volvieron hacia la joven.

—Señorita Bonal, ¿qué hace ahí? —preguntó uno de ellos.

Era Daniel. Mara se puso derecha como un resorte y buscó una razón que explicase su presencia allí.

—Yo... Terminé lo que estaba haciendo y venía a saber si hay algo más para traducir. Resbalé al abrir la puerta.

—De momento, no. Las cartas de Corea se las entregaré el lunes —dijo el señor Martin.

—¿Sabe que encontrarnos así se está convirtiendo en una costumbre?—preguntó el joven con acento divertido.

Mara no supo que contestar. En su cabeza solo se repetía una y otra vez:

«Idiota, idiota, idiota. ¿Como no se va a fijar en mi? Si no hago más que caerme o tropezar a sus pies cada vez que le veo. Así no hay manera de parecer sofisticada y distante por lo que no conseguiré que me considere interesante... ¡Qué desastre! Un momento, pero ¿qué estoy diciendo? No me tiene que considerar nada, lo que debe hacer es tomar en serio lo que tengo

que decirle».

Daniel y la muchacha, que se había quedado abstraída en sus pensamientos un instante, salieron del despacho al mismo tiempo. Él la miraba entre intrigado y divertido y ella se sentía más furiosa que avergonzada por haberse prácticamente caído otra vez delante de él.

—Como ya le dije, parece que todos nuestros encuentros empiezan con usted a punto de caer al suelo, o ya en él —le dijo mientras caminaban hacia el ascensor.

Mara no le escuchó. Solo oía sus pensamientos. Se sentía tan estúpida que le ardía la cara de rabia.

—Yo... —balbuceó.

—Voy a llegar a pensar que lo hace para llamar mi atención —añadió con aire distraído.

La joven le miró a los ojos y simplemente le dijo sin poder reprimirse:

—Tendrá usted cuidado, ¿verdad?

Él la miró intrigado y con esa sonrisa que le hacía comprender a Mara por qué tenía aquella fama de hombre irresistible..

—¿Por qué ese interés por mi?

La joven se puso tensa al instante, pero trató de disimular.

—Bueno, es usted mi jefe. No quisiera quedarme sin trabajo. Me ha costado mucho conseguir éste —sonrió.

—La empresa continuaría aunque yo no estuviera. Imagínese, Exportadora Americana fue fundada por mi bisabuelo.

Mara no supo qué contestar. En ese momento, Daniel le puso la mano en el hombro y ella sintió como si una corriente eléctrica le recorriera la espalda.

—¿Tiembla usted?.

—No... Sí, bueno. Es que tengo frío.

—Estamos en pleno verano —le dijo él sonriendo antes de entrar en el ascensor y dejarla sola y aturdida en el pasillo.

CAPITULO XII

La mansión de los Fanjul era mucho más impresionante de lo que Mara se hubiese podido imaginar. Los jardines exteriores eran grandiosos y la entrada colosal. El interior estaba decorado con exquisito gusto y había valiosas antigüedades y obras de arte adornando cada habitación. Los techos altos acentuaban la iluminación natural, y en la planta superior se veía una hermosa terraza con barandilla de madera. El viejo señor Fanjul salió sonriente a recibir a la joaven que se había quedado parada en la entrada dudando si pasar o no.

—Me alegro de que haya venido. Mi nieto se reunirá con nosotros más tarde. Pase y le presentaré a unos amigos.

En un instante, y sin que Mara tuviera claro de dónde había salido, la joven se encontró cara a cara con un enorme Golden Retriever que también mostraba ánimo de saludar.

—Hola, ¿quién eres tú? —preguntó Mara, encantada con el recibimiento.

Siempre la habían gustado los animales y había barajado seriamente la posibilidad de adoptar un perro, pero no podría hacerlo hasta no tener unos ingresos más estables. Quizás estuviera ya en el camino de conseguirlo.

—Quieto, Simba. No molestes a los invitados —regañó el señor Fanjul.

—Oh, no me molesta... De verdad —añadió ella agachándose a la altura del animal, que recibió la maniobra con tanto entusiasmo que le plantó un buen lametón en plena la mejilla.

La joven se levantó sonriendo y el anfitrión rió también, al tiempo que hacía una señal al mayordomo para que sacara a Simba al jardín. Mara, que se había sentido cohibida camino de la cita, se relajó con semejante acogida. Se había puesto aquel vestido que Tina tanto le había insistido en que se comprara y con el que fue a trabajar aquel «inolvidable» día de los *stiletos*. Le pareció que en esta ocasión sí era apropiado ponérselo y sentía que lo llevaba con total naturalidad. Eso sí, con otros zapatos. Había pasado demasiado poco tiempo y aún pensaba que no se volvería a poner un calzado de semejante altura en su vida. No obstante tenía que reconocer, que al ir comprobando lo bien que se desenvolvía en el trabajo y descubrir lo eficaz que podía ser, estaba recuperando poco a poco la confianza en sí misma. Una confianza que había llegado a pensar que se había esfumado para siempre. De todas formas aún se ponía bastante nerviosa al pensar en ver a Daniel y aún más en esas circunstancias, aunque el único contratiempo del día había sido apretar tanto la diadema que la había acabado rompiendo. Eso significaba que había tenido que dejar su melena suela en todo su esplendor, algo que a Mara no le acababa de convencer.

—Este es el señor Moran. Un viejo amigo de la familia —dijo el señor Fanjul.

—Ya veo que no pierdes el buen gusto —respondió aquel tendiéndole la mano a Mara que respondió al saludo.

Ella sonrió. Era la primera vez que acudía a una reunión semejante y no tenía muy claro qué decir. Pensó que lo mejor era observar e intervenir únicamente cuando se sintiese segura. Prefería parecer tímida a parecer estúpida. Pasaron a un salón y se sentaron en un amplio sofá frente a una mesa que parecía fabricada de un sólo tronco de madera. Después de tomar un refresco y charlar un rato sobre asuntos triviales, el señor Moran se levantó y dijo:

—Mi hija y Dan están jugando al tenis. Voy a ver si les queda mucho. Tengo hambre.

Mara se sintió un poco triste al saber que Daniel estaba con otra mujer. Quizá una nueva aventura. Aunque tenía muy claro que aquello era un partido que debía ver desde la distancia, no podía evitar tener esos sentimientos.

«¡Seré imbécil!. ¿Cómo se me ocurre seguir creyendo que ahora no salía con nadie?», pensó.

De esta forma el señor Fanjul y Mara se quedaron solos. Él empezó a contarle cosas de la empresa y de la familia y ella lo escuchó encantada.

—Nuestro apellido es de origen holandés. En realidad se escribe Van Hool, pero cuando mi bisabuelo emigró a España empezó a escribirlo tal como la gente lo pronunciaba para evitar confusiones. Luego se casó y allí nació mi abuelo y mi padre. Éste, mi padre, se trasladó a Estados Unidos y fundó Exportadora Americana, pero siempre hemos mantenido el vínculo. Fíjate que Daniel nació en Sevilla. A sus padres les encantaba la ciudad. Y yo en Madrid.

La joven asintió sorprendida.

—Yo me hice cargo de la empresa durante cuarenta años —prosiguió el señor Fanjul. —. Hasta que le cedí la dirección a mi nieto. Ya tengo derecho a tomarme un descanso.

En un momento dado, Mara preguntó por los cuadros que decoraban la casa. Era muy aficionada al arte en cualquiera de sus variantes. Su interés agradó a su anfitrión.

—Eso era cosa de mi esposa y de la madre de Dan, mi nuera, que era portuguesa. Es una de las razones por las que tenemos tantas obras de artistas de aquel país. Mi nieto heredó su gusto por la cultura y me alegra que usted también se interese por ella.

En ese punto de la conversación llegaron Dan y el resto de invitados. El joven clavó los ojos en Mara de una forma tan insistente que la chica llegó a pensar que se le había roto el vestido o algo así, pero no. Gaby, la acompañante de Dan, no era muy alta pero tenía buena figura y era muy guapa. Sobre todo tenía desenvoltura:

«Toda la que me falta a mí», pensó Mara.

Se mostraba muy cariñosa con él y Mara no pudo evitar un gesto de tristeza que al joven no le pasó desapercibido. Cuando estuvieron todos reunidos, pasaron al comedor y se sentaron a la mesa que estaba situada frente al gran ventanal que inundaba toda la estancia de luz y claridad. Mara fue colocada entre el señor Fanjul y el señor Moran, frente a éste, Gaby y al lado, Daniel,

por lo que ambos jóvenes quedaron enfrente uno del otro.

—Señor Fanjul... —dijo Mara.

—Creo que será mejor que me llames Daniel. Así me llaman mis amigos. Y mis empleados de confianza son mis amigos. A mi nieto llámale Dan, si no esto va a ser un lío.

—Gracias. Entonces todos deberán llamarme Mara —dijo ella mirando de reojo a Dan que tenía una expresión como de fastidio. La joven creyó que su inseguridad la hacía ver fantasmas donde no los había.

Durante toda la comida Dan no dejó de observar a Mara y ella no dejó de mirar al joven y a su amiga. La muchacha pasó más tiempo escuchando que participando en la conversación, pero se sintió a gusto entre ellos. Después de tomar el postre, pasaron a una salita a tomar café, sentados cómodamente en los dos enormes sofás que custodiaban una mesita de centro, donde se había dispuesto la bandeja con la cafetera y las tazas. Allí la conversación fue muy animada y Mara fue capaz de intervenir un par de veces. En un momento determinado el señor Moran dijo:

—Nos encanta la compañía, pero tenemos que marcharnos. Mi hermano llega en el vuelo de la noche y queremos recogerle en el aeropuerto.

Salieron todos al jardín y Dan les acompañó hasta el coche para despedirlos. En ese punto Mara pensó que era el momento de hablar, y le parecía más fácil hacerlo con el abuelo que con Dan.

—Señor Fanjul... Perdón, Daniel. Tengo que hablar con usted.

—Claro. Siéntate aquí —contestó él señalando un sofá que había en el porche.

—Verá, yo...

—Señor Fanjul, tiene una llamada urgente —era el mayordomo que se había acercado sigilosamente.

Mara no le había oído y se sobresaltó.

—Ahora estoy ocupado con esta señorita —respondió.

—Es la llamada que esperaba de Alemania —dijo el mayordomo sin inmutarse.

El señor Fanjul enarcó las cejas y se levantó.

—Lo siento. Ni en fin de semana le dejan a uno en paz. Y eso que ya no dirijo la empresa. Por favor, discúlpeme. Es realmente urgente. Pero no crea que se me olvidará que tenemos una conversación pendiente.

Mara vio como el viejo Fanjul entraba en la casa y se perdía en el salón. Se sintió frustrada y furiosa. Le había costado mucho iniciar la conversación y no sabía si reuniría valor nuevamente. Al cabo de un rato, el mayordomo regresó.

—El señor Fanjul me ruega que le disculpe. La llamada se va a alargar más de lo previsto. Dice que hablarán en otra ocasión.

—Gracias —respondió Mara resignada.

En ese momento entró Dan. Distráido, no se percató del rostro de preocupación y frustración de la joven que aún estaba sentada en el porche. Cuando la vio Dan permaneció pensativo unos instantes antes de hacerle una proposición:

—Tengo que pasarme por el barco a revisar algunas cosillas ¿Te gustaría acompañarme?

Mara aceptó encantada y una radiante sonrisa se dibujó en su rostro a su pesar de no querer ponerse en evidencia. No acababa de entender a aquel hombre. Algunas veces creía que no le caía bien y otras... En cualquier caso no se veía con fuerzas para intentar confesar de nuevo y necesitaba despejarse. Además no todos los días tu jefe —y qué jefe— te invita a dar un paseo así. Aunque le ponía un poquito nerviosa estar a solas con él, ya que estaba allí se mostraba decidida a sacar el máximo partido de la situación. Ni siquiera pensó que Dan podría querer de ella algo más que conversación. En el fondo todavía era una completa ingenua.



El barco resultó ser un precioso velero que esperaba amarrado al fondo del embarcadero más cercano a la entrada del muelle. Como aún era temprano, Dan le propuso dar un paseo en él. Se hicieron a la mar los dos solos y pronto navegaron dulcemente en mar abierto. Mara observaba el paisaje mientras Dan aseguraba el timón y se sentaba a su lado. Pensó que quizás, ahora que estaba

más tranquila, podría decirle la verdad. Llevaba ya tres meses trabajando en la empresa y había pasado ese tiempo entre la angustia de pensar que Dan estaba en peligro y la vergüenza y la falta de valor para plantarse delante de él y contarle todo. Ni siquiera había puesto en marcha su plan de advertirle con un anónimo. Sentía que no podía aplazarlo indefinidamente.

—Eres una incógnita, ¿lo sabías? —Dan fue el primero en hablar

—¿Yo? ¿Por qué dices eso?

—Te he estado observando. Oh, sí, no vas a ser tú la única. Aunque debo reconocer que me divirtió esa forma tuya de pedir trabajo. En el fondo temía que fueras una de esas.

—¿Una de esas? —preguntó ella con extrañeza.

—Una de esas chicas que solo quieren aparecer en la prensa junto a alguien conocido. Normalmente las mujeres que se acercan a mí buscan otras cosas... Y se inventan las historias más inverosímiles.

La chica se sintió un poco avergonzada ante ese comentario y bajó la cabeza. Las palabras se apagaron en su boca. Ese fue el golpe de gracia al poco valor que se había infundido. Además, después de oír aquello estaba segura de que no la creería.

—Sí, ni te imaginas, pero tú eres la mujer más divertida y misteriosa que he conocido...

«Sí, esa actitud misteriosa tuya me está sacando de quicio. Quisiera descifrarte. A veces me pareces la mujer más segura del mundo y otras te comportas como una niña pequeña...», pensó él, pero se cuidó mucho de decirlo en voz alta.

Por su parte Mara penso:

«¿Misteriosa yo? Vaya, ¿quién lo iba a decir?».

Dan se levantó de nuevo para asegurarse de que la vela seguía bien sujeta y Mara pudo observar su espalda ancha y musculosa y sus brazos torneados por el ejercicio y la vida al aire libre. Le subió una ola de calor por la cara.

— Si me lo llegan a decir en el instituto... —susurró la joven en voz baja, o eso pensó ella porque Dan se giró y preguntó:

—Si te llegan a decir ¿qué?

—Esto... Nada —balbuceó ella al verse descubierta.

Él la miró fijamente un instante y finalmente añadió.

—Vamos, no está bien empezar nuestra «amistad» con secretos, ¿no crees?

La joven se sonrojó ligeramente al contestar.

—Es que cuando estaba en el instituto llevaba una foto tuya en mi carpeta... Hala, ya lo he dicho. Ya lo sabes. Se me hace muy raro haber estado viendo tu

foto durante todo el bachillerato y ahora estar hablando aquí contigo.

Dan la miró divertido.

—Así que eras mi fan. No te preocupes, muchas chicas hicieron lo mismo. Te guardaré el secreto —respondió él bromeando.

Se estaba divirtiendo. No pensaba que pasar el rato con aquella chica le iba a resultar tan agradable.

—Sí, pero pocas te lo habrán dicho a la cara... Al menos pocas como yo —añadió con incomodidad.

—¿Y cómo eres tú? —preguntó Dan volviendo a sentarse a su lado.

Mara sonrió al contestar, aunque ya no se atreviera a contarle la verdad de su estancia allí, podía hablar sobre ella misma. Aunque fuera un tema que tampoco le gustara mucho tratar.

—Solo soy una chica normal y corriente. Me gustan los edificios bonitos y con historia, la pintura... Y los pasteles de chocolate... Nada demasiado interesante ni especial. He estudiado mucho y vivido poco. Ese sería el resumen de mi vida.

—Eso no puedo creerlo. ¿No había nadie en tu vida en Europa?

—No. A Fran no puedo contarle —murmuró recordando.

— Así que había un Fran... —dijo él haciéndose molesto.

—No, yo... No...

—No tienes que disculparte.

—¡No me disculpo!

—No te enfades —respondió él sonriendo.

—¿No serás tú uno de esos ricos que creen que todas las mujeres tienen que caer a sus pies?

—A lo mejor es que te crees todo lo que lees en la prensa... Y reconoce que te has enfadado.

Mara bajó la vista. Sentirse avergonzada parecía la nueva emoción de moda en su vida.

—Lo siento. Nunca sé cuando se burlan de mí —murmuró.

—¿Por qué tendría nadie que burlarse de ti?

La joven sonrió de nuevo. Esa era una buena pregunta a la que nunca había encontrado respuesta.

—Supongo que soy la típica chica insegura, incapaz de aceptarse como es porque siempre cree que podría hacerlo mejor.

Él se acercó a ella para mirarla de frente. La observó durante unos instantes y finalmente dijo:

—Si honestamente consideras que debes mejorar en algo, bien, pero es imposible que sepas en qué si no averiguas primero cómo eres y te aceptas. Una vez que lo hagas sabrás si tienes que mejorar verdaderamente o es sólo producto de tu miedo.

Mara se quedó mirándole a la cara con los ojos como platos. Había resumido su problema en tres frases y Dan era la última persona de quien lo hubiera esperado.

—No sabía que se te diera tan bien la psicología —acertó a decir.

Dan suspiró.

—Tenía una... «amiga» que siempre me hablaba de su trabajo. Decía que nunca la escuchaba, pero está claro que se equivocaba.

Los dos se quedaron en silencio durante unos instantes contemplando el mar. De pronto Dan se volvió hacia ella de nuevo.

—¿Sabes que así con la luz de la luna reflejándose en la cara y el viento sobre tu pelo estás muy hermosa?

Mara estaba asustada e insegura. Tenía miedo a hacer algo mal y estropearlo todo. Por fin empezaba a vivir y no quería pensar ni sentir otra cosa que no

fuese él, el hombre al que amaba. Sí, tenía que admitirlo, se había enamorado. Nunca hubiera creído que le pasara a ella y menos aun tan deprisa, pero le estaban sucediendo tantas cosas que nunca hubiera imaginado, que ya casi no le sorprendían.

En ese momento Dan la rodeó con sus brazos y acercó sus labios a los de ella. Mara sintió su respiración quemándole la piel. Muy despacio la besó como nunca recordaba que lo hubieran hecho. Mara se sentía flotar. Estaba en otro mundo. Él comenzó a besarla cada vez más abajo hasta que ella reaccionó. Recordó de pronto lo que Laura le había dicho sobre Dan y las secretarias.

—No, por favor —dijo.

Él paró y se apartó un poco para observarla. Su pelo castaño suelto y salvaje, sus ojos oscuros y profundos, su perfume sutil -no como aquel día- y su forma de comportarse, como una mujer y como una niña a la vez, le estaban volviendo loco. Por primera vez sentía algo extraño. Por eso se había enfadado cuando su abuelo la había invitado a la comer sin consultarle. No quería perder el control de la situación, quería llevar la iniciativa. Pero no podía negar que eso que notaba era un sentimiento hermoso, desconocido para él y que no quería estropear. Además tenía muy claro lo que debía hacer respecto a ella y tenía la sensación de que las cosas podrían complicarse.

—Lo siento, pero yo no estoy acostumbrada a ir tan deprisa. Creo que esto es demasiado —murmuró ella a la que se le había venido a la mente, el lago de la tía Nely, las camisetas tapando el bañador y lo difícil que resultaba mantener su decisión de aceptarse tal cual era, después de tantos años de esconderse.

Dan comenzó a jugar con su pelo con suavidad y ella sintió que si continuaba, perdería totalmente el control, pero entonces él dijo:

—No te preocupes. Será como tú quieras.

CAPITULO XIII

Mara no había podido dormir en toda la noche pensando en Dan. Podía sentirlo aún tan cerca. Y aquel beso... Si bien era verdad que no tenía mucho con qué comparar, intuía que había sido realmente especial, y que lo habría sentido igual, aunque hubiera tenido mucha experiencia. En tan poco tiempo podía decir que estaba realmente enamorada. Más aún, sabía que era el amor verdadero que siempre había ansiado su mente soñadora. Pero ¿y si para él sólo era un juego? Estaba acostumbrado a usar a las mujeres y abandonarlas. Y aunque Laura le había dicho que él nunca había engañado a nadie, y que en todo momento les dejaba claro la clase de relación que ofrecía, ¿sería cierto? ¿Y si con ella estaba utilizando una nueva táctica porque le había resultado más difícil? La táctica de mostrarse comprensivo y esperar. Mara había sentido alguna vez que no tenía cabida en esta época por su forma de ser. Ella, que no era lanzada en absoluto, se dijo:

—Pues aquí estoy y aquí me quedo. Si soy un «especimen exótico», pues ¿qué le vamos a hacer? No pienso disculparme por ser lo que soy.

Por otra parte, si seguía adelante y el asunto prosperaba, en un momento u otro tendría que verla desnuda. ¿Sería capaz? No habría entonces camiseta que tapase su inseguridad. No podía apartar esas ideas de su cabeza y se había pasado la noche dando vueltas en la cama.

—Las ojeras que voy a tener cuando me levante —se dijo.

El domingo por la mañana llegó a su apartamento un maravilloso ramo de flores y al poco rato Dan la llamaba por teléfono. La invitó a comer. Mara estuvo a punto de no aceptar temiendo meterse más en algo que no podría controlar, pero se dijo a sí misma:

—Dije que quería empezar a vivir. Bien, dejaré de medir mis pasos al milímetro. Me arriesgaré. Creo que puede merecer la pena hacerlo.

Así que aceptó y Dan pasó a recogerla puntualmente. Mara no podía creer lo que estaba viviendo, que un hombre así se fijase en ella, aunque fuese para una aventura, hacía que mejorase su autoestima. Pero por otro lado sus sentimientos eran demasiado fuertes y sabía con certeza que si para él no era algo serio, su sufrimiento sería inaguantable. Nada más tenerla delante, Dan le dijo:

—Te llevaré a un sitio que creo que te gustará.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa —respondió enigmático.

Llegaron hasta donde había dejado el coche, un Aston Martin DB11 que asombró a Mara que no esperaba semejante vehículo.

«Ahora sí que me siento como en una película de James Bond», pensó divertida.

Dan, que ya sujetaba con firmeza el volante, le dijo:

—¡Vamos, sube! ¡Corre!

Mara le miró sin comprender, pero obedeció. Se subió al vehículo casi de un salto, al tiempo que Dan arrancaba y el coche respondía con un rugido. Enfiló la salida del aparcamiento a toda velocidad.

—¿Qué haces? —preguntó la joven un poco asustada—. ¿A qué viene tanta prisa? ¿Es que ese sitio al que vamos va a desaparecer?

En ese momento vio cómo salían de una esquina un grupo de fotógrafos que comenzaban a lanzar flashes sobre el coche y que casi les cortan el paso.

—No soporto a los paparazzis —respondió él por toda explicación—. Y no soy un loco del volante, ya me había cerciorado de que no venía nadie —añadió para tranquilizarla.

Mara se echó para atrás en el asiento, no muy convencida. Cuando por fin pudieron dirigirse tranquilos hacia ese lugar misterioso, Mara intentó sonsacarle algo, pero no lo consiguió. Sólo le dijo:

—Sé que te gusta el arte, la arquitectura y los dulces... No pienso añadir nada más.

Mara sonrió encantada de que hubiese prestado tanta atención a sus gustos y no siguió preguntando. Se dejó llevar dulcemente hacia esa sorpresa que le había anunciado. La joven comprobó que efectivamente, Dan no era un loco del volante y que conducía muy bien. Eso la relajó del todo.

Al fin llegaron al lugar, porque Dan maniobró para entrar en un aparcamiento. Dejaron el coche allí y caminaron a lo largo de un paseo bordeado de palmeras hasta llegar a una enorme verja.

—Adelante —le dijo el joven.

Mara pasó delante de él y atravesó la entrada que daba a un jardín. Un imponente edificio blanco se erguía al final del camino.

—¡Es impresionante! — exclamó la chica.

—Para que veas que aquí también tenemos edificios dignos de admirar —bromeó.

—Nunca lo he dudado —respondió ella —. Aunque donde esté la plaza de España de Sevilla... —añadió con gesto divertido.

—Veo que mi abuelo te ha informado de los gustos familiares —contestó con sorna.

—Así es.

—Vamos —añadió él tendiéndole la mano.

Mara puso la suya sobre la de él y, así, cogidos de la mano, se acercaron caminando lentamente al palacete. Los enormes jardines desembocaban en una escalinata que daba paso a la entrada principal. Mara se quedó boquiabierta

cuando entraron en el hall.

—Es increíble. ¿Cuántos tipos de mármol han usado para este suelo?
—preguntó.

Dan sonrió satisfecho y la condujo de visita por todo el edificio. Parecía conocerlo muy bien.

—Esto es Whitehall. En su día se dijo que era más lujosa que cualquier palacio europeo... Pero esta era una casa particular.

—De un millonario, claro —dijo Mara riendo.

—Claro —dijo él riendo también—. ¿Quieres ver la biblioteca y la sala de música?

—Me encantaría.

Juntos recorrieron las estancias del palacete y la joven pudo apreciar todos los detalles decorativos y el ambiente que se respiraba allí.

—Aún queda una sorpresita. Vamos a rodear el edificio —propuso él cogiéndola de nuevo de la mano y arrastrándola suavemente hacia fuera.

En un par de minutos estaban de nuevo en el jardín. Mara se dejaba llevar alegremente por su guía particular. Borearon la casa y la joven se sorprendió al comprobar que el jardín acababa en el mar.

—Es estupendo. Tenían su propio embarcadero... —señaló la chica mientras contemplaba *Palm Beach* que se abría frente a ellos en la orilla opuesta.

—¿Te ha gustado? —preguntó él.

—Me ha encantado —respondió ella sinceramente—. Gracias.

Él sonrió de nuevo y dijo:

—Pero esto no es todo. Permítame que la invite al *Cafe des beaux-arts*.

—Con mucho gusto, señor —respondió la joven.

Poco después, Mara y Dan se encontraban sentados a una mesa con unas espléndidas vistas al jardín y al mar. La muchacha se sentía absolutamente feliz y le parecía estar viviendo en un sueño constante. Un sueño que no acababa. Disfrutaron de una comida deliciosa, y a la hora del postre, Dan dijo:

—¿Me permites?

Mara le dejó hacer y el joven pidió unos *brownies* de chocolate negro y unos *scones* de arándanos. Y por supuesto, acompañados del té marca especial de Whitehall. Cuando la joven los probó se sintió transportada. Casi como si hubiera aterrizado directamente en el *Rincón Dulce*, cerca de su hogar.

—Vaya, están muy bien —dijo la muchacha—. Y el té...

—Mi abuelo solía traerme aquí de pequeño. Me encantaba el embarcadero... Y

los pasteles —indicó Dan con uno de esos gestos que derretían a Mara.

La joven sólo pudo asentir, porque no era capaz de pronunciar una palabra a derechas cuando la miraba así. Y Dan no pudo evitar sonreír al verla disfrutar de los pasteles como una niña pequeña.

«Quizás no debería hacer esto...», fue lo que le cruzó por la mente en esos momentos.

Tuvo que sacudir la cabeza para alejar todos aquellos pensamientos ajenos a la felicidad que percibía en aquel instante. Empezaba a ser consciente de que la situación se le estaba yendo de las manos. Aquella criatura extraña le desconcertaba. Su plan, tan bien trazado, comenzaba a tambalearse. Estaba realmente sorprendido de lo que sentía, quizás fuera por lo inusual de la situación. No lo sabía, solo tenía claro que debía tener cuidado. No estaba seguro de conseguirlo. Su control y su frialdad no parecían querer acompañarle en esta aventura.

Para acabar la tarde, Dan llevó a Mara a pasear por la playa y, cogidos de la mano, caminaron por la orilla. Al atardecer se sentaron sobre la arena.

—Quiero que me lo cuentes todo sobre ti —le dijo él.

—No hay mucho que contar. Me he pasado la vida entre libros deseando poder hacer las cosas y ver los lugares que conocía en ellos, pero me faltaba valor...

—Hasta ahora —le dijo él pasándole la mano por la mejilla.

—Sí, hasta ahora...

—¿Qué te hizo cambiar?.

—Yo..., tenía que decidirme alguna vez —respondió ella

Una vez más le faltó valor para contarle la verdad. Temía que quizás no sería capaz ya nunca. Se sentía cohibida y además no quería estropear el momento.

—¿Has hablado con tu abuelo? —preguntó de repente por si le hubiera comentado su intento de conversación del día anterior.

—No, no le he visto. Cuando me levanté hacía horas que él estaba ya en el embarcadero. ¿Por qué? ¿A qué viene acordarse de mi abuelo ahora? Me voy a poner celoso —bromeó.

Mara sonrió al contestar.

—Es que se ha portado tan bien conmigo...

—Mi abuelo no es el único hombre encantador de mi familia.

—¿A no? ¿Y quién más? Aunque no sea un hombre, vuestro perro también es encantador —bromeó la joven.

—¿Con que esas tenemos? —preguntó él riendo —. Aunque tienes razón, Simba es un amigo fiel y leal, pero yo soy el que más encanto tiene de toda la casa...

Dan se lanzó sobre ella riendo y tratando de inmovilizarla casi sin darse tiempo a acabar la frase. Ella se echó hacia atrás sonriendo también. En un momento Dan quedó sobre ella y al mirarse los dos sintieron una especie de energía flotando entre ellos. Se miraron a los ojos. Ya no reían. Estaban perplejos por la intensidad de sus sentimientos. Dan la besó y ella respondió al beso.

—No quiero ser una más, ni la primera de una lista —dijo ella cuando Dan se retiró para mirarla.

—Tú nunca podrías ser una más —respondió él.

Mara tembló de pies a cabeza al oír aquellas palabras.

—Creo que no estoy preparada para esto. Me he pasado la vida siendo sensata, pero que muy sensata, ¿comprendes? He esperado tanto que me asusta un poco.

«No estoy segura de ti», habría añadido, pues era la verdadera razón, pero no lo hizo.

—Eso quiere decir que nunca... —dijo Dan.

—Nunca. A veces las cosas no salen como tu planeas y el tiempo pasa y pasa... Los intentos se quedan en eso, en intentos. La timidez no es una buena compañera de viaje... —añadió ella preguntándose por qué le daba tantas explicaciones.

Él la miró con ternura. Podía ser mentira, podía ser una táctica, pero había

algo en la forma en que lo había dicho que le impulsaba a creerla. A Mara le pareció que eso le agradaba, cuando ella pensaba que al saber que no era una mujer con experiencia perdería interés a sus ojos. Pero no, la aceptaba como era y eso impulsó su autoestima hacia arriba como pocas cosas lo habían hecho ultimamente. Disfrutaron de la puesta de sol y después Dan la acompañó a casa. En el portal volvió a besarla suavemente.

—Recuerda que no te haría nada que tú no quieras. Esperaré a que estés preparada y me lo pidas.

Aquella misma noche Mara, que no había dejado aún de flotar, recibió una llamada de su amiga Tina.

—Oye, que te he visto en una revista del corazón de Internet. ¿Se puede saber qué está pasando ahí? Estás saliendo con tu jefe super buenorro y, ¿yo soy la última en enterarme? —le espetó nada más descolgar el auricular sin respirar siquiera.

La joven no pudo reprimir la risa.

—Eres tremenda, Tina. Simplemente hemos salido un par de veces, pero no hay nada serio... Si lo hubiera, te lo habría dicho... Pero, ¿mi cara en una revista...? Eso sí que no me gusta —añadió con disgusto.

—No, si la cara no se te ve. En una estás de espaldas y en la otra estás dentro de un coche y no se aprecia bien quién va dentro... Pero yo te conozco y conozco el vestido ese... —concluyó con sorna.

Mara fue al ordenador sorprendida por la rapidez con la que había actuado la prensa, y le pidió a su amiga que le dijera la dirección de la web. Así lo hizo y cuando la tecleó, pudo leer claramente en la pantalla:

«¿Nueva conquista del soltero de oro del momento?», decía el titular.

«Parece que el guapo empresario Daniel Fanjul tiene nuevo amor. Nada se sabe de la joven que le acompañaba...», continuaba el artículo.

Mara se sintió aliviada de que no se supiera su identidad.

—Bueno, ya sabes cómo es la prensa sensacionalista... Lo exagera todo —dijo por fin Mara a Tina que había esperado en silencio a que su amiga acabara de buscar y leer la información.

—Ya, pero ¿Y ese vestido que tú y yo sabemos? —preguntó acentuando la pronunciación de «vestido».

Era el más bonito que tenía, y con el ajetreo de los últimos tiempos, no había tenido ocasión ni de ir de compras con tranquilidad. Además quería acabar primero el cursillo que estaba haciendo sobre protocolo en el que les iban a dar unas pautas para tener un buen fondo de armario. Así que procuraba no mancharlo para usarlo en todas las ocasiones especiales que se le presentasen. Pero era consciente de que necesitaba ropa nueva. No obstante, le divertía mucho que primero no tuviera narices para ponérselo y ahora le hubiera cogido el gustillo de esa manera.

—Sí, no te negaré que me siento mucho más... segura. Eso es así. Pero de

verdad te digo que no hay nada serio entre nosotros —añadió intentando convencerla.

Lo cierto es que Dan no había hablado de ningún tipo de compromiso, ni de relaciones, simplemente habían salido unas cuantas veces y prefería no hacerse demasiadas ilusiones por si acaso. Cabía muy bien la posibilidad de que se tratase únicamente de dedicar atenciones a la recién llegada, a la última chica que había conocido. Y que sólo durase hasta que llegara la siguiente.

—Bueno, si no quieres dar más detalles, vale —dijo Tina con cierto recelo.

—De verdad que no es nada... Pero esto de la prensa no me gusta lo más mínimo.

—Pues si sigues saliendo..., digo, «pasando algunos ratos» con tu jefe, ya puedes acostumbrarte —concluyó Tina.

Mara no lo había pensado, pero su amiga tenía razón, y quedó preocupada. Estaba claro que si seguían saliendo, deberían tomar precauciones.

CAPITULO XIV

Mara tenía la cabeza en otra parte, no podía evitarlo. Había decidido firmemente no hacerse ilusiones respecto a Dan, pero no lo había conseguido. Los documentos para traducir se amontonaban en un extremo de la mesa mientras ella miraba absorta por la ventana. Pensaba en el maravilloso día que había pasado, en la playa, en lo que él le había dicho... En fin, pensaba en Dan y en todo lo que se había esforzado por ella.

«¿Quién iba a imaginar que la ganadora del concurso a la más sosa del año iba a llegar donde ha llegado? Si todas esas que se burlaban porque yo era una “empollona” pudieran verme ahora», pensaba.

—Todo era cuestión de atreverse a darle un giro a la vida —reflexionó en voz alta—. Nada más que eso.

—¿Con quién habla? —preguntó alguien desde la puerta.

—¿Hablar? Solo leía en voz alta —dijo ella esperando que el jefe de personal, que era quién entraba, no la hubiese escuchado.

—Vaya, parece muy contenta. Me alegro. Espero que no estropear su día si le digo que tiene que tener estas listas que se han recibido traducidas y en mi despacho mañana a primera hora.

—El señor Martin me había encargado unas cartas urgentes —respondió Mara

señalando una carpeta rebosante de papeles.

—Ya he hablado con él. Haga las listas primero y las cartas después —ordenó.

—Está bien —suspiró Mara.

Y dejó de recrearse en sus pensamientos para comenzar a trabajar. Se le pasó la mañana volando. A la hora del descanso bajó a la cafetería con Laura y Matilde, como era su costumbre últimamente. La secretaria de Dan se había unido a ellas desde hacía unas cuantas semanas y Mara se alegraba porque creía que así podría tener noticias frescas sobre él.

—Estoy molida. Me he pasado la mañana comprobando facturas. Estoy harta, siempre me toca hacer lo más aburrido —se quejaba Laura después de un rato de silencio en el que habían dado buena cuenta del almuerzo y del café.

—No protestes tanto. Si tuvieras que hacer la mitad de cosas que yo...
—argumentó Matilde.

—Es que ser la secretaria personal del «gran» jefe tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Pero si no te gusta, pásame el puesto a mí y yo te cedo el mío. Ya va siendo hora de que me asciendan. Aunque a lo que yo aspiro es a ese puesto de controller que se va a quedar vacante —dijo Laura.

—Creo que me lo quedo a pesar de los inconvenientes —rió Matilde—. ¿Y a ti que te pasa? Estás en las nubes —añadió dirigiéndose a Mara que aún estaba pensando en Dan.

—¿A mí? Nada. Es que he tenido tanto trabajo esta mañana que mi cabeza no puede concentrarse ya ni en la conversación —respondió ella.

—Ya. ¿No será que este fin de semana ha pasado algo? Mira que bronceada estás —dijo Laura.

—¡Que va! Sólo he ido un rato a la playa —respondió la aludida sin poder evitar que una sonrisa pícaro se dibujara en sus labios.

—Bien ya nos lo contarás cuando quieras, pero ahora creo que lo mejor será volver al trabajo antes de que nuestros respectivos jefes manden a buscarnos —dijo Matilde que siempre intentaba enterarse de todo.

—Es cierto, yo debo volver a la lista de facturas antes de que mi jefe comience a berrear, pidiéndolas —estuvo de acuerdo Laura.

Y entre bromas, volvieron al trabajo.

Esa misma mañana Dan llamó a su despacho a uno de sus empleados.

—He recibido esto en el correo. No tiene remitente —le dijo tendiéndole un sobre en cuanto entró y hubo cerrado la puerta.

El hombre lo cogió, sacó el papel que contenía y leyó lo que ponía en él.

—No lo entiendo —dijo éste con expresión de duda —. Le advierten de que alguien quiere matarle y que además ya han matado a otra persona que le conocía, pero no indica a quién.

—Sólo puede tratarse de una persona, como ya sabe... Por cierto, no me ha dicho nada sobre el asunto del domingo.

—Tiene razón, disculpe. No encontramos nada. No podemos descartar que sepa algo, simplemente, no tiene pruebas en su apartamento.

—Soy consciente de ello...

—Espero que no le resultara difícil mantenerla alejada de allí, aunque podríamos haber esperado al lunes y entrar en la casa mientras estaba en el trabajo.

Dan le miró con irritación y el hombre lo captó enseguida.

—Disculpe de nuevo, como bien dijo, una vez tomada una decisión cuanto antes se lleve a cabo mejor.

—Así es — dijo él con cierto disgusto. Empezaba a no gustarle algunas cosas que se veía obligado a hacer —. No podemos arriesgarnos a perder un solo minuto. Es mucho lo que nos jugamos. Ahora concentrémonos en el anónimo.

—Sí, naturalmente... Pero, ¿por qué advertirle? ¿Quién podría...?

—No lo sé y es lo que tiene que averiguar. Este asunto se está enrevesando cada vez más. No me gusta nada. No deje de informar en cuanto sepa algo.

—No señor —respondió aquél y salió del despacho.

Dan permaneció pensativo, mirando por el ventanal que había detrás de su mesa durante un largo rato.



Las semanas se escurrían con tranquilidad para Mara entre el trabajo y las salidas con Dan. Él parecía estar estudiándola, pero a la chica no le extrañaba teniendo en cuenta lo que el joven había pasado. Ella por su parte había intentado vislumbrar alguna reacción en él a cerca del anónimo que le había enviado, pero Dan no había cambiado en nada su forma de actuar. Estaba segura de que lo había recibido, porque la casualidad había querido que viera su sobre encima de todos los demás en el carrito del correo, cuando hacían el reparto por las oficinas un par de días antes. Era tan frustrante, parecía que su «radar» no funcionaba respecto a Dan.

No obstante, se sentía aliviada. Al menos si Dan no tenía ni idea hasta el momento de que una amenaza podía cernirse sobre él, ahora estaba avisado. En cambio no estaba del todo tranquila por no haberle contado toda la verdad. Es decir, no había explicado como había conseguido la información, porque había temido que si mencionaba dónde había ocurrido el incidente del hombre del tren, inmediatamente lo asociara con ella. No había sido sincera con él y eso era como engañarle, pero aquel era otro problema, lo importante es que estaba advertido y podía tomar medidas si quería. A ella le tocaba seguir luchando con su timidez, su inseguridad y su miedo a contar la verdad.

Por otra parte estaba muy contenta por cómo estaba resultando todo lo demás.

Su nuevo trabajo le había permitido comprarse un coche y aprovechaba cualquier oportunidad para practicar, ya que hacía unos años que no conducía. Precisamente había viajado con su coche nuevo hasta Virginia Gardens para enviar la carta desde allí. Había tenido mucho cuidado de no tocar el papel ni el sobre sin llevar unos guantes puestos para no dejar huellas.

«Ahora mismo no sé si asustarme o alegrarme por la cantidad de tiempo que he pasado viendo series de televisión», pensó cuando se le ocurrió la idea de los guantes.

El caso es que ya estaba hecho y se encontraba satisfecha con el resultado. Además se había propuesto una rutina de «agente secreto» como ella misma la llamó. Mucho de lo que estaba haciendo últimamente le parecía disparatado, así que le gustó aquel nombre igualmente absurdo. No podía evitar reírse cada vez que lo pensaba. La primera vez que la puso en práctica se le cruzó por la cabeza que a lo mejor debía disfrazarse de ninja o algo así. O un buen traje de camuflaje, quizás. Casi tuvo que reprimir el impulso de ir a comprarse un pasamontañas. Mara sacudió la cabeza riendo:

—La de películas que has visto... —susurró.

Lo que estaba claro era que el hecho de que no tuviera valor para afrontar a Dan con la verdad, no quería decir que se fuera a quedar de brazos cruzados. Tenía que hacer algo, para eso había ido hasta allí. Así que la rutina en cuestión consistía en procurar estar en el trabajo muy temprano para ser la primera en llegar. No siempre lo conseguía.

—Ese dichoso Peter... Parece que lo hace para fastidiarme. ¿Dormiré aquí?

—solía murmurar irritada cada vez que llegaba al aparcamiento y veía su coche allí.

Y es que Peter a veces llegaba a la oficina antes de las seis de la mañana. Un día incluso llegó a las cinco de la madrugada, según le comentó uno de los guardas de seguridad a Mara un día que bromeó sobre si hacían una competición para ver quién llegaba antes. La joven le sonrió con fastidio.

La cuestión era que, el día que podía, se dedicaba a revisar los documentos que los demás tenían en las mesas, procurando dejarlos en el mismo orden en que los encontraba; y si alguien apuntaba la contraseña de su ordenador en un sitio más o menos visible, lo aprovechaba enseguida. Ya lo había hecho un par de veces, lo de entrar en ordenadores ajenos, cuando cayó en la cuenta de que todas las sesiones se grababan. Es decir, desde que el ordenador se encendía, todo lo que se hacía en él quedaba registrado con sus correspondientes horas. Por lo tanto, si alguno de los usuarios se percataba de que su ordenador se había encendido antes de que él o ella llegase a la oficina, iba a haber un problema. Mara sintió un escalofrío y no lo hizo más. Si alguien se quejaba de eso, no iba a resultar difícil saber quién estaba en la oficina a esa hora, ya que todos los empleados tenían que fichar con su tarjeta personal. La misma que servía para pagar el almuerzo en la cafetería.

Aquella semana esperó hecha un manojo de nervios a que alguien dijera algo, pero no sucedió. Desde entonces decidió dedicarse únicamente a documentos físicos, a *pendrives* y a ordenadores que alguien se dejara conectados por descuido, que también los había.

Asimismo Mara era consciente de que los pasillos estaban permanentemente

vigilados por las cámaras de seguridad, por lo que debía tener mucho cuidado si quería revisar todos los despachos. Aquí sí pensó seriamente en disfrazarse, pero al imaginarse vestida de camuflaje corriendo por los pasillos, enseguida se vio a sí misma perseguida por los vigilantes que la alcanzaban y le quitaban la máscara delante de todos.

«Mara, se te esté yendo un poquito la cabeza», pensó inquieta.

Si seguía así, acabaría dudando de su estabilidad mental. Lo mejor que podía hacer era preparar alguna buena excusa para justificarse si alguien le pedía explicaciones sobre su presencia en un despacho que no fuera el suyo. Y así lo hizo.

CAPITULO XV

Una mañana en que Mara estaba trabajando en el despacho de su jefe, tal cómo éste le había pedido que hiciera mientras estaba de viaje; llegó Dan, cerró la puerta tras él y permaneció en pie frente a ella, mirándola fijamente. Tenía la mirada endurecida y sus ojos tenían el color verde de un mar tempestuoso. La chica levantó la vista y se sorprendió de verle así.

—¿Qué ocurre? —preguntó inquieta.

Él se acercó a su mesa y tardó aún unos momentos en contestar.

—¿Te fuiste más tarde que el resto de empleados el viernes?

—Si —respondió ella con cautela—. Tenía que acabar unos informes que debían estar el lunes a primera hora.

Dan tamborileó sobre la mesa pensativo.

—¿Y no viste a nadie más por aquí?

—En esta parte del edificio, no. ¿Hay algún problema? —preguntó tensa como cuerda de violín.

—No te preocupes —dijo él y permaneció en silencio unos segundos como si sopesase su respuesta—. Está bien. Te recojo a la salida del trabajo —añadió

por fin.

La joven asintió no muy convencida. Tenía la impresión de que esperaba que le dijera algo más, pero la había pillado de improviso. Dan se marchó cerrando de nuevo la puerta tras él. ¿Habría habido alguna queja sobre ella? ¿Habrían descubierto sus «excursiones» por la oficina y sus pesquisas? Era la primera vez que Mara le veía así, por lo que estuvo nerviosa el resto del día, esperando que la llamaran para rendir cuentas sobre su «curiosidad» respecto al trabajo de otros empleados de la empresa.

La jornada pasó rápidamente a pesar de la inquietud. Mara no había dejado de trabajar ni un solo minuto para tenerlo todo terminado cuando Dan pasara a recogerla. Ya eran casi las siete menos cuarto. Estaba preocupada. No sabía a qué atenerse después de aquel interrogatorio, pero nadie le había pedido explicaciones como había temido durante todo el día. Se reprochó una vez más no haberse sincerado con él, pero estaba convencida de que no se lo tomaría en serio. Es más, después de aquellos comentarios que hizo en el barco, estaba segura de que pensaría que lo inventaba para llamar más su atención. Decidió que lo mejor era no decir nada de momento y continuar observando. Estaría atenta a todo y procuraría conseguir algún indicio que le demostrara al joven que ella no mentía.

Por su parte, Dan esperaba a Mara en el vestíbulo. Pensaba llevarla a su casa y pedirle que se quedara a vivir allí como su esposa. Había reflexionado mucho sobre el asunto y tras ese tiempo que habían salido juntos se había convencido de que aquello era lo mejor. Había notado que la joven había cambiado desde su llegada. Tenía más aplomo y había conseguido un estilo que le encantaba. También era consciente de que podía ser un plan orquestado

para cazarlo, pero no podía dejar de pensar en ella. Sabía que ocultaba algo, pero a pesar de todo tenía que llegar a conocerla. Había comprado un anillo y estaba deseando ver su cara cuando se lo entregara, quizás ahí podría vislumbrar qué sentía en realidad. Su abuelo salió del ascensor en ese momento y se acercó a él en cuanto lo vio.

—¿Qué haces aún aquí? —le preguntó Dan cuando llegó a su altura.

—Tenía unos asuntos pendientes que no quería retrasar más, pero ya me voy.

—¿Y tú? ¿A quién esperas aquí?

—A Mara. Me he decidido.

—¿Estás seguro? ¿Lo has pensado bien? —preguntó Daniel senior con inquietud.

—Sí, creo que es lo mejor.

El señor Fanjul suspiró.

—No sé si es una buena idea. Es muy precipitado. Creo que estás llevando el asunto demasiado lejos... Me parece que te estás dejando llevar por un impulso. No es propio de ti.

Dan asintió como si se respondiera a una pregunta imaginaria.

—Te repito que estoy convencido de que es lo mejor. Créeme que lo he

meditado muy bien y soy perfectamente capaz de controlar la situación.

—Si tú lo dices... A mí me parece una chica encantadora, pero llegar a casarte con ella. ¿Y si te equivocas? Lo digo por ti y también por ella.

—Todo es posible, pero prefiero tenerla cerca y pienso que esta es la mejor opción.

—¿Y crees que aceptará? Apenas os conocéis...

—Eso me dará otra muestra de su carácter e intenciones.

Daniel miró con preocupación a su nieto, pero no añadió nada más. Pensaba sinceramente que se equivocaba al hacer las cosas de esa forma. En ese momento oyeron una voz a sus espaldas.

—¡Hola!. ¿Ya no te acuerdas de mí? —le preguntó una voz.

—¡Gaby! Lo siento estaba distraído —respondió Dan.

—Bueno, yo os dejo. Encantado de verte, Gaby —intervino el abuelo, que después de saludar a la recién llegada, se dirigió a la puerta principal.

—Seguro que has olvidado nuestra cita. Eres siempre el mismo. ¡No puedes dejar abandonada a tu novia! —exclamó ella mientras le echaba los brazos al cuello y le besaba en la mejilla.

Ninguno de los dos se percató de que Mara había visto y oído esta última

escena desde la puerta del ascensor. Con los ojos llenos de lágrimas, se escondió entre un grupo de visitantes que salían en ese momento y se marchó sin que la vieran.

—Lo siento. Habíamos quedado para revisar el contrato de la compra de la casa, es cierto. Mañana sin falta lo miramos... Es que hoy ha sido un día de locos —continuó diciendo Dan—. Además creo que nuestro partido de tenis de todos los fines de mes tendrá que ser aplazado indefinidamente

—¿Te parece bonito hacerle eso a tu novia?.

—¿Y a ti te parece bonito seguir llamándome novio como cuando teníamos diez años, ahora que te vas a casar? —bromeó Dan.

—Bueno, pero creo que alguien va a ocupar mi lugar como «novia». Estoy bien informada, ¿sabes?

—Y tienes razón. Las noticias vuelan —dijo él sorprendido.

Ella respondió a su cara de asombro con una leve carcajada y añadió:

—Compro en la misma joyería en la que has encargado un anillo. Que el soltero más codiciado del momento compre una joya semejante es un notición. Me alegro mucho. ¿Será antes o después de mi boda?

—Será en cuanto ella quiera. Por cierto ya debería estar aquí.

CAPITULO XVI

Mara sopesó muy seriamente la idea de regresar a casa. Pensó en ello durante la tarde entera. Tampoco pudo dormir en toda la noche porque no podía apartar de su cabeza la imagen de Dan abrazando a otra.

—¿Cómo ha podido mentirme así? —se repetía sin cesar.

Le parecía increíble que alguien al que conocía desde hacía tan poco tiempo le hiciera un daño semejante. Fue consciente como nunca de que lo que había sentido por Fran no había sido más que humo. Ni aun sabiendo que su amor de juventud se casaba con otra, había sufrido como estaba sufriendo en esos momentos por Dan.

No fue a trabajar en toda la semana alegando que estaba enferma. Se pasó la mayor parte del tiempo deambulando como una sombra por la casa, con el pelo sujeto con una goma y sin cambiarse de pijama.

—¿Por qué me habré metido en esto? —murmuraba.

Echaba de menos a su familia y a sus amigos, pero no quería llamar a Tina porque sabía que le regañaría. No tenía ánimos para afrontar una bronca, con toda la razón, además. Por otro lado, estar allí sola le permitía amargarse a gusto sin que nadie se empeñara en animarla. Se preguntó si eso era lo mejor para ella. Cuando estaba en casa de sus padres y se sentía deprimida, éstos solían llamar a Tina porque sabían que no aceptaba un no por respuesta. A

Mara le irritaba mucho que se metiera, pero acababa por hacerle caso y salir de su habitación. Era tan persistente que al final no te quedaba más remedio que hacer lo que te decía. Ahora que no la tenía cerca para que le diera un buen tirón de orejas, la echaba de menos. Si hubiera estado allí, la hubiera obligado a vestirse y a disfrutar de la playa. Y ya sabía con qué frase hubiera acabado su discurso:

—Para esto están los amigos.

La joven necesitaba reunir fuerzas para enfrentarse a Dan. Estaba claro que una persona no puede dejar los viejos hábitos de la noche a la mañana, por muchos saltos hacia adelante que se hagan. Requiere esfuerzo y paciencia. Y en esos momentos ella estaba en pijama comiendo helado. No podía ser más típico.

—¡Qué poco original eres, Mara! —exclamó al pensarlo.

El quinto día de encierro, cuando fue a lavarse un poco la cara para despejarse, se vio en el espejo y no pudo dejar de exclamar:

—¡Dios mío, si soy un proyecto de vieja loca coleccionista de gatos...!

Se asustó y por eso decidió vestirse inmediatamente e ir a tomar un poco el sol. Tenía que salir de casa para recuperar fuerzas en las piernas y color en sus mejillas. Si necesitaba fortaleza, tendría que procurársela ella misma y no esperar a que le cayera del cielo. Romper el círculo vicioso de sus pensamientos, sería el primer paso. Y eso no podría hacerlo encerrada en casa.

Paseó por la playa y reflexionó sobre lo que debía hacer. No podía olvidar por qué había acabado en Florida y, aunque Dan fuera un mentiroso, tampoco se merecía que lo mataran. Ni él ni nadie. Si ya no había nada entre los dos, no le importaría lo que él pensara de ella y podría decirle la verdad con todos los detalles. No se paró a reflexionar sobre lo disparatado de su planteamiento: si él no le importa, le puede confesar toda la verdad y quizás salvarle la vida. Si él le importa, no tiene fuerzas para afrontar que la desprecie o la aparte de su lado por chiflada y así le deja expuesto a ese peligro desconocido. Pero Mara no estaba para lógicas. También le preocupaba su trabajo. No quería perderlo, aunque esto no sabía si sería posible. Desde luego no podría quedarse y ver como Dan pasaba delante de sus narices con otra. No lo soportaría.

Por su parte el joven la había llamado aquella misma tarde de la escena del vestíbulo para saber por qué no había acudido a su cita. Parecía realmente preocupado por ella.

«¡Qué cínico!», había pensado Mara.

La muchacha procuró parecer calmada. Le dijo que se había encontrado tan mal que había decidido irse a casa directamente a tomar un calmante y descansar para estar bien para su cita, pero que se había dormido. Él se ofreció a estar con ella, pero la joven insistió en que lo único que necesitaba era descanso sin emociones, y que se verían en cuanto estuviera mejor. Él aceptó a regañadientes, pero tampoco quiso forzarla a verle. Curiosamente, esto le hizo reafirmarse en la idea de que lo mejor era casarse con ella cuanto antes. Así no podría evitar que él estuviera a su lado y podría vigilar sus movimientos.



Mara se incorporó al trabajo a la semana siguiente de la «escena de la novia», en cuanto creyó que por fin había reunido fuerzas suficientes para afrontar la situación. Tampoco podía alargar el asunto indefinidamente, así que, preparada o no, tenía que hacerlo sin más demora.

Cuando llegó a la oficina su mesa estaba llena de documentos para traducir, pero no le importó. Un montón de papeles se amontonaban sin demasiado orden sobre la carpeta de asuntos pendientes. Estaba bien así. El trabajo era lo único que aliviaba un poco su corazón. De esa forma mantendría ocupada su mente al menos durante unas horas.

—Me alegro de que ya estés bien. Si hasta has adelgazado... Hoy, tómate las cosas con calma —le había dicho Laura nada más verla—. La semana que viene volveremos a salir las chicas de esta planta, ¿por qué no te vienes? Ann la organiza. Igual salir un poco y no estar encerrada te hace bien.

La joven trató de sonreír:

—Gracias, pero no creo que las «fiestas» de Ann le hagan bien a nadie...

— Bueno es de las que necesita «estimularse» para divertirse...

—Una cosa es estimularse y otra cosa lo suyo. Así que, no gracias. Siempre he

sabido que mi cerebro es lo mejor que tengo, procuro cuidarlo y no exponerlo tontamente por diversión —añadió con una sonrisa.

—Y haces bien... A mí tampoco me gusta cuando viene ella a la discoteca y se pone así pero no podemos decirle que no venga.

—¿Alguien ha pronunciado mi nombre? —preguntó una cabeza rubia que se asomó en ese momento en el despacho donde las dos mujeres hablaban.

—Chica, vaya susto me has dado —exclamó Laura.

—Es que me pareció que hablabais de mí —se disculpó la joven, muy alta y de aspecto desenvuelto.

—Pues sí, precisamente sí que hablábamos de ti. Le comentaba a Mara lo de la salida que estás organizando para la semana que viene.

Ann entró en el despacho y se apoyó en la mesa de Mara mirándola fijamente.

—Ven, a ver si así te animas un poco —le dijo señalándola con el dedo.

Mara le mantuvo la mirada al contestar.

—No, gracias. Necesito descansar, aún no estoy bien del todo.

—Bueno, tú te lo pierdes. A ver si esta vez sí coincidimos con el gran «jefe». Le tengo unas ganas...

—Tú y medio mundo, guapa, pero él es demasiado listo —intervino Laura.

—Pues que se ande con ojo... A las caza—fortunas no siempre se las ve venir. Algunas utilizan la táctica de la mosquita muerta... Ya sabes —añadió Ann.

—Pues allá tú con tu táctica. Sabes que a él suelen gustarles las fiestas más tranquilas... Como a Mara.

Ann le dirigió una mirada que Mara interpretó como una especie de advertencia, aunque como todo le parecía sospechoso últimamente, no le prestó mayor atención. Sin duda ya sabrían que Dan y ella habían salido unas cuantas veces, pero Mara no estaba dispuesta a seguirles el juego.

—Ya tenemos algo en común —respondió ella y fingió seguir con su trabajo esperando que Ann se fuera.

—Pues os dejo con lo vuestro —dijo ésta recalcando «lo vuestro» antes de dar media vuelta y salir del despacho.

—Chicas, un poco de tranquilidad. El joven señor Fanjul acaba de pasar por el pasillo y ha tenido que oír vuestros comentarios sobre la caza de fortunas —dijo Matilde que pasaba por delante del despacho y se unía así a la conversación.

—No ha sido nada, En realidad solo comentábamos que a él le gustan poco las fiestas, como a Mara... —repitió Laura —. Oye, ¿no lo harás por ganar puntos con el jefe? Es prácticamente abstemio —añadió riendo para animarla con esa broma.

Mara rió también, aunque no supiera a qué se refería. No conocía tan bien a Dan como para saber si estaba siendo irónica. Al pensar eso se deprimió un poco: era cierto que apenas le conocía. Cuando estaban juntos, Dan le preguntaba toda clase de cosas, pero él apenas comunicaba nada más allá de los asuntos del día. Hasta ese momento no había sido consciente de ello. Además, siempre había alguna mujer rondando en su vida. O más de una.

Mejor intentaba concentrarse en qué hacer a partir de entonces, ya que Dan no había dejado de llamarla, inquieto por su salud. Ella había insistido en que no necesitaba nada. Le había dicho que había visto a un médico y que éste le había comentado que sólo era cansancio y le había recetado reposo absoluto durante unos días. Ahora que había vuelto al trabajo sabía que era cuestión de poco tiempo que se encontraran. Mara estaba en esos pensamientos cuando su jefe se asomó al despacho y le dijo:

—Lleve esos documentos directamente al señor Fanjul cuando termine.

No deseaba verle aún, pero no encontró ninguna excusa aceptable para no cumplir con lo que su jefe le había pedido, y no quería poner en riesgo antes de tiempo un trabajo que le gustaba. Cuando terminó con los documentos, los metió en un portafolios y se armó de valor. Se arregló un poco el pelo y salió. Al llegar al despacho de Dan sintió que le flaqueaban las fuerzas, pero llamó a la puerta y entró.

«Solo espero no estar a punto de caerme como siempre», pensó.

—Pase —se oyó decir desde dentro.

Mara abrió la puerta y entró. No sabía cómo actuar ya que no quería que él se diera cuenta de sus sentimientos. Dan se levantó como un resorte al verla.

—Pero, ¿cómo no me has avisado de que venías? —interrogó él.

—Yo... No quería molestar —balbuceó ella sin saber qué más añadir.

—¿Molestar? —preguntó él extrañado.

El joven la miró fijamente durante unos instantes. Mara era consciente de que la estaba escrutando y se sintió incómoda.

—Supuse que estarías ocupado y... Traía esto —añadió tendiéndole el portafolios.

El joven lo cogió con un gesto de impaciencia. No estaba dispuesto a perder el tiempo.

—Mara, ¿qué está pasando?

—Nada, yo...

Dan se acercó a ella y la agarró por los hombros con suavidad.

—Mara, mírame. No me mientas, ¿qué ocurre?

La joven decidió que la sinceridad sería la mejor opción. Quizás no se

atrevera a confesarle por qué estaba allí realmente, pero lo que no estaba dispuesta a consentir era que las medias verdades se instalasen de manera definitiva en su vida.

—No he venido porque necesitaba descansar.

Cosa que tampoco era mentira, después de los últimos acontecimientos vividos.

—... Además creía que estarías muy ocupado con tu novia —añadió bajando la vista para que él no viera la emoción en sus ojos.

—Pero, ¿de qué estás hablando? —preguntó él con sinceridad, ya que realmente no sabía a qué se refería.

—Os vi el otro día... En el vestíbulo. A ti y a Gaby...

Dan levantó la cabeza y no pudo evitar esbozar una sonrisa al contestar.

—Pero Mara, Gaby no es mi novia. Además se va a casar el mes que viene.

La chica sintió una punzada de rabia. Encima quería engañarla delante de sus narices. Era el colmo, así que respondió airada:

—Pero si escuché perfectamente como se dirigía a ti y recalcaba que era tu novia.

El joven pareció agradablemente sorprendido por aquel arrebató de la

muchacha y volvió a acercarse a ella.

—Vamos, cálmate. Gaby y yo nos llamamos «novios» desde que teníamos diez años y nuestras familias comentaron que haríamos buena pareja. Pero entre nosotros nunca ha habido nada más que una buena amistad. Como te he dicho, se casa el mes que viene y con uno de mis mejores amigos. Si quieres, me acompañas y lo ves con tus propios ojos.

Mara sintió que le ardían las mejillas. Por un lado estaba feliz de que él no le hubiera mentado y por otra se sentía profundamente avergonzada de haber quedado expuesta ante él. Ahora Dan podía estar seguro de que ella le amaba, pero ella seguía sin saber si para él era algo más que una nueva distracción. No se atrevía a levantar la vista del suelo porque creía que si le miraba a los ojos se pondría mucho más colorada.

—Anda, siéntate —dijo él mientras la acompañaba hacia el sillón que había frente a al gran ventanal.

Después se dirigió a la discreta nevera que había en un rincón y sirvió un poco de té helado.

—Toma, bebe un poco —añadió poniendo un vaso en las manos de la joven.

Mara bebió mecánicamente, pero se sintió mejor. Respiró hondo y esperó sin decir nada. No tenía ni idea de cómo acabar con esa situación tan incómoda para ella. Esperó por tanto a que fuera él el que hablase.

—Tenía pensado hacer esto de una manera muy distinta, pero dadas las

circunstancias, creo que este es el momento adecuado.

La chica le miró sin comprender, mientras él pasaba al otro lado de la mesa para coger algo de un cajón. Cuando regresó a su lado en el sillón llevaba en la mano una cajita muy pequeña. Mara lo miraba con los ojos muy abiertos mientras Dan dejaba al descubierto lo que había dentro. La joven estuvo a punto de atragantarse al darse cuenta de que lo que contenía era un anillo y que él hincaba una rodilla en tierra, al tiempo que le preguntaba:

—¿Quieres casarte conmigo?



Tan solo una hora más tarde de haberle hecho aquella proposición de matrimonio a Mara, Dan hablaba por teléfono.

—Ha accedido.

Su interlocutor expresó su sorpresa.

—Sí. Yo también estoy tan sorprendido como tú, pero estoy contento. Ya sé que piensas que es una locura, pero creo que saldrá bien. De una forma u otra será positivo para nosotros.

CAPITULO XVII

En cuanto Dan le hubo hecho aquella inesperada proposición y ella hubo aceptado, Mara se dio cuenta de que jamás tendría valor para contarle la verdad de su viaje a Punta Cana. Había llegado demasiado lejos, y su mente calenturienta no dejaba de imaginar las reacciones que Dan tendría ante semejante información. Naturalmente, cada reacción que imaginaba era mucho peor que la anterior. El miedo a que la abandonara no dejaba espacio a nada más en su cabeza ni en su corazón, por absurdo que fuese.

Esa noche salieron juntos del edificio de oficinas. Mara pidió ir a pasear un rato. Estaba tan abrumada por los acontecimientos del día y de la última semana, que necesitaba tomar el aire. Ni en un millón de años hubiera podido imaginar que su vida podría dar un vuelco semejante y en tan poco tiempo.

Sus pasos les llevaron a la playa. Estaba desierta. Caminaron por la orilla y acabaron sentándose sobre la arena. Mara supo más tarde que se trataba de la playa privada de un hotel y que la empresa de Dan era la propietaria.

Estuvieron unos momentos contemplando el mar sin hablar. De repente sintió la mirada de Dan sobre ella y notó como se acercaba más y más. Cuando percibió su aliento cálido sobre su rostro, se giró hacia él, miró sus ojos verdes, claros y con reflejos dorados como un día de sol, y se fundieron en un beso.

«No tiene sentido que me esconda más. Él me ama, sino, no habría llegado tan

lejos. Hay que afrontarlo por fin», pensó.

Así había llegado hasta esa noche. Ese momento que Mara había temido. Mostrarse ante él sin barreras. Tal cual era. Quizás no debería ser así, pero uno acaba descubriéndose en los ojos de quién nos mira. La joven respiró profundamente, removida en su interior por aquel beso.

—¿Sabes que me siento preparada para todo? —le indicó ella.

—¿De veras? —preguntó él mirándola intensamente.

—Sí —respondió abandonándose totalmente en sus brazos.

Él la apretó con más fuerza y la besó con mayor intensidad. Lo que sintió aquella noche en la ardiente oscuridad no podría olvidarlo ni aunque viviera mil años. Las caricias, los susurros, la emoción de sentir sus labios sobre su piel. Todo su cuerpo vibró en un instante, a pesar de su inexperiencia. Y se sintió segura. Ya no tenía que preguntarse si era él. Lo sabía. Sentía que era su amor verdadero, como soñaba de niña. Y el amanecer los sorprendió sobre la arena.

CAPITULO XVIII

—¿Que te has qué...? —se oyó exclamar al otro lado de la línea telefónica —. Si acabas de conocerle. ¡Estás completamente loca!

—Es posible, Tina. No digo que no, pero ya iba siendo hora de hacer alguna locura y agarrar las oportunidades cuando aparecen. Ya he dejado pasar demasiados trenes.

—Pero, ¿estás segura? Creo que te estás dejando llevar por el romanticismo de la situación. Nunca has salido de tu refugio por no arriesgarte y ahora que lo has hecho, no puedes parar —respondió su amiga sinceramente preocupada.

—Qué seas tú quien me diga esto... Me sorprendes... Además esperaba que me llamaras tú. ¡Creía que ya te habías enterado de todo por la prensa!

—He estado muy liada estos días —se disculpó su amiga, fastidiada por no haber estado atenta a las noticias —. Y tus padres tampoco me han dicho nada.

—Ha sido cosa mía. Es que quería darte yo la noticia. No le habrán dicho nada a nadie... Sino, no hay forma de guardar un secreto, ya sabes.

—Va a ser un bombazo en el pueblo. Ya verás... Pero, ¿y tú? ¿De verdad has pensado bien lo que has hecho?

Mara contempló el jardín a su alrededor y respiró la brisa del mar que le

llegaba. El jardín de la casa de los Fanjul era uno de los mejores de la zona. Las flores, el césped tan bien cuidado, la arquitectura del conjunto... Todo allí le encantaba.

—Mira, de verdad que le amo. Ya sabes cómo soy, si no sintiera algo verdadero no habría llegado tan lejos. No podría explicarlo con palabras.

—¿Y él? —preguntó su amiga.

Mara suspiró. No podía reprimir la felicidad que sentía.

—Estoy segura de que también me ama. ¿Por qué si no iba a casarse conmigo? No tengo nada que ofrecerle, a parte de mí misma —respondió ella sin poder evitar una vaga sensación de inquietud.

Todavía le resultaba difícil de creer que un hombre como Dan se fijara en una chica como ella, de familia normal, no una rica heredera, una chica de sociedad o una modelo internacional. Había momentos en que aún se sentía insignificante, pero debía reconocer que eso había empezado a cambiar poco a poco.

—En el fondo es que te envidio —rió Tina—. Un super trabajo, un super marido... Y la Visa que tendrás ahora... ¡Ah, lo que yo haría con ella! La quemaría enterita.

—No lo dudo. Yo prefiero tomarme las cosas con calma —contestó Mara riendo suavemente también.

—Me alegro tanto por ti. Te mereces esto y mucho más... Y eres muy guapa, Mara. Mucho más de lo que crees —añadió su amiga, como adivinando la naturaleza de sus pensamientos.

La chica sonrió al contestar:

—Gracias. Eres una buena amiga, como siempre.

—¿Cómo que «una buena amiga»?

—¡La mejor, la mejor! Eres mi mejor amiga —rió abiertamente Mara.

—Y tus padres ¿qué han dicho?

—No les ha hecho mucha gracia no poder asistir a la boda de su hija, pero ya hemos quedado en que, en cuanto podamos, viajaremos a España y podremos celebrar allí un banquete... Lo he sentido mucho, Tina. Pero Dan tenía un hueco en su agenda y no hemos querido desaprovecharlo. ¡Si nos casamos ese mismo fin de semana! Lo que es tener contactos...

—¿Y no le has contado aún...?

—No, Tina, no he podido. Cuando lo intento me quedo sin fuerzas. Sé que es una debilidad de mi carácter, pero no puedo evitarlo. Aún así no dejo de observarlo todo...

—Prométeme que tendrás cuidado — dijo Tina al despedirse.

A miles de kilómetros de Mara, su amiga colgó el teléfono y se quedó mirando fijamente el auricular.

—¿Qué sucede? — preguntó David, su novio, al ver su cara de preocupación.

—Mi mejor amiga se ha vuelto loca — contestó ella compungida y tratando de reprimir un impulso que la empujaba a comprar un billete de avión.



Nada más acabar de hablar con Tina, Mara comenzó a recordar los últimos días que habían pasado como un torbellino. Después de que Dan la pidiera en matrimonio —y de que ella reaccionase ante semejante impacto— apenas tuvo tiempo ni de buscar un vestido ni de organizar nada.

Una vez decidido, el joven quería dejar el asunto resuelto lo antes posible. Mara habría preferido prepararlo todo con un poco más de tiempo, pero le pareció que era como una escapada romántica, como huir juntos. Y le gustó la idea. Afortunadamente, contó con Laura que se ofreció a ayudarla en todo lo que necesitara en cuanto se enteró de la noticia.

—No sabes cuanto me alegro por ti. ¡Más de una se va a llevar la sorpresa, y también el susto de su vida! —exclamó al conocer las novedades que Mara le traía.

No perdieron ni un minuto y se dedicaron a recorrer tiendas hasta encontrar el vestido perfecto para la ocasión. Mara se emocionó cuando se vio con él

puesto. Envió un video a sus padres tras la boda, en dónde les daba cuenta de todos los preparativos para que así sintieran que habían participado de aquel momento tan especial. Éstos la llamaron enseguida y no pudieron evitar acabar llorando por la emoción.

El día de la boda hasta su pelo le dio una tregua y el peluquero consiguió un precioso peinado sin tener que pelearse demasiado con sus rizos. En cuanto vio la cara de Dan al verla caminar por el pasillo, supo que había acertado con el vestido. A Mara le pareció que él estaba impresionante. Hasta le dio la sensación de que había crecido y estaba más alto de lo que ya era.

La ceremonia fue sencilla, pero muy emotiva. Laura, su única amiga allí y por tanto, la única invitada de su parte, no paró de llorar en toda la mañana. El señor Fanjul les felicitó con entusiasmo, aunque a Mara le pareció ver una sombra de preocupación en su mirada. La joven lo achacó a lo precipitado que había sido todo y se convenció de que, con el tiempo, se daría cuenta de que estaban haciendo lo correcto.

Al salir tuvieron que hacer frente a los paparazzi que los siguieron hasta su casa, pues celebraron una pequeña recepción en el jardín de los Fanjul para los pocos invitados que habían asistido. Habían tenido claro desde el principio que sería una ceremonia íntima. No lograron averiguar de qué forma la prensa se había enterado de la boda del «soltero de oro del momento». Mara fue consciente en ese instante de que se había convertido oficialmente en un personaje público, aunque fuera de manera indirecta. Ya no sería algo ocasional en su vida, sino que pasaría a formar parte de ella y se sintió incómoda. No iba con su carácter.

Una vez acabadas las formalidades y después de despedirse de amigos y familiares, Dan y Mara se marcharon para alojarse en el hotel dónde pasarían su primera noche juntos como marido y mujer. Al día siguiente partirían para un corto viaje de novios en el velero. Dan tenía que marcharse a las Caimán para realizar unas gestiones esa misma semana.

Llegaron a la suite y se besaron apasionadamente en cuanto se quedaron solos, pero habían sido unos días tan agotadores que pasaron el resto de la tarde descansando uno junto a otro en la terraza. Después del trasiego de la última semana necesitaban un respiro. Mara le agradeció a Dan que la dejara descansar y que no se abalanzara sobre ella nada más cerrar la puerta. Era verdaderamente atento y considerado. Parecía que adivinara sus estados de ánimo. No podía sentirse más feliz. El tiempo se escurrió dulcemente sentados contemplando el mar desde aquella altura. Pero inevitablemente, en cuanto se miraron fijamente a los ojos y antes de que la noche llegara del todo, volvieron a estar sobre la arena, como aquella primera vez.

Al día siguiente dejaron el hotel temprano para ir al embarcadero. Así dieron esquinazo a la prensa que aún les seguía. Pasarían unos días navegando antes de que él se marchara a su reunión en las islas. Allí podrían estar tranquilos, sin fotógrafos molestos. Al menos, eso esperaban. Zarparon con la mar en calma y navegaron todo el día. Fueron momentos inolvidables para Mara que ni en sus mejores sueños habría podido imaginar algo así. Dan la observaba con una expresión en su mirada que la chica no acababa de descifrar, pero que intuía era positiva. Se sentía tan bien a su lado que le parecía que todo había sido un sueño.

«No puede ser real», pensó aún en una nube.

La vida que se abría ante ella iba a ser muy diferente y no sabía cómo lo afrontaría, pero no quería pensar en ello aún.



Mara decidió no volver al trabajo inmediatamente. Pensó tomarse un par de semanas para organizar su traslado a la mansión de los Fanjul y de paso descansar un poco después de tantas emociones. Temía que si no se tomaba las cosas con un poco más de calma, acabaría enfermado de verdad.

«He trabajado muy duro y acabo de casarse, me merezco estas vacaciones. Pero, ¿qué me importa lo que piensen los demás? No tengo que justificarme ante nadie, porque nadie puede echarme nada en cara. Estos pensamientos son cosa de la vieja Mara..», se repetía, como tratando de convencerse

Y así se concentró en disfrutar del momento. Su vida en la casa le gustaba. Pasaba largos ratos en el maravilloso jardín y además tenía la playa bastante cerca para bañarse cuando quisiera. Podía dedicarse a la lectura o a ver alguna buena película en la impresionante sala de cine que había en la casa.

—En la familia siempre ha habido alguien a quien le ha gustado el cine y los deportes. Y nada como verlos en pantalla grande —le había dicho el señor Fanjul en una ocasión.

También pasaba horas al teléfono con sus padres y Tina. Les prometió que irían pronto o que les enviaría billetes de avión para que vinieran ellos. La

verdad era que no había querido avisarles hasta después de haberse casado, porque temía que la hicieran desistir. Y ella no estaba dispuesta a volver a su vida anterior. En cuanto a por qué no les invitó a venir enseguida, Mara no quería pensarlo demasiado, pues la razón era que aún no estaba segura de su posición y pensaba que si su familia y amigos estaban cerca se iba a sentir más avergonzada. Era consciente de que se trataba de un sentimiento totalmente irracional, pero no podía evitarlo.

Por otra parte, el asunto del hombre del tren se le antojaba lejano e irreal. Le parecía tan solo un sueño. Llevaba cinco meses allí y no había observado nada extraño ni sospechoso, así que se convenció de que todo habían sido elucubraciones de borracho. Pero aunque intentara apartarlo definitivamente de su pensamiento, las palabras de aquel hombre volvían a su mente de vez en cuando y flotaban a su alrededor. Sin embargo, ella estaba firmemente decidida a no hacerles caso.



Tan solo tres días después de regresar del viaje de novios, Dan se marchó a las Caimán. Un par de días antes de la boda, le habían llegado unos informes tan importantes que se requería su presencia en las islas de manera inmediata.

—Te lo compensaré. Haremos un gran viaje —le había dicho el joven, pero a Mara no le importaba demasiado el destino. Siempre que estuvieran juntos le daba igual dónde.

Por eso Mara habría querido acompañarle, pero Dan insistió en que sería una

distracción en esos momentos y que necesitaba concentrarse. Se trataba de un asunto crucial para la empresa. La joven no quiso importunar más con ese asunto y se quedó en Florida con el señor Fanjul. Éste la trataba con simpatía y cariño, pero también con una cierta distancia que la chica no acababa de comprender. Lo justificó pensando que se inquietaba por su nieto. Al fin y al cabo ella era casi una desconocida. Estaba segura de que conforme pasara el tiempo y la conociera más estrechamente, las cosas irían mejorando. No podía negar que se le presentaba una buena perspectiva por delante. Mucho más de lo que hubiera podido imaginar en toda su vida.

«Si hasta he conseguido aprender a combinar la ropa y tener un buen fondo de armario. A ver si va a resultar que tengo estilo», pensaba riendo.

La casa donde vivía era imponente. Sólo su dormitorio era casi tan grande como el apartamento que acababa de dejar. Podía elegir entre pasar las tardes junto a la piscina o volar a la casa que la familia tenía en Punta Cana, y disfrutar de esas playas de interminables arenas blancas con las que siempre había soñado. En cuanto a cómo se desenvolvería a partir de ese momento en la empresa, había decidido que se esforzaría al máximo. Nada de ser la «mujer de...». Ella estaba sobradamente preparada y no iba a aprovecharse de su situación. No habría podido vivir tranquila con su conciencia. Además, con lo que se había esforzado para poder optar a un buen trabajo, no estaba dispuesta a tirarlo por la borda y quedarse en casa pintándose las uñas.

Así que tenía una casa fantástica, el trabajo que siempre había querido y un hombre maravilloso a su lado, pero su radar se había disparado y tenía la vaga sensación de que algo no encajaba. Algo no era como debería, no habría sabido decir qué. La sutil distancia del señor Fanjul, la extraña sensación de

que Dan no era del todo sincero... No lo podía precisar, pero cuando pensaba en ello lo achacaba a su propio sentimiento de culpa. Era ella la que ocultaba algo. Era ella la que no había sido sincera sobre el verdadero motivo que la había traído hasta allí, y creía que lo que achacaba a los demás era sencillamente el reflejo de su propia mentira.

CAPITULO XIX

El viaje de Dan se estaba alargando más de lo que esperaban y Mara decidió regresar al trabajo porque se aburría en casa. No habían transcurrido aún las dos semanas que había pensado tomarse de vacaciones, pero ya lo tenía todo arreglado y sin Dan no le apetecía demasiado salir por ahí.

—No he nacido para florero, así que a trabajar —se decía con una sonrisa.

Desde el mismo momento en que regresó, sus compañeros empezaron a mirarla de manera distinta, aunque ella continuó comportándose como siempre. Todos menos Laura, que siguió tratándola como a una amiga. Mara se lo agradeció enormemente. Hasta el señor Decker, el responsable de personal la trataba como si ella se hubiera convertido en uno de los jefes de la empresa y a la joven eso era algo que le molestaba muchísimo. En cuestiones profesionales quería ganarse el respeto y los ascensos por su propio esfuerzo, aunque eso parecía una ingenuidad más de su parte.

La joven también pasaba muchas horas en la oficina porque echaba mucho de menos a Dan y no quería regresar a casa y no encontrarle en persona. Aunque hablaban por teléfono todos los días, no era lo mismo. No acababa de comprender por qué la había dejado allí en vez de pedirle que le acompañase. Si no quería distracciones, no tendrían que verse hasta la noche, pero al menos cenarían y dormirían juntos. No obstante, decidió tener paciencia. En realidad, estaban empezando a conocerse. Que le pidiera que se casara con él en tan poco tiempo y después de lo ocurrido con su novia, era prueba suficiente para

ella de que la quería y no deseaba que otros pensamientos la perturbasen. También era cierto que él no se lo había contado, lo había sabido por Laura. No había confiado en ella, pero todo llegaría. Esa era su esperanza.

Por fin llegó el día del regreso de Dan. Mara estuvo todo el tiempo inquieta en la oficina, pero no quiso pedirse fiesta en el trabajo. No quería que la acusaran de aprovecharse de su nueva situación. Así que acabó todo lo que tenía pendiente para poder salir a las cinco y estar en casa cuando él llegara. Salió corriendo de la oficina y tuvo el tiempo justo de cambiarse de ropa y arreglarse un poco antes de que Dan entrara por la puerta. Como siempre, domar su pelo era lo que más rato le llevaba. Quería que la viera lo más guapa posible.

—Te he echado de menos —dijo él cuando la vio de pie en el vestíbulo.

Dejó la maleta en el suelo, que el mayordomo retiró discretamente, y se acercó a ella. Se abrazaron y Mara se volvió a sentir segura y tranquila. Se fundieron en un cálido beso y pasaron al salón. Sólo entonces se unió a ellos Daniel, el abuelo, que había tenido el detalle de dejarlos solos en el momento del reencuentro.

—¿Cómo estás, Dan? ¿Ha ido todo bien? —preguntó al tiempo que le daba un abrazo a su nieto.

—Sí. Todo ha ido bien. Y he tenido algún encuentro interesante —dijo animadamente—. He conseguido nueva información, por eso he tardado más de lo previsto. Y no hay nada sospechoso respecto... a ningún asunto cercano —añadió enigmáticamente.

—Mi nieto siempre preocupándose por mis asuntos —respondió el señor Fanjul, pero a Mara le dio la sensación de que lo que en realidad quería era cambiar de conversación.

Dan había regresado de muy buen humor y la joven se sintió más relajada. Todo parecía ir bien. Aquella noche Mara pudo comprobar cuánto la había echado de menos su marido. Pudo notar en sus besos y abrazos cómo la amaba y la deseaba y se tranquilizó más aún. Por su parte, ella no era capaz de fingir y esconder lo que sentía, así que fue una de las noches más apasionadas que habían pasado juntos hasta la fecha. Quizás aquello que le había dicho de que necesitaba sosiego y no tener distracciones durante el viaje, no había sido sólo una excusa. Tal vez había sido sincero.

Durante los siguientes días todo volvió a la normalidad, y Mara recuperó el optimismo. Al menos las dos primeras semanas. Después de ese tiempo la sensación de que algo no funcionaba, volvió. Y tenía nuevamente la impresión de que Dan la observaba. ¿Sería porque quería comprobar si realmente era una caza-fortunas? Debía de ser eso. ¿Qué si no? Con paciencia le demostraría que no era así. Si le daba la oportunidad, pensaba con inquietud.

—Te estás volviendo paranoica —se dijo.



—¿Qué le pasa al señor Decker? Sólo le falta hacerte una reverencia —le comentó Laura, divertida, a Mara una tarde en que se quedaron solas acabando

unos informes.

La aludida suspiró y se encogió de hombros.

—No sé... Desde que me casé con Dan no hace más que preguntarme si estoy a gusto o si necesito algo. Llega a hacerme sentir incómoda.

—Quizás quiera algo de los Fanjul y piense que si te tiene contenta...

—Que si me tiene contenta, ¿qué? Porque yo no voy a aceptar ningún trato de favor...

—A lo mejor piensa que si lo intenta a través de ti le resultará más fácil conseguir lo que quiere. Igual te ve como un trampolín para sus intereses —concluyó Laura sin levantar la vista de la pantalla de su ordenador.

El comentario de su amiga le rondó la cabeza a Mara toda la tarde. Eso de no saber a qué atenerse la exasperaba. Además se había dado cuenta de que aquel misterio tenía ahora un nuevo elemento: ella misma. Quien quisiera que estuviera detrás de la amenaza a los Fanjul, si es que realmente existía esa amenaza, tendría que contar con ese nuevo elemento inesperado para él o ella.

Cuando llegó a casa aún estaba preocupada. Dan la esperaba leyendo un libro en el salón. Al oírla entrar levantó la vista:

—Me parece bien que no quieras que en la empresa piensen que te aprovechas de tu nueva situación, pero que ni siquiera podamos salir a la misma hora... Ya lo encuentro exagerado. ¿De qué me sirve ser tu marido y el dueño de la

compañía? —preguntó con una sonrisa.

Mara sonrió también y se sentó a su lado. Él la besó de tal forma que la hizo olvidarse de todas las preocupaciones de la tarde.

—Pareces algo agobiada. ¿Por qué no salimos a cenar y nos distraemos un rato? —propuso.

—Me encantaría —respondió ella—. Me cambio y estoy contigo en un momento.

Así que salieron a cenar. Después fueron a un cine y a bailar. Recorrer la ciudad con él le encantaba y Dan disfrutaba descubriéndolo nuevos lugares. También perderse por carreteras solitarias en aquel maravilloso deportivo que a él tanto le gustaba y ahora a ella también. Cuando estaban juntos Mara se olvidaba de todo y sentía que sus temores eran totalmente infundados. Dan por su parte deseaba sentirla cerca. Hubiera querido tenerla siempre así y olvidar el resto de asuntos que no le permitían bajar la guardia. Aunque a ninguno les entusiasmasen demasiado ir de discotecas, esa noche se divirtieron de verdad y al regresar a casa a Mara le pareció que volvían a estar de luna de miel.



Una mañana el señor Martin, que seguía siendo su jefe, llamó a Mara a su despacho con mucho misterio. La joven se inquietó. Colgó el teléfono y fue para allá inmediatamente.

—Cierre la puerta, por favor —le dijo el hombre cuando la vio llegar.

Mara obedeció y se sentó en la silla que había frente a la mesa de su jefe, tal como éste le indicó. Estaba inquieta e impaciente.

—Créame que he meditado mucho antes de llamarla.

—He procurado hacer mi trabajo tan bien como siempre... —interrumpió ella que no podía más. ¿Vendría a reclamarle sus «excursiones» de espía por los despachos después de tanto tiempo? Hacía ya mucho que no lo había repetido. La verdad es que no había tenido ocasión. En sus nuevas circunstancias le hubiera resultado muy complicado. ¿Cómo explicarle a Dan que se iba a la oficina a las cinco de la mañana?

El señor Martin hizo un gesto con la mano.

—No, no se preocupe. No se trata de eso. Sé muy bien qué clase de empleada es usted. Es eficiente, competente y está preparada. Lo era antes y lo sigue siendo ahora. Pero no es eso...

Mara se revolvió en la silla. Si no era su trabajo ni su «labor de espía», no podía imaginar de qué podría tratarse; hasta que las palabras del hombre del tren volvieron a su mente. ¿Sería algo relacionado con aquel asunto?

—He decidido hablar con usted porque es buena en su trabajo y por su nueva posición como parte de la familia Fanjul. Verá, se trata tan solo de sospechas, pero...

La joven dio un respingo. Se le nubló la vista por un instante. ¿De verdad estaría Dan en peligro?

—... creo que alguien está desviando fondos de la empresa —concluyó el hombre—. Y las últimas transferencias se han realizado desde estas oficinas, aunque no se ha podido determinar desde qué ordenador.

Mara le miró con los ojos muy abiertos. No era eso lo que esperaba oír.

—Pero, ¿cómo...? —balbuceó la joven.

El señor Martin se puso en pie y paseó por detrás de su mesa, paralela al ventanal.

—Como ya le he dicho, no son más que sospechas. Por eso no quiero inquietar al señor Fanjul ni a su abuelo. Conozco al joven Fanjul desde que era niño y puede llegar a ser muy impulsivo. No quiero perjudicar a nadie por meras conjeturas, ni tampoco quiero que nos precipitemos y pongamos sobre aviso al ladrón si todo resultara ser cierto.

La muchacha asintió al tiempo que decía:

—No veo qué podría hacer yo.

El hombre se detuvo frente a ella. Abrió el primer cajón de su mesa y sacó una carpeta. La miró fijamente antes de contestar:

—Me gustaría que estudiara este dossier. Sé que no es exactamente su especialidad, pero la he observado y creo que puede ayudarme. Necesito que alguien lo mire con ojos frescos y me diga si estoy en lo cierto o no.

Mara alargó la mano y acarició la carpeta que le ofrecía. Asintió de nuevo sin un verdadero convencimiento de que pudiera ser de utilidad en ese asunto.

—Gracias —dijo él—. Pero como favor personal le pido que no hable con nadie de esta conversación, ni enseñe a nadie estos documentos. Guárdelos bien. Ni siquiera me atrevo a arriesgarme a copiarlos en un *pendrive*. Creo que es más seguro tenerlos en una copia en papel, aunque no me haga demasiada gracia imprimir tantos folios... No quiero perjudicar ni poner en peligro a ningún inocente.

—Sí, señor Martin —respondió ella mecánicamente.

Él sonrió y le dijo:

—Creo que a estas alturas podemos tutearnos. Me llamo Yago... Y otra cosa, si pudieras averiguar si los Fanjul sospechan de alguien... Quizás eso nos dé alguna pista, pero eso sí, por favor, con discreción. Quiero mucho a esta familia de la que ahora tú formas parte, y no deseo ponerlos en ningún tipo de riesgo.

—No se..., te preocupes —acertó a responder al tiempo que se levantaba de la silla.

La muchacha salió del despacho con la carpeta en la mano. Estaba nerviosa y

le temblaban las manos. Pensaba que todos los que se cruzaban con ella podían leerle en la cara que tenía un secreto. ¿Y si ahí estaba la clave de todo el misterio? Sería discreta para proteger a Dan. Ni a él le diría nada. El señor Martin tenía razón. ¿Quién sabe lo que Dan sería capaz de hacer si sospechaba lo que estaba ocurriendo? Se expondría aún más al peligro. No podía consentirlo. Bastante había hecho ya con enviarle aquel anónimo. Sólo cuando llegó a su mesa y pudo guardar la carpeta en su maletín se sintió algo más tranquila.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó una voz en tono preocupado.

Mara se sobresaltó de que alguien se dirigiera a ella. Era Laura.

—Que me llame el jefe al despacho siempre me escama —añadió la joven.

—No, sólo quería encargarme más trabajo... Ya sabes cómo son los jefes

—contestó Mara intentando aparentar tranquilidad.

CAPITULO XX

Aquel día Mara salió de la oficina con el corazón desbocado y las manos temblorosas, abrazando el maletín en el que llevaba el dossier que le había confiado su jefe. Tampoco habían parado de temblarle las piernas desde que saliera de su oficina. Dan tenía una reunión, por lo que saldría más tarde y lo agradeció. Si la hubiera visto en ese estado de nerviosismo, sin duda hubiera sospechado que algo ocurría. Por un momento, reflexionó sobre lo que había sido su vida durante el último medio año y le pareció completamente irreal.

—Pero, ¿qué estoy haciendo aquí? —se dijo.

Sintió el repentino deseo de correr, de alejarse de aquello. De regresar a España. Ahora que se había demostrado a sí misma lo que era capaz de hacer, podría empezar allí una nueva vida sin problemas. Pero en ese mismo instante se le apareció la imagen de aquel hombre del tren, pero con la cara de Dan, tirado allí en el fondo del barranco y con un hijo rojo atravesándole el pecho. Entonces el miedo, la angustia y el dolor que sintió fueron tales que supo que no podría dejarle. Tenía que averiguar si la amenaza era cierta. Hasta entonces había aprovechado para revisar los documentos que tenían sus compañeros sobre la mesa, en cuanto tenía ocasión, sin demasiados resultados. Lo cierto es que se sentía estúpida cuando hacía eso.

«Menuda espía de pacotilla», pensaba.

Ahora tenía entre manos una sospecha cierta. El primer indicio real de que

había algo extraño alrededor de los Fanjul. Quizás también la prueba que necesitaba para contarle toda la verdad a Dan y poder demostrárselo todo. Llegó a casa llena de inquietud —que no se había disipado a pesar del paseo que se había obligado a dar para intentar templar sus nervios— y se fue directa a su habitación. No sabía muy bien dónde guardar el dossier para que Dan o el servicio no lo encontraran. Estuvo sopesando varios escondites, pero no se decidía por ninguno. Se inclinó finalmente por dejarlo debajo del colchón. No se le ocurrió nada mejor en ese momento y se dijo que ya lo pensaría más tarde.

—Hola. ¿Buscas algo?

Mara dio un respingo y el corazón se le aceleró. No había oído entrar a Dan y él se había extrañado de verla mirando debajo de la cama.

—¡Qué susto! No te oído llegar —dijo ella pálida por la impresión.

Esperaba sinceramente que él no hubiera alcanzado a ver como guardaba los documentos.

—Vaya, parece cómo si no tuvieras la conciencia tranquila... Como si ocultaras algo —dijo él sonriendo.

—¡Qué tonterías dices! —respondió ella esforzándose también por sonreír y aparentar normalidad —. Es sólo que estaba aquí tan concentrada intentando encontrar unos zapatos que al final me he llevado un buen susto.

La joven se levantó de un salto y se dirigió hacia él. Se besaron y ella lo tomó

del brazo para salir de la habitación.

—Me alegro de que hayas podido salir temprano de tu reunión —añadió para intentar desviar su atención.

—Sí, todo quedó arreglado antes de lo que esperaba, así que me dije: hoy voy a ver a mi mujer pronto —respondió él mientras se dirigían hacia la puerta.

Antes de salir Dan miró hacia la cama por encima de la cabeza de la joven, pero ella no se dio cuenta.



Aquella noche Mara casi no pudo dormir. No hacía más que darle vueltas a la conversación que había tenido con Yago Martin. En esos momentos no le parecía tan buena idea haber traído los documentos a casa, pero tampoco podía dejarlos en la oficina. El responsable del desvío de fondos, si existía, podía haberlos espiado y robar el dossier. El problema era que no sabía en qué momento podría revisar los papeles en casa sin que le preguntaran. Tendría que arriesgarse. Ahora que tenía un indicio de que algo sospechoso estaba ocurriendo, no podía dejar de pensar que quizás estaba relacionado con lo que le contó el hombre del tren. ¿Y si Dan encontraba los documentos y la interrogaba sobre ellos? Tendría que contarle la verdad. Toda la verdad. Casi prefería que así fuera para poder confesar y quitarse ese peso de encima.

—Aunque me tome por loca... —dijo en voz alta.

Al oír que hablaban a su lado, Dan se despertó.

—¿No puedes dormir?

Mara se sobresaltó al escuchar que le hablaban.

—Eh, no... No puedo. Siento haberte despertado.

—No te preocupes. Ven aquí —añadió él.

La joven se acercó más y su marido la abrazó. Allí, entre sus brazos, se sintió segura y tranquila por primera vez en muchos días, y se durmió.



Dan estaba distraído. No prestaba atención a nada de lo que su amigo le estaba contando. Mantenía la mirada fija en el ventanal que daba al club náutico, observando cómo el viento mecía las palmeras del paseo.

—¿Qué pasa? ¿Te preocupa algo? —preguntó éste, harto de hablar sólo.

Llevaban casi una hora sentados a la mesa y Dan apenas había pronunciado tres palabras seguidas. El joven miró sorprendido a su acompañante. Casi había olvidado que estaba allí. Tampoco había tocado su plato. Ni siquiera la copa.

— Lo siento... Discúlpame. Asuntos del trabajo. Ya sabes... —acertó a

contestar.

—Después de tres meses sin vernos, te encuentro casado. Consigo arrancarte de tu despacho para comer y que me lo cuentes todo... ¡Y el único que habla soy yo!

El joven sonrió. Cogió su tenedor y empezó a comer. No quería que el camarero también le interrogara sobre si no le había gustado la comida, pero no podía evitar tener la cabeza en otra parte.

—Tienes razón, pero ya sabes cómo ha sido.

—Pero es que quiero los detalles. No pasa todos los días que el soltero de oro, el que decía que nunca lo cazarían, se case de la noche a la mañana y prácticamente con una desconocida. La de chicas con el corazón destrozado que has dejado tiradas en el camino... Les ofreceré un buen hombre sobre el que llorar a ver si así consigo que alguna me haga caso.

Los dos amigos estallaron en una carcajada, pero enseguida Dan volvió a ponerse serio. Le seguía atormentado la idea de que todo respecto a Mara no fuera más que una táctica para quién sabía qué fines. Si ella estaba enterada del asunto, ¿qué haría entonces? ¿Cómo actuaría si era ella quién lo ponía todo en peligro? Tenía que reconocer, no obstante, que si era una táctica, era la más rara que habían utilizado nunca. Por eso quizás había tenido éxito. Seguía sin saber si era una ingenua o una «profesional» experimentada con buenas dotes de actriz. Parecía tan sincera, pero al mismo tiempo se comportaba de manera tan extraña...

—Y ahora que la has conocido, ¿qué piensas de Mara? —preguntó.

—Refrescante. Diferente a todas las chicas a las que estamos acostumbrados tú y yo. Es lista, es simpática, es amable. Y guapa. Me gusta. De verdad, me gusta —respondió sinceramente.

Dan asintió. Por un momento tuvo la sensación de que sus preocupaciones se evaporaban al oír hablar así a su amigo.

—Gracias —contestó, aunque un instante después las preocupaciones volvieron a su mente.



Después de colgar el teléfono Mara se decidió a marcar de nuevo. Acababa de hablar con sus padres, como solía hacer cada semana, pero no les había contado nada de lo que realmente estaba pasando. Sentía una especie de pudor extraño de explicarles los problemas a los que se estaba enfrentando. O quizás fuera únicamente su necesidad de demostrarse a sí misma que era capaz de sobrevivir sin ayuda. Aún así, necesitaba hablar con alguien y Tina era la persona indicada. Era la única que sabía la verdad y había sido su paño de lágrimas desde el colegio. Y aunque en los últimos tiempos había estado tan ocupada que no la había llamado tanto como hubiera querido, ahora tenía que hablar con ella.

—Me preocupas mucho. ¿Esto no será demasiado para ti? —dijo Tina después de que su amiga la pusiera al día de los últimos acontecimientos.

—No puedo arriesgarme a poner en peligro a Dan o al señor Fanjul. Y tampoco quiero que piense que soy una loca o una aprovechada...

—Pero es que puedes..., podéis estar todos en peligro. ¿Y qué le digo yo a tus padres si se enteran de que lo sé todo? Cada vez me cuesta más mirarles a la cara cuando me los encuentro. ¡Qué ganas de contarles lo que realmente pasa!

—¡No, por favor! ¡No hagas eso! —exclamó Mara asustada—. No quiero preocuparles... Ellos creen que todo va muy bien aquí.

Mara escuchó lo que le pareció una suave risa.

—Pero, ¿tú crees que tus padres son tontos? —continuó Tina—. Tus padres son mucho más listos de lo que piensas. El otro día los vi y tu madre me dijo «ahora Mara tiene que aprender a desenvolverse sola. Ha estado demasiado tiempo encerrada. Tiene que comprender lo fuerte que es. Cuando esté preparada, vendrá o nos pedirá que vayamos». Y tu padre añadió: «Y será sincera con nosotros y nos confiará sus problemas».

La joven no supo qué contestar. Apretó el auricular y se mordió el labio.

—Siempre me dieron la impresión de que conocen muy bien la psicología humana —prosiguió Tina al ver que su amiga no respondía.

Mara les agradecía infinitamente que le dieran su espacio. No todo el mundo era capaz de pensar primero en el otro y no anteponer sus propias necesidades y miedos. Quizás tenían razón, debía probar sus fuerzas y además era una

mujer prudente e inteligente. Tenía que ser capaz de reconocer el momento en el que debía pedir ayuda.

—No te preocupes. Si noto el más mínimo peligro real, pediré ayuda. No lo dudes —aseguró Mara antes de despedirse de su amiga.

Quedó pensativa unos instantes y finalmente decidió que lo mejor era revisar durante el fin de semana la documentación que su jefe le había dado. Se llevaría a casa algo de su propio trabajo y podría camuflar el dossier entre sus papeles. Una vez tomada esa decisión, se sintió mucho más relajada. Y más aún al pasar los días y comprobar que Dan no sabía nada de los documentos; que seguían exactamente donde los había dejado. Había pasado una semana de muchos nervios, regresando a casa a toda prisa y entrando en el dormitorio para palpar debajo del colchón, con el temor de que alguien se los hubiera llevado. Pero ahí estaban. Al menos de momento, todo iba según lo previsto.

CAPITULO XXI

El sábado por la mañana Mara se levantó temprano. Se dio una ducha con agua fría para despejarse bien y cogió su maletín antes de ir al comedor a desayunar. La noche anterior, antes de que Dan entrara en el dormitorio, había sacado los documentos de su escondite y los había puesto junto a los que había traído esa misma tarde. Confiaba en que Dan durmiera aún un par de horas y así tener tiempo de revisarlos.

El servicio se había sorprendido de verla levantada tan temprano en sábado, pero ella no dio ninguna explicación, más porque no sabía que decir que por no justificarse ante ellos. Después del desayuno, que se obligó a comer entero, se fue a su rincón favorito del jardín para concentrarse en los papeles. Simba la siguió y se tumbó a sus pies.

—Tú sí eres un buen amigo —murmuró la joven acercándose a la enorme cabeza del animal, que pareció entenderla, pues se tumbó del todo, como un oso de peluche gigante, esperando alguna caricia.

Mara le dio una buena ración de mimos. Eso le ayudó a relajarse antes de ponerse a trabajar. Debía llevar ya una hora enfrascada en la lectura, y estaba tan concentrada que no escuchó unos pasos que se acercaban a su espalda. Al oír la voz de Dan se sobresaltó y hasta dio un pequeño salto.

—Vaya, no quería asustarte. Se está convirtiendo en una costumbre que reacciones así. Cualquiera diría que me ocultas algo —dijo él con cierto

recelo.

Mara levantó la cabeza sin comprender del todo sus palabras. Aún tenía la mente en el maremágnum de números que intentaba descifrar. No supo qué contestar.

—¿Te ocurre algo? ¿Puedo ayudarte? —añadió Dan sentándose junto a ella. Parecía preocupado.

La joven le miró a los ojos y por fin reaccionó:

—No, no te preocupes... Es sólo que estaba muy concentrada en esto y no he oído que te acercabas.

En ese momento se dio cuenta de que no le había dado tiempo a ocultar los documentos que Yago le había dado. Estaban desparramados sobre la mesa. ¿Los habría visto Dan? Aprovechó un momento en que él giró la cabeza en dirección a la piscina para colocar sus propios papeles sobre los otros y rezó para que él no se hubiera dado cuenta.

—Pero es sábado y además te he visto alterada estos días —dijo él tomándola de la mano y mirándola de nuevo fijamente a los ojos.

La joven le miró también y le pareció leer en su mirada una especie de petición de sinceridad que también notó en sus palabras. Pero, ¿cómo decirle la verdad? Primero la tomaría por loca porque aún no tenía pruebas y segundo, ¿y si Yago tenía razón y Dan tomaba una decisión precipitada y se ponía en peligro? No, lo más sensato era seguir con su plan y no decir nada hasta que

tuviera algo firme en que basar sus sospechas. Por eso improvisó una respuesta que a ella le pareció convincente.

—Sí, tienes razón. Verás, quería revisar bien este trabajo que debo entregar el lunes. Me preocupa que no me tomen en serio ahora que soy tu mujer... Que me acusen de no estar a la altura ahora que «no me pueden despedir».

Dan sonrió al contestar:

—No debes preocuparte por eso. Eres muy buena en tu trabajo y todos lo saben. Lo has demostrado de sobra en estos meses. ¿Y quién te ha dicho que «no te pueden despedir»? —añadió él con una sonrisa para hacer el ambiente más distendido.

—Claro que no. Ahora soy la jefa del jefe...

—Pero no abuses de tu poder —añadió él medio en serio, medio en broma.

—Mira lo que haremos si te parece. Dame media hora más para que revise una cosita que me queda pendiente y después nos vamos donde quieras —propuso ella.

—De acuerdo. Tenemos un trato —bromeó él y se levantó para dejarla trabajar tranquila.

No se había alejado más que unos pasos cuando se volvió y preguntó:

—No te habrá pasado nadie documentación que no sea de tu área, ¿verdad?

Mara le miró con los ojos muy abiertos y solo logró balbucear un «no» muy poco convincente.

—Tampoco quisiera que nadie abusara de tu sentimiento de culpa para darte trabajo que no te corresponde —añadió él con tono enigmático y mirándola de una forma extraña.

La joven por fin reaccionó y pudo esbozar lo que pretendía ser una sonrisa.

—Oh, no. No te inquietes por eso. No me dejaré avasallar.

—Me alegra oírlo —respondió él.

—Por cierto. ¿Confías en todos los empleados...? —preguntó.

Dan se inclinó hacia ella como si hubiesen pulsado un resorte:

—¿Por qué preguntas eso? —contestó con un tono que pretendía ser tranquilo, pero se percibía claramente que estaba enfadado.

La muchacha se asustó. Quizás había sido demasiado directa. Tal vez no había sabido elegir las palabras. Cada vez estaba más claro que el trabajo de espía no era lo suyo.

—Es sólo que tú que los conocerás a todos sabrás en quién puedo confiar y en quién no...

—Seguro que tus amigas del despacho te pueden informar mejor que yo —inquirió él.

—Es que no quiero meter la pata, ahora que soy tu mujer... No quisiera decir sin querer algo que no deba delante de quien no debería escucharlo —Mara no sabía cómo salir de aquel jardín en que se había metido.

—No hables con nadie de cosas sensibles y no pasará nada —dijo él con una sonrisa pero también con un velado tono de advertencia.

La joven asintió y esperó que él no le preguntara nada más. Tras un breve instante de incertidumbre, Mara intentó volver a sus papeles mientras Dan regresaba a la casa con una indescifrable sonrisa en los labios.

CAPITULO XXII

Mara no estaba tranquila con los documentos de Yago en su casa. No le extrañaba que Dan sospechara de su actitud ya que se sobresaltaba por cualquier cosa. Además después de la conversación del jardín había comenzado a sentir una inquietud cada vez más intensa. Al principio era algo indefinido, pero después fue tomando forma poco a poco. Había surgido en su mente la idea de que Dan también ocultaba algo. La forma en que le había preguntado aquel día en la oficina y aquella otra conversación la habían convencido de que había algo extraño en el ambiente:

«A ver, si sospecha algo ¿por qué no es sincero conmigo? Soy su mujer, debería confiar en mí... Después de todo lo que he hecho por él. Pero, un momento, ¿qué he hecho yo por él...? He venido hasta aquí y los miedos que he enfrentado, hasta puede que esté corriendo peligro, y... Pero, Mara ¡él no sabe nada de todo eso!», divagaba su mente.

Esos diálogos interiores eran cada vez más frecuentes y habían conseguido preocuparla. Le amaba más que a nada en el mundo y no quería que ninguna sombra se cerniese sobre ellos. Lo primero que se le ocurrió fue alquilar una caja de seguridad en un banco y dejar allí los documentos de Yago Martin. Pensó que tenerlos fuera de casa la ayudaría a estar más relajada. Al menos ya no sentiría la necesidad de volver corriendo del trabajo para comprobar que seguían en su escondite. Lo único que había sacado en claro de ellos era que efectivamente había algo extraño. Había encontrado un pago de cinco mil dólares que se repetía periódicamente. Provenía de una cuenta de gastos de la

empresa, pero no había podido identificar al propietario de la cuenta de destino. Sólo había averiguado que era de un banco de las islas Caimán. Tampoco había podido descubrir quién ordenaba los pagos dentro de la empresa. La persona que lo había hecho, lo había hecho muy bien. Se sentía frustrada porque en definitiva seguía igual que al principio, sabiendo que ocurría algo, pero sin ningún nombre. Incluso fue a ver a Yago para decirle que no creía que pudiese averiguar nada importante.

—Y no me atrevo a preguntar a Dan... Parece que cuanto más insisto en preguntar sobre la gente de la empresa más se enfada —le había dicho a su jefe.

—Amiga mía. Es un recién casado, estará celoso. No querrá que te puedas llegar a interesar por otros hombres de la empresa —respondió con una enigmática sonrisa —. Estoy seguro de que si perseveras, conseguirás resultados.

La joven asintió no muy convencida ni de seguir preguntando ni del argumento de los celos que le acababa de exponer su jefe —que solía escoger muy bien la palabra y la frase oportuna— pero ¿qué otra cosa podía hacer?



Una mañana en que Mara acababa de sentarse a su mesa en la oficina, sonó el teléfono.

—¿Mara Bonal? —preguntó una voz desconocida al otro lado del auricular.

—Sí —respondió ésta con desconfianza.

—No me conoce, pero tenemos intereses comunes —continuó la voz.

La joven se enderezó en la silla y captó la atención de Laura que comenzó a observarla desde su mesa.

—¿Qué quiere?

La persona que estaba al aparato no contestó enseguida, si no que hizo una pausa que agitó aún más los nervios de Mara.

—¿Algún problema? —preguntó Laura que se había inquietado por la cara de preocupación que había puesto la joven.

Ésta le hizo una seña dando a entender que no pasaba nada y trató de esbozar una sonrisa. Laura volvió a su trabajo pero continuó mirando a Mara de vez en cuando.

—Le he preguntado que qué quiere —insistió ella en voz baja porque no podía aguantar ni un segundo más aquella espera.

—No se inquiete. Sé que tiene documentación que me incumbe. Me gustaría que nos viéramos para tratar el asunto cara a cara.

—¿Por qué cree que aceptaría semejante cosa?

—Digamos que porque le preocupa la seguridad de los Fanjul —respondió la voz sin dejar traslucir ninguna emoción.

Mara clavó los dedos en reposabrazos de su silla. Estaba tan asustada que sentía ganas de gritar, pero se contuvo.

—Si acepto su oferta, será en un lugar público —respondió con toda la seguridad que pudo.

Seguía conservando una cierta prudencia y era perfectamente consciente de que podía ser una trampa.

—De acuerdo, pero vaya sola. Nos veremos en el Pinocchio a las cinco en punto. Es una cafetería que está en el 760 de Ocean...

—Sé donde está. Gracias —respondió ella cortante.

—Estupendo. No olvide llevar los documentos —añadió la voz y colgó.

Mara dejó el teléfono y miró el reloj. Las dos. Tenía tiempo de pasar por el banco a recoger los papeles y llegar a tiempo. Dudó de poder hacerlo de lo mucho que le temblaban las piernas.

—Tengo que salir. He de ir al edificio de enfrente —le dijo a Laura.

—¿Va todo bien? Esa llamada te ha cambiado la cara —respondió ésta con verdadera preocupación.

Mara hizo un esfuerzo por tranquilizarse y respondió con todo el aplomo que pudo:

—Era sólo trabajo, pero es que piensan que soy un robot... Además quieren que lo solucione personalmente. Nada de correo electrónico. ¡Estamos en el siglo XXI, por favor! —añadió para parecer convincente.

Laura hizo un gesto de incredulidad, pero no discutió.

—¿Y si tu jefe o Dan preguntan por ti?

«Dan... ¿Debía decírselo?», pensó Mara

Era la primera vez desde que había llegado que constataba que alguien le amenazaba. No quería ponerle en un peligro mayor. Al fin y al cabo se verían en un lugar lleno de gente. No le haría nada allí. O al menos eso quería creer.

—Diles que he tenido que salir por un asunto de unos documentos de aduanas. El señor Martin ya sabe de qué va —zanjó Mara resueltamente y salió del despacho.



A la hora convenida Mara esperaba sentada a una mesa del Pinocchio, una de las cafeterías de moda en *Miami Beach*. Al llegar se había dado cuenta del hambre que tenía. Ni siquiera había tenido tiempo de comer y los nervios le estaban pasando factura. Así que se pidió un croasan de jamón y queso y un

café. Tenía la carpeta con el dossier sobre la mesa y de vez en cuando la acariciaba con la punta de los dedos como para asegurarse de que seguía allí. Para relajarse se concentró mirando la pared llena de pequeñas fotografías que había frente a ella. Había estudiado a los demás clientes nada más llegar. Era un local pequeño y a esa hora sólo había un hombre con una niña que tomaba un helado en el mostrador y un joven que leía una revista sentado en uno de los taburetes altos que había enfrente de su mesa. Ninguno parecía sospechoso. En la calle sólo había ocupada una mesa con un par de turistas que consultaban un mapa. Mara incluso contempló la posibilidad de que su interlocutor anónimo fuera el camarero, pero enseguida desechó esa idea, pues no le parecía que aquel hombre de camiseta verde tan ocupado en su trabajo le prestara la más mínima atención.

Pasó una hora de nervios e impaciencia, pero nadie apareció. Mara había pedido otro café para justificar su ocupación de la mesa durante tanto rato. No entendía qué estaba pasando. No se había dado cuenta de que alguien la observaba desde fuera. Podía verla con toda claridad a través de los cristales. El frontal de la cafetería era una cristalera, esa había sido una de las razones por las que Mara había accedido a verse allí con el desconocido. Estarían a la vista de todos y eso la había tranquilizado.

La joven consultó su reloj una vez más. Las seis y media. No creía que nadie fuera a aparecer ya. Llevaba sentada allí desde antes de las cinco menos cuarto. No había sido por culpa de ella, a pesar de que se preguntara con inquietud si no habría equivocado la hora de la cita. La persona que la había llamado no había podido venir o nunca había tenido intención de hacerlo.

—Quizás sólo pretenden ponerme nerviosa —se dijo.

Seguía sin percatarse de que la observaban. Unos ojos se mantenían fijos en ella y en la carpeta desde hacía casi una hora. Una mirada que se había nublado por un instante, hasta tal punto que si Mara lo hubiera visto le habría dado miedo.



Laura escuchó un murmullo en el pasillo y se acercó a la puerta pensando que quizás era Mara que regresaba. Podría comentarle que Dan había pasado por allí y así que estuviera advertida. Aunque no le había dicho nada, la muchacha intuía que algo extraño estaba pasando entre ellos. Pero cuando se asomó solo pudo ver unas sombras que giraban hacia la zona de ascensores y lo único que pudo escuchar de lejos, tanto que no pudo reconocer la voz, fue:

—La red está bien tejida.

CAPITULO XXIII

Amaneció agotada. Mara no había podido dormir en toda la noche. Ni siquiera había cenado. Había puesto como pretexto que le dolía la cabeza para irse directa a su habitación y acostarse. No hubiera podido afrontar ninguna pregunta de Dan en ese momento.

No había tenido tiempo de volver al banco para dejar allí de nuevo los documentos después de salir de la cafetería, y se había visto obligada a llevarlos a casa. Los había guardado en su maletín y éste lo había puesto sobre el escritorio que había en un rincón del dormitorio. Se había pasado la noche sobresaltada soñando que Dan se levantaba y los descubría. Él, por su parte, si había notado su inquietud no había dicho nada en toda la noche.

Los dos se reunieron en el salón para desayunar. Mara comprobó que el señor Fanjul tampoco estaba ese día. La joven estaba convencida de que la rehuía por algo, pero tenía tantas cosas en la cabeza que no se atrevía ni a pensarlo. No quería añadirse otra preocupación.

—Tienes cara de cansancio. ¿No estarán abusando de ti? —preguntó Dan con una sonrisa enigmática mientras untaba mantequilla en una tostada.

Mara se sirvió un café bien cargado y dio un sorbo antes de contestar.

—No he dormido muy bien. Creo que si esto sigue así, aceptaré tu propuesta de tomar unas vacaciones.

—Cuando quieras. Por cierto, ¿saliste antes del trabajo ayer? —interrogó él como de pasada.

La muchacha se puso tensa al oír esa pregunta.

—Tuve que ir al edificio de enfrente... Un asunto de aduanas —respondió titubeante—. ¿Ahora me controlas, jefe? —añadió con una sonrisa intentando quitar hierro al asunto.

Dan tensó la mandíbula en un gesto casi imperceptible.

—No, sólo pasé a saludarte y no estabas. Laura hablaba por teléfono y no quise interrumpirla.

Continuaron comiendo en silencio el resto del desayuno, como si ninguno de los dos se atreviera a continuar la conversación. Después salieron juntos para el trabajo, charlando sólo sobre cosas intrascendentes, aunque se percibía —y los dos eran perfectamente conscientes— una especie de corriente de fondo, como si ninguno dijera lo que realmente quería decir. No obstante, el día transcurrió con normalidad. Aunque Mara esperaba que se pusieran de nuevo en contacto con ella, nadie lo hizo. Aquella tarde decidió salir temprano del trabajo, verdaderamente todo aquello la estaba agotando y necesitaba descansar. Se dirigía al coche cuando alguien se abalanzó sobre ella.

—Oh, lo siento mucho —dijo la voz de un hombre a una aturdida Mara.

—¿Qué le ocurre? —acertó a preguntar, aterrada ante la posibilidad que de que

quien la llamara por teléfono el día anterior, quisiera ahora atacarla.

—Lo lamento de veras —prosiguió aquel hombre alto y bien parecido, pero que aún mantenía su mano sobre el hombro de Mara —. He tropezado ahí en la esquina y he caído sobre usted. ¿Le he hecho daño?

—No, no se preocupe —respondió ella, temiendo ahora que fuera un periodista en busca de una exclusiva.

Él intentó caminar y volvió a caer sobre ella. Parecía que se había torcido un tobillo o algo parecido.

—¡Oh, vaya! De nuevo le pido disculpas.

Mara sonrió intentado sostenerle, ya que habían quedado abrazados.

—¿Puede caminar?

—Creo que es el zapato. Si me permite que me apoye en su hombro un momento..

—Sí, claro —respondió ella.

Aún sonreía, pero era sólo para disimular su nerviosismo. Ya desconfiaba de todo.

—Ya está —dijo él tras ajustarse bien el zapato y probar a pisar de nuevo.

—Me alegro.

—¿Seguro que se encuentra bien? ¿No quiere que la invite a tomar algo para al menos compensarla del susto ?

—No, de verdad que estoy bien —añadió ella, que sólo deseaba alejarse de allí.

Ya en el coche, respiró hondo varias veces. No podía seguir con aquella ansiedad, no podría soportarlo mucho más.



Una noche de aquella misma semana, Dan acababa de salir de la ducha cuando se dirigió de improviso hacia Mara, que se estaba acabando de secar el pelo, y le preguntó:

—¿Seguro que no tienes nada que decirme? ¿Ninguna novedad? ¿Ninguna nueva amistad reciente?

Había una firmeza en la voz que no había escuchado antes. Mara estuvo a punto de contarle todo lo que sabía, pero quedó paralizada. El tono que había empleado la había petrificado. Aquella sensación de que había algo que no iba como debía, si bien no la había abandonado desde que regresaran del viaje de novios, se hizo abrumadora en ese instante. ¿Y si creía que estaba loca? ¿Y si hacía alguna tontería? Pero lo peor era pensar:

«¿Y si no puedo fiarme de él?».

Mara estaba cada vez más asustada y a causa de ese miedo los pensamientos en su mente se habían disparado sin control. A la pregunta que le había hecho Dan, apenas había podido responder con un balbuceante:

—No. Claro que no.

Él la había mirado, no sabía si con severidad o con tristeza. Quizás con ambas, pero Mara no pudo discernirlo. El caso es que desde entonces sus pensamientos no la dejaban dormir:

«¿Y si el hombre del tren se equivocó? ¿Y si en su borrachera no dijo las cosas correctamente? ¿Y si Dan no fuera la víctima, si no el asesino?».

Un escalofrío le recorrió la espalda y comenzó a sudar. Quiso levantarse, pero las piernas no le obedecieron. El miedo le estaba haciendo ver las cosas de una forma que no había pensado y hacía que las ideas más disparatadas se cruzasen por su mente. El sueño romántico se había convertido en una pesadilla de la que no podía escapar. Y aunque en su interior una voz le decía que eso era absurdo, que él era bueno, el miedo era cada vez más intenso. Aunque su amor por él era muy fuerte, temía acabar volviéndose loca. Pensó finalmente en acudir al abuelo y contárselo todo. A esas alturas ya no podía más. Tenía que decírselo a alguien.

—Aunque creo que me rehúye... Le llamaré. Necesito hablar y él siempre me ha tratado bien y me inspira confianza —murmuró.

Enseguida se llevó las manos a los labios temiendo que Dan, que dormía a su lado, la hubiera oído, pero al mirarle vio que dormía.



Dan no dormía. Aunque disimulara, le resultaba imposible conciliar el sueño. No podía olvidar las fotos que había visto aquella misma tarde:

«—¿De dónde ha salido esto? —había preguntado el joven a su investigador, mientras mantenía un puño crispado sobre el respaldo de la silla.

Había mirado las fotografías y las había arrojado sobre la mesa, lo más lejos posible de él. No quería verlas.

—Al parecer se recibieron en el correo de hoy —había respondido el aludido.

—¿Quién las envía?

—El sobre no tenía remitente ni nadie se ha puesto en contacto para pedir nada. Puede que fuera la misma persona que envió el primer anónimo.

El joven estuvo de acuerdo en que quizás había sido así.

—¿Quién es él? —había insistido.

—Aún no lo sabemos, pero estamos en ello. Será difícil porque no se le ve la cara...

—Supongo entonces que del anterior anónimo no se sabe nada tampoco.

—Me temo que aún no. Nada definitivo. Lo siento —había contestado el hombre un tanto azorado.

—Está bien. Mantenme informando...».

—Mantenme informado —susurró—. ¡Qué absurdo!

En realidad no quería saber nada más. Agradecía ser un hombre con muy buen autocontrol, si no, no sabía qué hubiera podido pasar. Mara le traicionaba y tenía pruebas. Otra vez una traición, aunque sentía que en esa ocasión era mucho peor. Le ardía la frente cada vez que cerraba los ojos y veía aquellas imágenes en su mente. Había pensado que podría controlar el asunto, que cualquiera que fuera el resultado podría soportarlo. Empezaba a dudar. Cada vez se le hacía más insoportable la situación, pero debía saber hasta dónde estaban dispuestos a llegar. Le habían aconsejado que no llegara tan lejos, pero no había hecho caso y ya era demasiado tarde.

CAPITULO XXIV

A la mañana siguiente Mara salió de casa con el firme convencimiento de hablar con Daniel senior de una vez por todas. Había aguantado e investigado hasta su límite. Además cada vez le costaba más fingir que todo estaba iba bien cuando hablaba con sus padres y mantener el tipo con Tina. No podía más. No sabía que más hacer y se daba perfecta cuenta de que aquel asunto le venía grande. Escapaba completamente a su control y a su comprensión. Sí, su determinación era firme cuando puso un pie en la calle, pero la fue abandonando conforme se acercaba a la oficina. Para cuando se sentó a su mesa el valor se había esfumado por completo.

—Si tuviera un carácter más fuerte para esto—murmuró.

—¿Decías algo? —preguntó Laura levantando la vista de su ordenador.

—No. Es sólo este dichoso cacharro que cada vez va más lento —disimuló ella dándole una palmada a la pantalla de su propio ordenador.

Laura sonrió y siguió con su tarea. Mara miró a su alrededor indecisa y finalmente pensó en llamar a Matilde. Aunque fuera la secretaria de Dan, estaba al tanto de absolutamente todo lo que pasaba en la empresa. Parecía tener ojos en todas partes. Si el señor Fanjul estaba libre esa mañana, ella lo sabría. Además tenía más confianza con Matilde que con la propia secretaria de Daniel senior.

—Hola...

—Repito lo que vengo diciendo todo el rato. El joven señor Fanjul no está... Entre nosotras, ha salido con Gloria —respondió la voz de una risueña Matilde.

—¿Qué? —acertó a preguntar Mara que no había podido ni acabar el saludo.

Hubo un silencio incómodo que duró unos segundos. La joven podía escuchar la respiración de Matilde al otro lado el auricular. Ésta por fin preguntó:

—¿No...? ¿No eres Laura? ¿Cómo he mirado yo el número de extensión?

—No, no soy Laura. Soy Mara. ¿Dices que mi marido ha salido? —inquirió acentuando la pronunciación de «mi marido».

—Bueno... Sí, pero debe ser algo relacionado con la empresa...

—Una reunión con Gloria a estas horas... Sí, debe ser una reunión de negocios. Gracias de todas formas —acertó a responder Mara antes de colgar.

Gloria era una de las relaciones intermitentes de Dan antes de conocerla a ella. Una de las muchas mujeres que había habido en la vida del joven. Una inmensa tristeza se apoderó de Mara. ¿Qué clase de negocios podría tener con ella? No se necesitaba mucha imaginación para suponerlo.

—¿Qué está pasando aquí? —se preguntó y se olvidó del señor Fanjul y de la decisión que había tomado.



Matilde tomaba café apoyada distraídamente en la máquina expendedora. Estaba cansada. Estaba siendo una mañana agotadora y necesitaba esa pausa. Casi había terminado su bebida cuando vio que Mara se dirigía hacia ella. Hubiese preferido no verla esa mañana, pero ya era tarde. Mejor sería afrontar el asunto.

—Necesito tomar algo —murmuró la recién llegada más para ella misma que para Matilde.

La joven había procurado sumergirse en el trabajo y había agradecido que fuera una mañana ocupada. No quería pensar ni en Dan ni en Gloria, ni en nadie. Se sentía completamente desbordada por los acontecimientos.

—Mara... —comenzó a decir Matilde.

La chica la miró como si acabase de percatarse de que había alguien más allí.

—¿Eh? —balbuceó con sorpresa.

—Quería disculparme —continuó aquella.

—¿Disculparte? ¿Por qué? —preguntó aún más sorprendida.

—Por lo que te dije antes por teléfono. No estuvo bien por mi parte andar

cotilleando.

Matilde la miró con cierta tristeza en los ojos. Mara se encogió de hombros. ¿Qué culpa tenía ella? Hizo lo que se solía hacer entre compañeros para hacer más llevadera la jornada, comentar los asuntillos del día.

—No te preocupes. No ha sido nada.

La mujer clavó la mirada en su vaso ya vacío, pensando cómo decir lo que pensaba.

—Mira, ya sé que parecía que insinuaba algo. Como que el encuentro entre Dan y su amiga fuera algo que ocultar, pero no creo que debas preocuparte. Seguro que no son más que negocios. Además, no se iba a ir con nadie delante de tus narices —añadió intentando aliviar la tensión del momento.

Mara trató de sonreír, pero volvía a sentir que la situación le sobrepasaba. En ese momento llegó Ann a la máquina del café y le lanzó una mirada fulminante. No había asimilado que la última en llegar se llevara de calle el trofeo que ella tanto había deseado conseguir.

—Buenos días —dijo con un acento que parecía presagiar lo contrario.

—Buenos días —respondieron las otras dos mujeres sin mucha convicción.

Ann acabó de servirse el café y dijo mirando a Mara fijamente:

—Hay algunas cosas que una no se explica...

Mara no contestó. No tenía fuerzas en ese momento para ponerse a discutir.

—Lo que una no se explica es cómo no te has enterado de que los hombres como Dan prefieren confeccionarse ellos mismos el menú —le contestó Matilde con toda la intención.

Ann dio un sorbo a su café y añadió:

—Mejor me lo tomo en mi despacho... El ambiente parece tan cargado aquí.

Matilde hizo un gesto con mano como indicándole el camino y dijo:

—Sí, es mejor que te lo tomes allí.

La chica le respondió con una mueca y se marchó contoneándose.

—Siempre le ha gustado llamar la atención —añadió Matilde—. No hay que tenerlo en cuenta.

Mara sonrió. No le apetecía seguir hablando ni de Ann ni de las supuestas citas de Dan, por lo que decidió cambiar de conversación y preguntar por el señor Fanjul, retomando así su plan inicial.

—¿Sabes por casualidad si hoy está en la oficina? Esta mañana no le he visto al salir —añadió para no tener que explicar que hacía tiempo que no le veía a pesar de vivir en la misma casa.

Matilde sonrió satisfecha de que acudiera a ella para buscar información. Todos sabían que era los ojos y los oídos de aquella empresa.

—Sí. Ha llegado el primero esta mañana... Qué hombre tan magnífico —añadió Matilde.

Siempre hablaba con tanta admiración del señor Fanjul que Mara se había llegado a preguntar si no habría habido algo entre ellos o si Matilde estaba deseando que lo hubiera.

—A pesar de estar oficialmente retirado de los negocios, aún viene a ayudar en todo lo que pueda —añadió—. Y es tan generoso, no quiere reconocimiento de ningún tipo... Fíjate que debía ser él el que inaugurara la convención de Punta Cana en reconocimiento a su trayectoria y en el último minuto, le cedió el honor a su nieto.

A Mara estuvo a punto de caérsele el vaso de la mano. Aún así sólo derramó un poco de café sobre la manga de su blusa. Abrió los ojos de par en par y preguntó:

—¡Ten cuidado! —exclamó Matilde—. Es una blusa preciosa.

—¿El señor Fanjul debía dar el discurso de apertura de la convención? —preguntó ella sin hacer caso a su advertencia.

—Sí, era lo acordado, pero la noche anterior comunicó a la organización que lo único que haría sería presentar a su nieto para que fuera él el que la inaugurara.

Mara se sintió algo mareada pero logró recomponerse. Esto lo cambiaba todo. Necesitaba ir a algún sitio tranquilo y pensar. Se imponía tomar una decisión de una vez por todas. Al pasar por el pasillo escuchó una voz que reconoció enseguida. Dan hablaba por el móvil con alguien. Solo acertó a escuchar:

—... pero así no parecería que lo ha hecho ella...

Sin saber por qué sintió un escalofrío que la hizo tiritar. Se fue directa al despacho sin que él se percatase de su presencia.

CAPITULO XXV

Cuando salió de la oficina, Mara se fue directamente a coger el coche. El pequeño vehículo que se había comprado con sus primeros sueldos. Aunque hubiera podido comprar uno mejor en su nueva situación, ese le gustaba. Se sentó con las manos cruzadas en el volante durante unos minutos. No quería ver a nadie. Necesitaba estar sola para pensar. Salió del aparcamiento y condujo sin rumbo fijo durante un buen rato. En su cabeza se mezclaban ideas de todo tipo. El miedo que sentía a que Dan no fuera la víctima sino parte de la conspiración, la estremecía. Sin darse cuenta empezó a apretar el acelerador sin ni siquiera fijarse en el tráfico que la rodeaba. Estaba tan absorta en sus preocupaciones que no reaccionó hasta que un coche parado en un semáforo la obligó a frenar de una patada. Los coches que venían detrás comenzaron a pitarle y a ella el corazón se le aceleró tanto que pensó que se le saldría del pecho. Aprovechó el tiempo que duró la luz roja para respirar hondo y calmarse un poco. Decidió volver a casa. No podía continuar así.

Por otra parte, Dan había llegado a casa temprano. Había pasado por el despacho de Mara para enfrentarla con las pruebas que tenía, pero no ella no estaba allí.

—Mejor así —había pensado.

No soportaba más aquella situación. Aquella incertidumbre. Aún retumbaba en su cabeza la última frase que le había dicho a su abuelo por teléfono:

—El problema es que a pesar de todo, la sigo amando.

Recordó una novela que había leído en su adolescencia, *La Pimpinela Escarlata*. Él, igual que su protagonista, *Percy Blakeney*, seguía amando a su mujer a pesar de todo. Si al menos tuviera alguna prueba del resto de sus sospechas. Algo más que conjeturas y posibles casualidades. Aquellas fotos... Decidió darse un baño para relajarse y así aclarar las ideas. Fue al dormitorio para desnudarse y al pasar cerca del escritorio que había en el rincón, le dio un golpe sin querer al maletín de Mara, que al parecer, ésta, había olvidado sobre él. Los papeles que contenía quedaron esparcidos por el suelo. Dan se agachó para recogerlos y empezó a guardarlos, hasta que su mirada se posó sobre cierto número de cuenta que aparecía repetidamente en uno de los documentos. Por un instante quedó perplejo, después cerró los ojos con una mezcla de tristeza y rabia. Arrugó el papel con fuerza entre sus dedos. La sospecha se confirmaba en su corazón. Cambió de opinión y salió de la casa a toda prisa.



Eran más de la ocho cuando Mara llegó a la mansión Fanjul. Aunque había pensado irse directamente después del incidente del semáforo, estaba tan inquieta que decidió dejar el coche en un aparcamiento y dar un paseo a pie para templar sus nervios antes de enfrentarse a Dan y al señor Fanjul, si es que conseguía verle. Esos paseos casi se habían convertido en una costumbre, pero caminar siempre le ayudaba. Esa noche hablaría con ellos y les contaría todo. Al menos a Daniel, senior.

Entró en el salón con la cabeza agachada, ensimismada en sus pensamientos, y acariciando de forma automática el lomo de Simba que, como siempre, había salido a recibirla. Por eso no se dio cuenta en un primer momento que Dan estaba también allí. Fue al levantar la vista cuando se encontró con su mirada. Una mirada que la hizo estremecer. Él permanecía de pie, impasible, junto a la gran mesa que había junto al ventanal. La mesa estaba cubierta de papeles. Mara no los reconoció en ese momento.

—¿Ocurre algo? —acertó a preguntar.

Él no respondió enseguida. Seguía escrutándola desde su altura. A Mara nunca le había parecido tan alto. Simba debió percibir algo en el ambiente porque se escabulló por la puerta del jardín, cuando su costumbre era quedarse con ellos en el salón, tumbado en su cojín.

—¿Qué puedo hacer contigo? —habló él por fin.

Mara sintió que una terrible angustia se apoderaba de ella. No lo entendía, pero le parecía que él la miraba casi con odio. El dolor que sintió fue tan grande que necesitó sentarse. Se dio cuenta en ese instante de que le amaría pasara lo que pasara y fuera o no culpable de algo. Aunque hubiera hecho algo tan grave que su conciencia no le permitiera seguir con él, no por eso dejaría de amarle. Ella sabía amar, después de todo.

—No te entiendo —balbuceó.

—¿De verdad no tienes nada que explicarme? —añadió él acercándose a ella con uno de los documentos en la mano.

Mara miró lo que le enseñaba. Lo cogió y reconoció que era uno de los papeles que le había entregado Yago Martin, pero seguía sin comprender por qué se ponía así con ella.

—Sí, quizás debí decirte que tenía estos documentos... —comenzó a decir.

—¿Quizás debiste...?! —exclamó él apartando la cara de ella.

La joven lo miraba sin saber qué añadir. Entendía que se enfadara porque no había acudido a él inmediatamente, pero no le parecía que fuera algo tan grave como para ponerse así.

—Lo único que sé es que Yago, el señor Martin, me pidió que revisara estos documentos porque creía que alguien estaba robando a la empresa. Descubrí que no se equivocaba, alguien hacía pagos periódicos a ese número de cuenta, pero no pude averiguar...

—¿Cómo puedes ser tan cínica? ¿No reconoces ese número de cuenta?
—añadió él poniéndole la mano en el hombro y apretándolo con fuerza, hasta que se dio cuenta de que podría hacerle daño.

La soltó y se alejó de nuevo hacia la ventana. Parecía que estaba haciendo un verdadero esfuerzo por contenerse. La joven no supo que contestar.

—Pero... Yo...No...

—Está a tu nombre, Mara. ¡A tu nombre! Esta cuenta es tuya —rugió él

volviéndose hacia ella para mirarla de frente.

La joven se echó hacia atrás por la impresión. Aquello no tenía ningún sentido.

—No, no puede ser... —consiguió decir mientras las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.

—Alguien te ha estado pagando desde hace más de medio año —continuó él mientras le arrojaba a la falda otros papeles.

Mara los revisó y pudo comprobar que detallaban los datos del titular de la cuenta. No sabía cómo Dan había podido conseguirlos, pero él tenía recursos de los que ella carecía. No había dudas, los documentos lo decían con claridad. Mara Bonal era la titular de la cuenta. La muchacha se sintió mareada y apoyó la mano en la frente. Respiró hondo para intentar sentirse algo mejor.

—Y ahora, dime ¿qué puedo hacer contigo? —insistió.

—Te aseguro que no tengo nada que ver en esto. Sé que es muy difícil que me creas, pero...

—No sigas. Y tampoco sabrás nada de esto —añadió arrojando unas fotos.

Mara estaba tan perpleja que apenas pudo sostener una de las fotografías en la mano. Era ella, sin duda, y un hombre la abrazaba, pero ¿quién era ese hombre? ¿Cómo es posible que existieran esas imágenes si ella nunca...? De repente su mente se iluminó y regresó a una de aquellas tardes en que las que

salió temprano del trabajo. Esa tarde en la que aquel joven tropezó y cayó sobre ella. Ahora entendía muy bien por qué seguía tocándola a pesar de que ya había recuperado el equilibrio. ¿Quién se podía haber tomado tantas molestias para hacer todo eso?

—Yo no entiendo...

—No te esfuerces. Aún no sé quién es tu amante, pero lo averiguaré. No conseguireis nada... Sospechamos de ti desde que te intentaste colar en la convención de Punta Cana. Mi error fue... Es igual.

Mara le miró de nuevo sin comprender. De repente todo había dejado de tener sentido. Estaba en una espiral de la que no sabía cómo salir, sencillamente porque no sabía qué estaba pasando. Y además Dan creía que le había traicionado. Sentía que la cabeza le iba a estallar.

—¡Yo no tengo ningún amante! —exclamó al fin.

—Es inútil que sigas fingiendo —respondió él con desprecio.

Estaba tan dolido y furioso que a duras penas podía contener su rabia.

—Por favor, Dan, déjanos a solas.

Los dos miraron sorprendidos hacia el pasillo desde donde venía la voz que acababan de escuchar. El señor Fanjul los observaba desde la entrada del salón.

—Abuelo... —protestó aquel.

—Te lo repito. Por favor, déjanos solos —añadió Daniel acercándose al sofá donde aún estaba Mara.

Dan le lanzó una última mirada que la dejó tiritando y salió. Entonces el señor Fanjul se sentó junto a ella y le dijo:

—Y ahora tú y yo vamos a hablar con calma. Mi nieto está demasiado dolido como para ver las cosas con claridad, y mucho menos para escuchar, pero yo quiero oír tu versión.

CAPITULO XXVI

Daniel pidió al mayordomo que le trajera una infusión a Mara para que se tranquilizara. Al cabo de poco rato apareció con un juego de té y lo dejó sobre la mesa, impertérrito, antes de volver a salir por la puerta del salón. Mara tomó un sorbo con dificultad porque aún le temblaban las manos. El señor Fanjul la miraba sin decir nada, esperando a que fuera la joven la que iniciara la conversación.

—No sé lo que está pasando, pero no puedo callar más. No tiene sentido. Aunque me tomes por loca, porque si me paro a pensar, todo esto es una locura...

Él la miró sorprendido y preocupado. Temía haberse equivocado con ella al creer que no tenía nada que ver con la conspiración que al parecer se cernía sobre la empresa y la familia.

—Yo no vine aquí a buscar trabajo, ni mi encuentro con su nieto fue casual...
—dijo dispuesta por fin a desvelar el secreto que le quemaba la garganta desde hacía tanto tiempo.

—Vamos, relájate y cuéntamelo todo con calma —dijo el señor Fanjul con voz suave y dándole una palmadita en la mano como gesto de cariño para animarla a seguir hablando.

Mara le explicó con detalle cómo era su vida antes del viajar hasta allí, cómo

había conocido al hombre del tren, lo que éste le había dicho y todo lo que había sucedido después. Se sintió ridícula al confesarle al señor Fanjul sus absurdas peripecias como espía y el envío del anónimo, que entonces le pareció un acto totalmente infantil. Le parecía increíble lo que había madurado en tan poco tiempo.

—Y por eso vine aquí —concluyó la joven aún con lágrimas en los ojos—. Pero no tengo nada que ver con ninguna cuenta ni con pagos... Ni tengo ningún amante... No sé qué está pasando.

El hombre la miró mudo por el asombro. Sonrió, pues había algo en la forma de hablar de la muchacha que le impulsaba a creerla. También sabía que si su nieto dejaba de lado la rabia y el miedo a que le hubieran engañado otra vez, y se paraba a mirarla y escucharla, también la creería.

—Vaya, vaya, a ver si va a resultar que eres una jovencita maravillosa y valiente —dijo al fin—. Lo que me dices me preocupa, pero no me sorprende. Espera un momento.

Daniel se levantó y salió del salón. Al poco rato volvió a entrar llevando un álbum de fotos en la mano.

—Soy de la vieja escuela, ¿qué le vamos a hacer? —murmuró sonriendo mientras acariciaba el lomo del álbum—. Nada de fotos en una pantalla, yo prefiero acariciar el papel —añadió al tiempo que volvía a sentarse junto a la joven.

Daniel buscó la página que le interesaba y le señaló la primera foto.

—Mira, a ver si reconoces a alguien —le dijo.

En esa fotografía podían verse Dan, él mismo, el señor Martin, el señor Decker y otros empleados de la empresa.

—Fue durante una fiesta de Navidad —explicó el señor Fanjul.

—¡Este es el hombre del tren! —exclamó Mara señalando una de las figuras que aparecían en la fotografía.

—Era uno de los gerentes. Desapareció misteriosamente hace algún tiempo llevándose información confidencial. Lo buscamos por todas partes para poder entregarle a la policía y que le interrogasen. Sabemos que tenía un cómplice y que estaban robando fondos de la empresa. Necesitamos la información que robó. Dan está investigando el asunto desde entonces. Por eso fue a las islas Caimán nada más casaros, formaba parte de las pesquisas. Allí tenía una casa nuestro conocido común —añadió señalando al hombre de la fotografía—. Se trataba de seguir sus pasos, pero al parecer no había estado en la ciudad después de desaparecer. Supongo que pensó que sería en el primer lugar donde le buscarían. Aún así teníamos que investigar qué movimientos hacía cuando viajaba allí.

—Me preocupa no saber que va a pasar. A estas alturas quien quiera que sea debe estar a punto de actuar. Y ahora todo esto...

—No te preocupes, mi nieto no es tan imprudente, sabe muy bien el terreno que pisa. Un hombre tan importante como él siempre corre riesgos. Y en cuanto a

mí, ya soy viejo y no es fácil cogermé por sorpresa. Cuando supimos lo que le había pasado creímos que lo mejor era descolocar a los culpables. Hemos ido poniendo pequeñas trampas para intentar que se descubran. Una de las cosas que hicimos fue lograr que no se publicaran fotografías del gerente desaparecido y que la noticia no trascendiera demasiado.

Mara le miró atónita. Eso explicaba por qué no pudo encontrar la noticia tal y como la leyó la primera vez impresa en el periódico. Qué poco sabía hasta entonces de cómo funcionaba el mundo. Al final no había sido sólo producto de su imaginación, la noticia no era la misma cuando la encontró en Internet. ¿Cuántas veces pasaría lo mismo sin que se supiera? Tuvo la vaga sensación de que en realidad no éramos más que títeres.

—Pero, ¿cómo...? — balbuceó.

—Unas llamadas a unos amigos. Con eso fue suficiente... Sé lo que piensas, mi joven e ingenua amiga, pero no creas que nosotros utilizamos esos métodos habitualmente. Me gustan tan poco como a ti, pero en este caso hay vidas en peligro.

—Lo que no entiendo es cómo han conseguido una cuenta a mi nombre...

—añadió pensativa.

—Aqué se ve la mano de un profesional. Está claro que son gente peligrosa y con recursos. Y que conocen muy bien la empresa.

La joven asintió. Eso de las «pequeñas trampas» le trajo a la memoria lo que Dan le había dicho sobre que sospechaban de ella desde que intentó colarse en

la convención y dijo:

—Pero si ya sabían que yo ocultaba algo, ¿por qué me dejaron entrar en la convención?

El hombre carraspeó incómodo antes de contestar:

—Verás. Ya te he dicho que sabíamos que algo pasaba en la empresa. Desde la desaparición del hombre que conociste en el tren, esperábamos cualquier indicio, cualquier cosa que se saliera de lo corriente. Y tu intento de entrar en la convención sin pase fue una de esas cosas. Decidimos dejarte pasar cuando el vigilante avisó de que estabas en la puerta, para poder ver con quién te citabas. Pero no te citaste con nadie, sólo seguiste a Dan y al pedirle trabajo pensamos que lo mejor era tenerte cerca para controlar tus movimientos.

Mara se encogió de hombros y se echó para atrás en el sofá. Con lo contenta que había estado con sus dotes de espía. Se había creído demasiado lista. Suspiró antes de preguntar:

—Entonces, ¿por qué me pidió que me casara con él?

—Mira lo que vamos a hacer —respondió Daniel que no quería hablar de un tema que consideraba debía tratar directamente con su nieto.

Él era quien debía darle todas las explicaciones cuando estuvieran más tranquilos para tratar un asunto tan delicado.

—Mi nieto y tú debéis aclarar muchas cosas —prosiguió—. Pero ahora lo más

importante es averiguar qué está pasando. Tú misma puedes estar en peligro, pues los responsables de esto también te han involucrado. Hablaré con Dan para que dejéis este asunto para cuando todo esté resuelto. Ahora tenemos que tener la cabeza fría y no dejarnos llevar por las emociones.

La joven estuvo de acuerdo, aunque no sabía si podría hacerlo. ¿Cómo iban a estar juntos en la misma cama y no hablar de ese tema? Daniel llamó al mayordomo para que avisara a Dan que le esperaban en el salón, pero al momento llegó aquel diciendo:

—Su nieto ha salido, señor.

—¿Cómo que ha salido? ¿Dónde ha ido?

—Solo ha dicho que pasará la noche en el apartamento del club.

Y así Mara, aunque lo deseara con todas sus fuerzas para aclararlo el asunto, no tuvo que enfrentarse de nuevo a él aquella tarde.

CAPITULO XXVII

Los demás empleados se habían marchado a las cinco aquella tarde. No había reuniones programadas ese día, por lo que el edificio estaba desierto. Mara no quería regresar a casa después de lo vivido allí la noche anterior, por lo que se había decidido a utilizar una pequeña prerrogativa que ahora tenía por ser la esposa del Director General: el uso de la salita de estar que había en última planta, y a la que se accedía por el ascensor privado que iba del garaje directamente al despacho de Dan, y de allí a esa zona privada. Se cuidó de asegurarse de que su marido no estaba en el despacho. No había aparecido por allí en todo el día, por lo que no le vio.

Le dolía la espalda y tenía la cabeza embotada. No tenía ni idea de cómo acabaría todo. Tenía tantas cosas en su mente que no podía concentrar su pensamiento en nada, y se sentía como si flotara en un mundo irreal. Le daba también reparo encontrarse con Daniel después de su «confesión», por lo que pensó que se tumbaría un rato en el sofá de aquella salita, que usaban los dueños de la empresa cuando querían descansar o cuando tenían algún invitado con el que reunirse sin que nadie les molestase. Mara sospechaba que era el lugar donde Dan se reunía con sus «amigas» en días de trabajo. Sospechaba de todos y de todo a estas alturas.

«Quizás si me quedo un rato tranquila se me pase el dolor de cabeza», pensó.

Allí no la molestaría nadie, pues ningún empleado, absolutamente ninguno, tenía llave para entrar. Y era una llave que había que usar en el ascensor, ni

siquiera podrían subir. Por lo que nadie sabía que ella estaba aún allí. Al contrario de lo que la lógica pudiera dictar, después de todo lo ocurrido, ese pensamiento la tranquilizó. Llegó a la salita ya con sus cosas. Pensaba bajar directamente de allí al garaje sin tener que pasar a recoger el bolso por su oficina. Su tumbó en el sofá y en medio de pensamientos inconexos sobre todo lo vivido durante los últimos meses, se durmió.

Cuando se despertó había oscurecido.

—¡Me he dormido! —exclamó—. ¿Qué hora será?

Y miró el reloj. Casi las ocho y media.

«Bueno, tampoco me espera nadie», pensó.

El dolor de cabeza no se le había pasado, es más, ese sueño a una hora tan intempestiva, se lo había agudizado. Buscó en su bolso, pero no encontró ningún analgésico. Recordó que Laura tenía una caja en uno de sus cajones, el que siempre dejaba abierto por si alguien lo necesitaba. Y Mara en ese momento lo necesitaba. Así que olvidó su plan de ir directamente al garaje desde allí y decidió pasar primero por su despacho.

Bajó hasta el despacho de Dan y salió del ascensor. Por suerte estaba en la misma planta que su oficina. Al enfilarse la zona de pasillo por donde tenía que pasar, le pareció escuchar un murmullo proveniente de ahí.

«Que extraño. Alguien en el despacho a esta hora. Y no parece el vigilante de seguridad ¿Quién andará ahí?», pensó

Mara se acercó para escuchar teniendo cuidado de no resbalar. No olvidaba su «costumbre» de dar un traspies en los momentos más inoportunos. Tal como estaban las cosas no podía dejar nada sin investigar, y que alguien anduviera husmeando en su despacho era para preocuparse. Se asomó con cuidado y vio que un hombre hurgaba en su mesa, pero no pudo verle la cara porque se la tapaba la pantalla del ordenador. Había otro hombre, pero sólo podía verle un brazo. Parecía que sujetaba un móvil en la mano.

Mara agudizó el oído al tiempo que se agachaba para que no se percatasen de su presencia. El hombre hablaba con alguien por teléfono, sin duda, pero no podía distinguir con quién. La joven se acercó un poco más a la puerta, intentando entender lo que decía.

—Es muy escurridizo. Nunca sigue un plan determinado durante el día. A ver, no es tonto, y hace mucho que sabe que ocurre algo extraño, aunque no lo relacione con nosotros. Pero sigo pensando que esto es una locura. Todo ha salido muy bien. Es mejor que nos olvidemos de este asunto.

—Pero si diría que es él. Parece mi jefe, Yago —susurró la muchacha sorprendida.

Algo respondió la otra persona, pero Mara no pudo oírle. Hablaba demasiado bajo.

—Implicar a la chica ha sido muy efectivo. Han creído que ella forma parte del plan. Hablé con Daniel y me lo ha contado. Me ha dicho: «mi nieto se ha marchado de la casa», con lo que pronto será de dominio público. Es el

momento que esperábamos... Deberíamos desaparecer y que ella cargue con todo. No podrá probar que es inocente —sin duda el que hablaba era Yago Martin.

Mara se echó hacia atrás horrorizada y tropezó con la puerta. La voz del señor Martin dejó de oírse. Ella aguantó la respiración y muy despacio se escondió tras unos archivadores. En un momento vio como el hombre asomaba la cabeza y miraba a un lado y a otro. No la vio y volvió a entrar en el despacho.

—No hay nadie. Deben ser mis nervios, pero sigo opinando que deberíamos... Está bien, pero esta estúpida venganza podría costarnos muy caro. Será hoy mismo. Cuanto antes terminemos mejor. Le llamaré y le pediré que venga para hablar esta misma noche porque he descubierto algo importante. Insistiré en que mejor vernos cuando no hay empleados en el edificio... Sí, sí a eso de las once. Está preocupado, lo sé, así que no dudará en venir. Cuando entre en el garaje habrá alguien esperándole. El tipo que contraté sólo espera mi orden. Sí, sí es el mismo que usamos para las fotos y para los otros trabajos ¿Quién si no? No vamos a implicar a nadie más... Ahora mismo está aquí conmigo preparando el terreno en el despacho de la chica. Parecerá que esta última jugada ha sido por despecho... Lo sé, nadie piensa mejor que yo... Excepto tú.

—¡Dios mío! —murmuró Mara que había salido de su escondite y había vuelto a escuchar desde la puerta —. Lo harán esta noche.

La chica volvió temblando al ascensor. Le temblaban tanto las piernas que le pareció un milagro poder llegar. No sabía qué hacer. Así que decidió subir a la sala de donde había venido. Desde allí podría salir directamente al garaje, porque si intentaba acceder a los ascensores que iban al vestíbulo desde esa

planta, tendría que pasar por delante de la puerta de su despacho y sin duda la verían.

En la sala privada estaría a salvo y podría avisar a alguien para que los pillara in fraganti. En cuanto se sentó en el sofá en el que solo unos minutos antes había estado dormida, intentó contactar con el señor Fanjul, pero fue inútil. Se había marchado hacía horas y no contestaba al móvil. Hasta el dolor de cabeza se le había pasado Respiró hondo y se tomó unos minutos para relajarse. Tenía que llamar a Dan. No quedaba otra alternativa:

—Aunque no quiera hablar conmigo, tengo que avisarle —murmuró.

Así que llamó a Dan a su teléfono móvil. A pesar de sus manos temblorosas logró marcar nuevamente.

—¿Mara? Creo que es mejor que no hablemos ahora —dijo al reconocer su voz al otro lado de la línea—. Preferiría que no nos viéramos durante unos días. He trabajado en el otro edificio para que estuviéramos... ¿Qué te ocurre? —preguntó intrigado al notar su respiración desacompasada.

—Sé que no quieres hablar conmigo, Dan, pero tienes que escucharme. Lo que sea que quieren hacer, va a ser esta misma noche. Y ahora están aquí revolviendo en mi mesa... Me he escondido en la salita privada... No sé qué hacer. Tienes que llamar a la policía —respondió ella casi llorando.

—¿Qué dices? Tranquilízate y cuéntamelo todo despacio. ¿Quién está ahí? —dijo él tratando de calmarla.

—He oído una conversación entre el señor Martin y otra persona que no he podido identificar. Decían que llamarían a alguien para que viniese a la oficina esta misma noche y en el garaje... —Mara no pudo continuar hablando.

El ascensor bajaba de nuevo. Se quedó petrificada. No podía ser Dan y dudaba que el señor Fanjul apareciera por allí a esa hora. Pocos segundos después —nunca le habían parecido tan largos unos segundos— casi se le para el corazón al oír que el ascensor volvía a subir. ¿Y si después de todo sí era Dan? Quizás había mentido y no estaba en el edificio de enfrente y era ese otro hombre que revolvía su mesa y al que no había podido ver. En un acto reflejo, Mara saltó del sofá y se escondió dentro de uno de las inmensas librerías que adornaban la habitación. Agradeció que una de ellas no tuviera las puertas de cristal y que estuviese medio vacía. Se agachó como pudo para entrar y cerró. En ese preciso momento las puertas del ascensor se abrieron y alguien entró. Todo había sucedido en menos de un minuto.

—¿Mara? ¿Qué pasa? ¿Estás sola en el edificio con ...? —se oyó antes de que Mara colgase para que los intrusos no escucharan ningún ruido al llegar.

Así dejó a Dan sin respuesta y con el corazón en un puño. Se oyeron unos pasos. Si era Dan, no venía solo, pensó Mara. Quizás fuera Yago o el otro hombre que revolvía su mesa, pero de pronto le pareció oír unos tacones.

—Tiene que estar aquí. He revisado las cámaras de seguridad y no ha salido por ninguna puerta y no está en ningún despacho... —dijo una voz que enseguida reconoció como la de Yago Martin, su jefe.

Mara aguantó la respiración.

—Vaya, nuestra inteligente amiga ha descubierto nuestros planes. Es una pena que sea tan eficiente. No debería estar aquí, ni debería escuchar conversaciones ajenas tras las puertas. No es seguro —añadió otra voz dirigiéndose a ella para intimidarla.

—¡Matilde! —exclamó en voz baja y se abrazó a su bolso como si eso pudiera proporcionarle algo de seguridad. ¡Qué estúpida había sido al pensar que su marido tenía algo que ver con aquel turbio asunto!

—No lo estropees ahora, después de ponernos las cosas tan fáciles. Para nosotros has sido como un regalo. Y no creas que no me caes bien... Eres muy maja, pero los negocios son los negocios —continuó la mujer.

—Aquí no está —murmuró Yago a su acompañante que sentía que se encolerizaba por momentos.

Era peligroso que estuvieran allí. Cuanto más tiempo tardaran en marcharse, más posibilidades de que los descubrieran.

—Vamos, sal de tu escondite. No me hagas perder la paciencia. No hay escapatoria —añadió la secretaria de Dan mientras buscaban a Mara por toda la habitación —. Sabes que yo lo sé todo de esta empresa, ¿cómo no iba a conocer este sitio y tener una llave? Nada más fácil para mí que hacerme con una copia...

De pronto hubo un silencio y una puerta se abrió dejando al descubierto a una aterrorizada Mara. Dos rostros que creía conocer aparecieron ante ella,

porque la expresión que pudo ver en aquellas caras con las que tantas veces se había cruzado, era tan fría y distante que le tuvo la impresión de que los veía por primera vez.

—Avisa a tu amigo. Tendrá que encargarse de ella —dijo Matilde con una frialdad que a Mara también la dejó helada.

Yago cogió el teléfono para marcar pero en su precipitación, se equivocó de número y tuvo que empezar de nuevo:

—Le diré que la oculte a buen recaudo hasta que acabe el trabajo de esta noche... Así todo estará relacionado. «La joven no pudo soportar lo que había hecho y al verse descubierta, bla, bla, bla...» —añadió imitando el acento de un presentador de noticias —. No te preocupes, Matilde. Está todo controlado.

El jefe de Mara hablaba con tanta naturalidad de deshacerse de ella que la joven sintió un escalofrío. Matilde tenía razón, no había forma de escapar.

—¿Por qué hacéis esto? —acertó a preguntar la joven intentando ganar tiempo por si ocurría un milagro, porque sentía que sólo un milagro podría salvarla.

—¡Cállate! Será lo mejor para todos —amenazó él arrastrándola fuera de su escondite.

Mara estaba tan asustada que no podía pensar. Le hacía tanto daño en el brazo que pensó que se lo rompería. Yago la sentó de un empujón en el sofá. Curiosamente sentía más miedo por lo que le pudiera pasar a Dan que por ella misma, aunque la joven no tuviera escapatoria. Martin y su cómplice no

podían irse sin ella. Era su único testigo. Durante un rato que a Mara se le hizo eterno, vio a Yago hablar por el móvil dando instrucciones precisas sobre ella.

De repente oyó de nuevo el ascensor que se ponía en marcha. Yago y Matilde miraron con aprensión hacia la puerta. Mara aprovechó su distracción para escabullirse y encerrarse en el pequeño lavabo que había a la derecha de la gran librería que presidía la estancia. No le prestaron atención, preocupados por quién pudiera aparecer cuando se abrieran las puertas.

Mara esperó durante unos segundos que nuevamente se le hicieran eternos. Se oyeron unos pasos apresurados que se alejaban de la puerta tras la que la joven estaba escuchando. Después silencio y enseguida una voz que la llamaba. La voz que más amaba en el mundo. Mara salió de su escondite y corrió a reunirse con Dan que acababa de llegar en el ascensor con varios vigilantes de seguridad que ya se llevaban a la pareja de conspiradores. Al ver la expresión de su cara debió darse cuenta de lo que significaba para él, pero estaba en shock y no pudo apreciar nada más que el alivio por verse a salvo y sentir el abrazo de Dan.

—Oh, Mara que miedo he pasado sabiendo que estabas aquí sola... Cuando se cortó la llamada creí volverme loco.

Se sintió sin fuerzas al comprender que sólo la casualidad había querido que se descubrieran los planes de aquella gente antes de que fuera demasiado tarde. Podría haberlos matado y quizás si ella hubiera hablado antes... La joven no pudo contenerse más y rompió a llorar sobre su pecho. La tensión había sido demasiado fuerte y no acababa de acostumbrarse a una vida de conspiraciones y espías.

—Alerté a los vigilantes y vine tan deprisa como pude. La policía está en camino. También han encontrado a otro hombre que al parecer tenía mucha prisa por salir del edificio. Ya ha pasado todo —explicó el joven.

Mara le miró y una sonrisa se dibujó en su rostro bañado en lágrimas. No sabía qué pasaría a partir de entonces, pero en ese momento tan sólo quería sentir los brazos de Dan alrededor de su cuerpo.

CAPITULO XXVIII

—¿Quién lo iba a decir? Matilde y el señor Martin eran amantes. Mataron a uno de los gerentes y pretendían matar al señor Fanjul... No lo puedo creer... Pero cuéntame más. Ahora sabes tú más que yo sobre lo que se cocía en la oficina —le pidió Laura a Mara cuando se encontraron en la cafetería.

Había pasado una semana desde los sucesos que desembocaron con la detención de Yago Martin y Matilde. En ese tiempo la policía había logrado recomponer todo el asunto gracias a las confesiones de los implicados que, una vez descubiertos, no habían dudado en incriminarse entre sí. En cuanto a Dan, no había regresado a la casa. Seguía viviendo en el apartamento que la familia tenía en el *Jupiter Yacht Club*. En realidad había pasado casi todo el tiempo en la oficina intentando descifrar la maraña de documentos que habían tejido Matilde y los demás para desviar el dinero de la empresa. Cuando acaba era tan tarde que prefería quedarse más cerca del trabajo. Mara esperaba que cuando terminara toda aquella pesadilla podrían hablar tranquilamente de lo ocurrido. Aún así la joven necesitaba despejarse, por eso en cuanto Laura la llamó para interesarse por ella, no dudó en quedar para tomar un café.

—Sí, es increíble —comenzó a explicar Mara cuando el camarero les sirvió los capuchinos que habían pedido.—. Resulta que entre los tres estaban robando fondos de la compañía, pero al parecer el gerente muerto quería denunciarles. Por lo visto no estaba contento con el reparto de las ganancias y quería vengarse.

Mara detuvo un momento su explicación para coger aire. Le ponía muy nerviosa hablar del tema, pero por otra parte sentía que era bueno contarle y sacárselo de dentro.

—Los otros lo averiguaron y decidieron eliminarle —prosiguió—. Pero el gerente desaparecido escuchó una conversación entre Martin y un asesino a sueldo y se dio cuenta que iban a matarle a él y al señor Fanjul. Así que se marchó del país, no sin antes robar un dossier que les inculpaba, y que ya ha aparecido en la caja de seguridad de un banco.

Laura quedó pensativa unos instantes. Finalmente sacudió la cabeza y preguntó, al tiempo que daba un sorbo a su capuchino:

—Y pensar que me cruzaba con ellos todos los días, y que hasta tomábamos café juntos... Ya me extrañaba a mí que Matilde viniera siempre a desayunar con nosotras... Hasta que llegaste tú a mí casi ni me miraba...

Mara asintió. Se sentía tan estúpida.

—Me lo tragué todo. ¡Todo! ¡Qué imbécil!

—Tranquila. ¿Quién se iba a imaginar semejante cosa? ¿Y por qué querían matar al señor Fanjul?

—Lo del señor Fanjul es más complicado. Siempre creí que querían matar al joven Daniel por ser el actual dueño de la empresa. Pensaba que debía ser por algo relacionado con la misma, más que por algo personal. Pero era una

historia totalmente diferente. A quien iban a matar era a su abuelo. El hombre del tren no podía saber que el señor Fanjul delegaría en su nieto el día anterior al inicio de la convención. Por eso pensaba que matarían al orador que estaba acordado que inaugurara el evento, el abuelo de Dan... Parece ser que Matilde y el señor Fanjul fueron novios en su juventud.

—No puede ser. ¿En serio? —preguntó Laura incrédula.

—Sí, ¿quién iba a pensarlo? Pues, en su momento el señor Fanjul hasta estuvo dispuesto a casarse con ella, pero Matilde le engañó y él la dejó. Pasaron los años y el señor Fanjul decidió contratar personalmente una secretaria para su nieto, por razones de todos conocidas... Matilde había estado casada y se había cambiado el apellido, y además había cambiado tanto que él ni siquiera la reconoció. No sé, creo que ella se había hecho ilusiones de reanudar la relación porque sólo había que fijarse en cómo le miraba...

—Pero él, ni siquiera se acordaba de ella —susurró Laura.

—Eso es. Él no ha sabido quién era ella hasta ahora.

—Vaya, menudo lío.

—Al parecer esa había sido la gota que colmaba el vaso, pues Matilde había estado guardándole rencor todos estos años —continuó explicando Mara—. Así que decidió que había llegado el momento de su venganza. Pronto se dio cuenta de que el señor Martin se traía algo turbio entre manos. Ya sabes que se enteraba de todo.

—Desde luego. Aún me pregunto cómo lo hacía —estuvo de acuerdo Laura.

—Pues eso, que fue a por él y se hicieron amantes. Ella pensó que así tendría acceso a toda la información que necesitaba. En un primer momento sólo pretendían robarle a la empresa, pero al contratar a aquel sicario para eliminar al gerente, tuvo la idea. Y luego aparecí yo y les vine como agua de mayo.

—Lo tuyo también tiene su miga...

—Ya te digo. Decidieron inculparme abriendo una cuenta a mi nombre y haciendo creer a Dan que yo tenía un amante. Usaron al mismo tipo para matar al gerente, hacerme unas fotos que parecieran comprometedoras y qué se yo cuantas cosas más... —se quejó Mara amargamente—. No escatimaron esfuerzos ni detalles para hacerme parecer culpable delante de él. Hasta los documentos que me dio el señor Martin con tanto misterio para que los estudiase, eran parte del dossier desaparecido. El gerente huído sólo había podido llevarse la mitad de la documentación, el resto lo guardaban ellos. Imagínate cuando Dan vio todo eso... Lo que llegó a pensar. Pretendían que cargara con todo, haciendo ver que era la cómplice del gerente desaparecido y del supuesto amante.

—Es increíble. Cuando me enteré de los habían detenido me quedé sin habla. No te puedes fiar de las apariencias. Y tú, ¡menuda situación!

—Sí —murmuró Mara con un hilo de voz—. Pensaban matar al señor Fanjul y que pareciera que había sido yo, que me había equivocado y le había confundido con Dan. Así alejarían aún más las sospechas de ellos.

Sentía que no podía más. Había traspasado con mucho el límite de su aguante.

—Vamos, tranquilízate. ¡Qué mentes tan retocidas! —dijo Laura dándole una palmadita en el brazo—. Ahora ya ha pasado.

—Eso espero —respondió la joven no muy convencida, pues sabía que ahora quedaba aclararlo todo con Dan.

—Ya verás que sí —añadió su amiga intentando animarla.

—Paradójicamente mi llegada les hizo posponer sus planes —continuó Mara, que sintió un escalofrío al comprender lo cerca que habían estado de conseguir sus propósitos y que ella les había ayudado involuntariamente con su miedo a contar la verdadera razón de su llegada.

Nunca se hubiera perdonado si hubieran llegado a matar Daniel Fanjul por no haber sido lo suficientemente valiente y haber dejado que su timidez la dominase. Y si hubiera sido Dan, sencillamente no hubiera podido seguir viviendo.

—¿Cómo es eso? —inquirió Laura dejando de nuevo la taza sobre el plato.

—Pues muy sencillo. Como te he dicho, mi llegada fue providencial para ellos. En lugar de actuar enseguida como tenían previsto, decidieron esperar y tejer toda esa trama a mi alrededor para culparme a mí de todo...

Laura sacudió de nuevo la cabeza como intentando asimilar lo que Mara le

había estado contando.

—Pues yo creo que sí les has salvado a pesar de lo ocurrido... Si no llegas a aparecer, no hubieran pospuesto sus planes y a estas alturas estaría todo hecho.

—Visto así —dijo Mara sintiéndose un poquito más confortada.

—Claro que sí... Pero me sigue pareciendo increíble... Piensas que cosas como éstas sólo pasan en las novelas o en las películas, y de repente te las encuentras al lado. ¿Y cómo llevas lo de la prensa?

—Fatal. No me acostumbro. Ya has visto cómo he venido hasta aquí, que parecía un beduino. Y no sé si los habré despistado.

—Creo que sí. Me había parecido ver a un fotógrafo ahí enfrente, pero ha resultado ser un turista que hacía fotos de la familia.

Mara respiró aliviada.

—Mejor así... Pero ahora lo que toca es felicitarte por tu nuevo puesto de controller. Nadie mejor que tú para el ascenso. Te lo mereces.

—Gracias, me he preparado bien y no pienso desaprovechar esta oportunidad... pero no puedo quitarme de la cabeza lo tuyo. Vaya historia... ¿Y qué va a pasar a partir de ahora? —preguntó Laura con interés, pero Mara no supo qué contestar.

CAPITULO XXIX

—¿Quién eres tú? ¿Qué clase de criatura? —preguntó finalmente Dan después de estar un rato mirando a Mara fijamente.

Ahora que el misterio se había aclarado y por fin el joven Daniel y Mara se habían de encontrar frente a frente era el momento de hablar. Él había regresado a la casa esa misma mañana y había visto a Mara sentada en su rincón favorito del jardín. La joven se percató enseguida de su llegada al escuchar sus pasos que se acercaban. Se emocionó al mirarle y preguntó a su vez:

—¿Qué quieres decir?

—He hablado con mi abuelo. Me lo ha contado todo. Ha preferido que lo supiera todo antes de que nos viéramos tú y yo.

Mara se sintió aliviada y la mirada serena del joven la tranquilizó un poco. Dan se acercó a ella, la obligó a levantarse y la abrazó.

—¿Qué clase de criatura maravillosa cruzaría el mar, dejándolo todo atrás y gastándose sus ahorros para intentar ayudar a un hombre desconocido?

Mara se sintió emocionada con sus palabras. Por primera vez en mucho tiempo le sonaban francas y sin dobles sentidos. Dijo:

—No soy nadie especial. Y te puedo asegurar que intentando salvar a «aquel hombre desconocido», también me salvaba a mí misma —respondió ella que se sentía tan nerviosa como aquella primera vez que habló con él en la playa.

Dan también parecía nervioso. Aún permanecieron un rato abrazados y en silencio, pero había mucho que aclarar y ambos podían sentir como si una sutil barrera se interpusiera entre ellos. ¿Podrían derribarla? Dan habló primero.

—Yo, lo siento pero sospechaba de ti... Tu actitud... Compréndelo, te colaste en el congreso y todas esas preguntas sobre mí... Sea como fuere, me dí cuenta de que la única forma de vigilar tus pasos era que nos casáramos... No parecías dispuesta a otro tipo de relación y yo no podía ignorar lo que pasaba.

Mara se apartó suavemente de él y se sentó. Pareció reflexionar. La brisa le apartó el pelo de la cara y se sintió revitalizada. Lo necesitaba para enfrentarse a esa conversación.

—¿Y preferiste arriesgar el patrimonio de la familia casándote? ¿Qué hubiera pasado si yo hubiera sido una caza fortunas? Me hubiera quedado con todo.

Él se sentó junto a ella con una visible sensación de incomodidad.

—Eso... Pues no exactamente —dijo.

Ella le miró perpleja.

—¿Qué quieres decir?

—Entre los papeles que firmaste para regularizar tu situación en el país, colamos un acuerdo prematrimonial en el que renuncias a cualquier compensación en caso de divorcio.

En ese momento le vino a la memoria el comentario que Dan le había hecho ese día y lo extraña que le resultó su mirada:

«Deberías leer lo que firmas. Es lo más seguro», le había dicho él.

Y ella había contestado: «Pero yo me fío de tí».

Mara se puso de pie de un salto como si se hubiera disparado un resorte bajo su asiento. ¡Qué estúpida e ingenua había sido! Dan la miró sobresaltado.

—Comprende que...

—Entonces, ¿sólo te casaste conmigo porque pensabas que yo era una espía que se había infiltrado? ¿Sólo para tenerme vigilada? Con vuestra posición de privilegio hacéis lo que se os antoja —preguntó con furia y dio unos pasos hacia la casa.

—Sí, así fue... —comenzó a decir el joven que permaneció sentado y manteniendo la mirada fija en la piscina como si eso le ayudase a concentrarse en lo que debía decir.

Pero Mara ya no le escuchaba. Fue como si envejeciera diez años de golpe. Todo el aplomo que había conseguido en esos meses se esfumó en un instante. Aquel «sí» se había clavado en su alma y le costaba hasta respirar. Solo

quería salir corriendo.

—...pero me engañaba a mí mismo, pues en el fondo de mi corazón sentía que tú no tenías nada que ver con aquello. A pesar de las evidencias, a pesar de todo —prosiguió él.

Se revolvió en su asiento como si intentase encontrar las palabras exactas.

—Te he querido desde el primer instante. Y no sabes lo que sentí cuando te vi en aquella cafetería. Tienes que entender que todo te acusaba. Tu actitud tan extraña fisgando en documentos y ordenadores de otros empleados; la cuenta en las Caimán; la documentación que tenías en tu poder... ¿Cuántas veces te pregunté para darte la oportunidad de sincerarte? Y para colmo la agencia de detectives que trabajaba para nosotros en este asunto nos informa que habían interceptado una conversación y que al menos uno de los implicados estaría en el Pinocchio. Cuando me informaron de que eras tú la que estaba allí tuve que ir a verlo con mis propios ojos. Después, al ver aquellas fotos con aquel... Fue como si me desgarraran por dentro...

Aquí Dan calló un instante antes de continuar como si tuviera que coger aire poder para seguir hablando.

—Me sentía tan estúpido después de lo feliz que había regresado de Caimán y no haber encontrado nada que te relacionara con el asunto... Y aún así te seguía amando. No sé a quién pretendía engañar, si en realidad no te hubiera amado, no me habría casado. Supongo que fue una forma de mantener la distancia, por el miedo a que volvieran a herirme, pero te aseguro que... ¿Mara? —preguntó él al comprobar que la chica no contestaba.

Dan se levantó y se giró hacia la casa, pero Mara ya no estaba.

CAPITULO XXX

Las vistas de su nuevo apartamento francamente le gustaban mucho pues daban a un parque y podía desayunar contemplando los árboles. A su regreso de Florida, Mara se había instalado en la ciudad. No quería seguir viviendo en casa de sus padres y tenía suficiente dinero ahorrado como para poder tirar una buena temporada mientras encontraba un trabajo que le conviniese. Con su nuevo currículum se podía permitir elegir.

Desde aquella mañana que había salido corriendo del jardín y de la casa de los Fanjul con aquel «Sí» repicándole en la cabeza y en el corazón, había intentado borrar a Dan de su mente, pero naturalmente no lo había conseguido. Lo quisiera admitir o no, le seguía amando y probablemente seguiría haciéndolo el resto de su vida, pero esta vez estaba dispuesta a salir adelante. La había utilizado y ella había sido tan ingenua que no lo había visto venir. Tendría que vivir con ello.

Los primeros meses habían sido los peores pues volvió a sentir la vieja timidez Además se dio cuenta de que nunca había conocido de verdad el dolor y la tristeza hasta ese momento. ¿Cómo podría continuar su vida a partir de entonces? No lo sabía. Después, recordando todo lo que había sido capaz de hacer y todo por lo que había pasado, poco a poco fue recobrando el aplomo y la seguridad en sí misma, pero el dolor no la abandonó.

En cuanto a su situación, había contratado un abogado en Florida al que había dado plenos poderes para representarla y que todo quedase anulado. Se

marchó del lado de Dan aquella mañana que se había clavado en su memoria de esa manera tan dolorosa, con lo mismo que había traído. Aquella mañana en la que él le había arrancado la inocencia al explicarle por qué se casó con ella, salió y caminó durante horas para poder pensar. Su decisión de marcharse se hizo firme. Regresó a la casa para hacer la maleta, pero él no estaba. Fue un alivio para ella, pues no hubiera soportado volver a verle. Se llevó únicamente la ropa que había traído y dejó el anillo sobre la mesilla de noche. Tenía suficiente dinero ganado con su trabajo, por lo que se alojó en un hotel hasta dejar solucionado el asunto del abogado. Nunca supo cómo la prensa se había enterado de que ella estaba en aquel hotel. Lo cierto es que con todo el revuelo que se había organizado con el escándalo en la empresa, estaban en el punto de mira. Como pudo sorteó a los paparazzi hasta que dejó Florida y la versión oficial fue que se había marchado a España a descansar después de las tensiones vividas.

Sus padres nuevamente no hicieron muchas preguntas —cosa que Mara, como siempre, agradeció— pero se alegraron de que, a pesar de todo, por fin su hija afrontara con confianza su vida. Eso sí, lamentaban no haber podido conocer a Dan y así hacerse una idea más clara de todo. Su madre ni siquiera había tenido la oportunidad de hablar con él por teléfono. Las pocas veces que Dan había llamado, había hablado brevemente con el padre ya que a ella siempre la pillaba fuera. Sus padres más que nadie notaron el cambio producido en ella. Bien, ellos y Tina, que no dejó de pedirle a Mara que le contara hasta los más mínimos detalles de su aventura americana.



Ese fin de semana, Mara había decidido pasarlo en el pueblo con sus padres. Así también podría ver a Tina que no dejaba de insistirle para que se encontraran personalmente.

—Los detalles escabrosos es mejor contarlos cara a cara —bromeaba cuando hablaban por teléfono.

Había llegado por la mañana y apenas había tenido tiempo de saludar a sus padres, cuando Tina apareció en la puerta para darle un abrazo y que la pusiera al día de todo.

—Mira lo que he traído —le dijo su amiga nada más entrar enseñando un paquetito cuidadosamente envuelto.

—¿Son croasanes del *Rincón Dulce*? —preguntó Mara con una sonrisa adivinando lo que escondía aquel envoltorio.

—Pues claro... Me imaginé que los habías echado de menos.

—¡Ay! ¡Cómo te quiero! ¿Te he dicho ya que eres mi mejor amiga?

—Y más te vale no olvidarlo —contestó aquella en medio de la risa general.

—Vamos a la cocina, prepararé café —dijo el padre de Mara y todas le siguieron.

Se acomodaron alrededor de la gran mesa que presidía la cocina sin parar de hablar. Tomaron el café juntos y comieron los deliciosos pasteles.

—¡Cómo los he echado de menos! Qué bien me conoces —exclamó Mara sin poder contenerse mientras mordía el segundo croasan —. Aunque debo reconocer que en Florida también hacen unos dulces muy ricos —añadió con un cierto nudo de tristeza en la voz, pues su mente se había trasladado a aquella tarde que había pasado con Dan en el *Cafe des beaux-arts*.

—Ya te lo he dicho antes... Estaba segura de que los habías echado en falta. Si lo sabré yo —se apresuró a añadir Tina que había notado el cambio en la expresión de su amiga y no quería que se entristeciera más.

Después de desayunar, los padres de Mara se retiraron discretamente con la excusa de que debían hacer algunas compras y dejaron a solas a las amigas para que pudieran hablar con tranquilidad.

—He venido esta mañana porque esta tarde no podré. Tengo la prueba del vestido... Bueno, aún no sé si será ese, pero...

—¿Del vestido? ¿No me digas que...?

—Pues sí. Imagínate, yo, me caso —interrumpió Tina.

Mara se levantó para abrazar a su amiga. Ambas sonrieron y a las dos se les saltaron las lágrimas. Por unos momentos, se olvidó por completo de sus problemas.

—Me alegro muchísimo. David es un chico estupendo. Pero, qué callado te lo tenías. ¿Por qué no me habías dicho nada? —preguntó Mara intentado parecer

sería.

—Tenías tantas cosas en qué pensar. Y no quería «restregarte» mi felicidad cuando tú lo estabas pasando tan mal —respondió Tina.

—Qué tonta. Me lo tenías que haber dicho...

—Y ¿cómo estás? —preguntó al fin Tina.

Mara suspiró y le contó con detalle todo lo que había ocurrido. Su amiga la escuchó con atención y no la interrumpió en ningún momento. No quería alargar la descripción de todo el sufrimiento que había pasado. Cuando se hubo desahogado, la joven guardó silencio. Tina le agarró la mano para darle ánimos y le dijo:

—Al menos piensa que llegará el día en que recuerdes esto y sólo veas lo que has aprendido. Has vivido una aventura, algo completamente fuera de lo corriente. Has amado de verdad. Todo lo que has conocido... Eso ya es un privilegio que no todo el mundo tiene.

—Pero me da tanta rabia haber sido tan tonta...

—Nada de eso. Eres una persona extraordinaria. De las mejores que he conocido. Te arriesgaste cruzando medio mundo para intentar salvar a un desconocido. ¿Quién hace eso? Una buena persona.

La joven hizo un gesto casi de desesperación.

—No, Mara, lo digo en serio. No te conviertas ahora en alguien egoísta por esto que ha pasado. No va contigo. Concéntrate en la maravillosa aventura que has vivido antes de que... todo estallara —insistió Tina que estaba dispuesta a hacer lo que fuera para levantarle el ánimo.

Mara asintió y respondió:

—Lo sé. Me parece que entre la chica insegura y acomplejada que salió de aquí y la que soy ahora hay una vida entera de diferencia... A pesar de todo, ha sido extraordinario.



Después de acompañar a Tina a saludar a su familia y a David, Mara regresó a su casa. Su amiga había insistido tanto, que no pudo negarse. Además le apetecía saludar a los viejos conocidos. Una vez en casa, estuvo el resto de la mañana arreglando su armario para limpiarlo de lo que ya no necesitara. Era una manera de mantenerse ocupada. Acabó de ordenar su habitación ya por la tarde y se sentó exhausta en el sofá. Tenía una sensación extraña, por una parte la invadían los recuerdos y por otra todo le parecía muy lejano.

—Estás pensativa —le dijo su madre cuando la vio sentada junto a la ventana.

—Pensaba en lo que ha cambiado todo desde que me fui... Aunque en realidad creo que la que ha cambiado soy yo. Además no puedo quitarme de la cabeza cómo el destino busca su camino... Un hombre huye a miles de kilómetros de aquí y acaba en el mismo tren que yo... Y ese encuentro trastoca toda mi vida.

Aún así creo que todo esto me ha hecho más fuerte.

La mujer sonrió y se sentó en una silla a su lado:

—Y no sabes lo que nos alegramos tu padre y yo. Nos da tanta tranquilidad ver cómo por fin has tomado el control de tu vida. No importa lo que hayas pasado, lo has sorteado por tus propios medios. Ya era hora de que comprendieras que eras tan válida como cualquiera. Incluso más que muchos, pero te lo tenías que creer tú.

Mara sonrió a su vez y afirmó con la cabeza.

—Siempre me he preguntado por qué te sentías así. No creo que nosotros hayamos hecho nada para darte a entender que tenías algo de malo —respondió su madre como reflexionando en voz alta.

Entonces Mara le contó algo que nunca le había dicho por miedo a que confirmara sus temores. Le explicó todo lo ocurrido con la tía Nely. La mujer la miró perpleja.

—No me lo puedo creer. Pero, ¿por qué no nos dijiste nada? Cariño, la tía Nely hacía eso con todo el mundo. Fíjate, a nosotros, cuando aún no teníamos hijos, nos decía que era una vergüenza que después de dos años aún no le hubiésemos dado un sobrino. Eso sin preocuparle si era porque lo habíamos decidido así o si era un problema de salud... Y cuando por fin te tuvimos a ti, nos dijo que cómo se nos ocurría traer niños a un mundo cómo éste.

Mara no pudo reprimir la risa.

—Y pregúntale a cualquiera de tus primos. Pero, ¿de verdad no te diste cuenta de cómo criticaba a todos por todo? ¿Ni cuando ibas a visitarla de más mayor?

La joven reflexionó y se dio cuenta de que era cierto. Si se paraba a recordar las conversaciones de la tía Nely, casi todas eran para criticar a alguien. El problema era que Mara estaba tan sensible que todo lo que le decía a ella le parecía infinitamente más grave que lo que le decía a los demás.

—Sí, en realidad el problema lo tenía ella —prosiguió su madre—. Debiste hablar con nosotros. ¡Cuántos problemas nos buscamos o no solucionamos por no ser sinceros los unos con los otros! —concluyó.

La última reflexión de su madre la dejó pensativa. ¿Si hubiera sido sincera con Dan desde el primer día habría cambiado algo? No podía quitarse esa idea de la cabeza. Decidió ir a tomar algo. Necesitaba pasear y despejarse un poco así que se arregló y salió de la casa. Paseó por la calle principal y llegó a una cafetería del centro que siempre le había gustado. Se sentó a una mesa junto a la ventana. Le encantaba aquel rincón. Sonrió al recordar como hacía poco más de un año no se atrevía a entrar sola en la cafetería para que no pensarán que era un poco rara.

«Un pueblo pequeño es así, dos veces sola allí y ya eres la solitaria de la cafetería del centro», recordó sus antiguos pensamientos.

Naturalmente todo eso no era más que producto de sus inseguridades, pero le había afectado hasta el punto de que aquella era la primera vez que entraba

sola al local.

—¡Cuántas tonterías, Dios mío! —susurró sacudiendo la cabeza —. ¡Qué estúpida he sido!

Estaba tan enfrascada en sus pensamientos que no notó que alguien se acercaba hasta que oyó que le decían:

—Hola, ¿cómo estás? No esperaba encontrarte aquí.

La joven miró hacia donde venía la voz y se encontró frente a frente con Fran.

—Hola. Tampoco yo esperaba verte —respondió ella con una sonrisa y un aplomo que él no había visto nunca en ella.

Eso le animó a preguntar:

—¿Te importa que te acompañe?

—No, claro que no —dijo ella con seguridad

Fran se sentó a su lado y sus miradas se encontraron. En ese momento fue como si se descorriera un velo ante sus ojos. Sintió como si lo viera por primera vez. El velo había caído y se preguntó cómo había podido engañarse a sí misma durante tanto tiempo. Nunca había estado enamorada de él. Todo había sido producto de su imaginación. Un cuento en el que poder vivir segura, y que le había hecho perder el tiempo. Pero ahora ya todo eso daba igual.

—¿Cómo está Clara? —preguntó la joven.

—No lo sé —respondió él encogiéndose de hombros—. Hace un tiempo que no la veo. Estamos separados.

—Lo siento —dijo ella sinceramente.

Le echaría la bronca a Tina por no informarla de los cotilleos del pueblo, aunque con los líos que habían tenido, su amiga solo se preocupaba por aconsejarla que fuera prudente y no le extrañaba que se olvidara de todo lo demás.

—No, no lo sientas. La culpa es nuestra. No debimos casarnos. No podía funcionar. ¿Y a ti cómo te va? Ya sé que tienes un marido de los que destacan.

Mara sonrió y le contó por encima el trepidante año que había vivido. No entró en los detalles más dolorosos y simplemente le dijo que había aprovechado que habían venido a Europa para visitar a sus padres. La verdad aún no se había hecho pública y ella no tenía ganas de hablar del asunto. Nadie excepto sus padres y Tina sabían que ahora vivía en la ciudad. Ya tendrían tiempo de enterarse los demás.

—Es un gusto poder hablar así contigo. Antes parecía que me rehuías.

Mara sonrió de nuevo. En ese momento sonó un mensaje en el móvil de la joven. Lo miró de pasada y vio que su madre le pedía que comprara algo para cenar porque habían decidido no cocinar esa noche.

—Disculpa, pero si no le contesto no parará —dijo ella.

—Claro, no te preocupes.

Ella le indicó a su madre que tardaría un rato porque se había encontrado con Fran, por lo que se daba por enterada y ya haría la compra después. Su madre se limitó a enviar unas caritas sonrientes, y el móvil no volvió a sonar.

Fran, que había seguido todas las operaciones en silencio, por fin continuó:

—La verdad era que me gustabas mucho en el instituto, pero no me atrevía a decirte nada... Siempre parecías distante y creía que yo no te caía bien.

—Pues no era cierto. Es sólo que a veces una se comporta de una manera estúpida. Lo siento.

—Quién sabe qué hubiéra ocurrido si... —prosiguió él pensativo.

—Para eso sí que ya es tarde... Pero no dejemos escapar la amistad. Tampoco se encuentra fácilmente —aseguró Mara.

Pensó que aunque no estaba enamorada de él, sí podrían haber sido muy buenos amigos todos esos años. Eso sí lo había perdido y lo lamentaba profundamente. Continuaron hablando todavía un buen rato y se despidieron con la sensación de que de había empezado de verdad una relación de verdadera amistad entre ellos. Por fin podrían ser amigos.



Esa misma tarde sonó el teléfono en casa de Mara. Su madre contestó.

—¿Mara? No, no está. ¿Quién la llama?.

—Soy... un antiguo compañero de... estudios —respondió con cierta duda inicial, la voz al otro lado del teléfono.

—Ah, ahora mismo está con Fran, pero no creo que tarde ya.

—¿Ha dicho Fran? —respondió secamente el hombre.

—Sí, es un amigo suyo. ¿Quiere que le diga algo?

—No, no se moleste.

Más tarde, nada más entrar Mara en casa, su madre fue directamente hacia ella.

—Alguien te ha llamado —le dijo—. Pero, ¡qué cabeza tengo! No consigo recordar quién.

—Si no lo recuerdas es que no sería importante —respondió ella sonriendo.

Pasados unos tres meses, Mara recibió los papeles firmados. Todo había quedado anulado. Sintió una punzada cuando abrió el sobre y vio la firma de

Dan al pie de la página. Aunque no quisiera admitirlo, en el fondo de su corazón guardaba la esperanza de que él se arrepintiera y viniera a buscarla. Ahora ya estaba claro que eso no iba a pasar. A la semana siguiente aceptó el trabajo que le había ofrecido una multinacional alemana.

CAPITULO XXXI

—Tienes que venir este fin de semana.

La voz de su madre sonaba imperativa. Con una firmeza que Mara no recordaba haberle oído nunca. Su padre se escuchaba de fondo dándole la razón.

—Pero es que tengo un viaje programado el jueves y no sé si llegaré a tiempo
—protestó la joven.

—Pues haz lo que haga falta por estar aquí el sábado por la tarde. Y si es por la mañana, mejor.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa el sábado por la tarde? —preguntó algo molesta.

—Mira, hace casi dos meses que no te vemos y si te vimos fue porque nosotros te visitamos. El cumpleaños de tu padre fue la semana pasada. Quiero que de vez en cuando la familia se reúna.

Mara no tuvo valor para negarse. Tenía razón. Ella había hecho su vida y sus padres no habían interferido en nada. Lo cierto es que a esas alturas Mara no lo habría consentido, pero ellos no eran de esos. Así que si ahora le pedían que fuera a cenar con ellos un día, sentía que se lo debía. Desde que se incorporara a su nuevo puesto, apenas les había visitado un par de veces.

Entre el trabajo, las reuniones y los viajes que debía realizar por su cargo no tenía tiempo para nada. Y lo prefería así, no podía pararse a pensar. Ya había pensado bastante y se había reprochado su parte de responsabilidad en todo lo ocurrido. Lo había hecho mucho tiempo después, demasiado tiempo después, pensaba la joven. Le parecía inexplicable su comportamiento. Y ridículos sus intentos de emular a un agente secreto y sobre todo le parecía inexplicable no haber hablado con Dan desde el primer momento y tal vez haberle puesto en peligro.

—Pero cuando el miedo, la inseguridad o la indecisión toman el control, poco se puede esperar —se había dicho así misma.

Eso no disminuía el daño que Dan le había hecho, pero podía comprenderle. ¿Qué importancia tenía ya, si él no la quería? Lo único bueno eran las valiosas lecciones que había aprendido de aquella experiencia.

Se había convertido en una mujer madura y serena. Eso la hacía mucho más hermosa. Paradójicamente, su nuevo aire indiferente la había convertido en alguien muy atractivo para los hombres y podía decir, sin temor a equivocarse, que no tenía más éxito en ese campo porque ella no quería. Aun así había buscado hueco para salir con un par de chicos. Nada serio, pues no podía quitarse a Dan de la cabeza. El que más le había durado, no llegó a tres meses. Quizás fuera demasiado pronto, pero necesitaba intentarlo. Le aterraba volver a retraerse en sí misma. Y porque cuando estaba sola era cuando más recordaba y más sufría. No obstante, después de esos intentos había decidido tomárselo con más calma y darse tiempo. Había pasado poco más de un año desde que regresó de Florida, y aunque no lo quisiera admitir al principio, pues lo único que deseaba era huir del pasado, no estaba preparada para una

relación. ¿Cómo podría olvidar las noches, los días pasados juntos; los besos en la playa, el barco, el té en el Cafe des beaux—arts? Muy sencillo, no podría. Y tendría que aprender a vivir con ello.

Así que Mara se presentó en casa de sus padres aquel sábado por la mañana. Abrió con su llave y se extrañó de que no salieran a recibirla. Se le cayó la maleta que al suelo cuando entró en el salón y vio quién había allí.

—¿Qué...? ¿Qué hace él aquí? —balbuceó.

—Mara, por favor. Qué modales son esos —le regañó su madre.

La joven respiró hondo y dijo:

—Lo... Lo siento. Ha sido la sorpresa. ¿Qué hace aquí, señor Fanjul?

—¿Ahora me llamas así? Creía que ya habíamos pasado esa fase y que me llamabas Daniel —respondió el aludido sonriendo.

—Mira, hemos tenido una conversación muy interesante con Daniel. Y ahora me doy cuenta de que debimos profundizar algo más en lo que ocurrió entre tu marido, perdón, ex-marido y tú —dijo su padre.

La madre asintió y añadió:

—Ya sabes lo que pienso. A veces nos buscamos problemas por no ser sinceros, por no interesarnos por los demás.

A Mara le vino a la mente la leyenda de Perceval y cómo por no preguntar en el momento adecuado, no impidió un desastre. Había aprendido que una de las cosas importantes en la vida era saber cuándo hablar y cuándo callar.

—Así es. Daniel está de viaje de negocios por Europa y aprovechando que pasaba por España nos llamó, y después de hablar, decidimos entre todos que lo mejor es que vinieras a verle personalmente.

—Pero, ¿por qué no me ha llamado a mí? —preguntó la joven mientras se sentaba en el sofá junto al invitado.

—Éste era el único teléfono que teníamos —respondió Daniel.

—Bien —dijo el padre de Mara—. Os dejaremos para que charléis tranquilamente.

Mara se irguió en el asiento, inquieta por lo que el abuelo de Dan viniera a decirle. Desde luego era una visita que la joven no hubiera esperado ni en un millón de años.

—¿Te ha molestado que viniera? —preguntó Daniel.

—No, por supuesto que no. Sólo me ha sorprendido.

—Veras, Mara. Creo que siempre me he portado bien contigo —comenzó a decir el hombre después de cambiar de asiento para tenerla frente a él y poder mirarla a los ojos con mayor comodidad.

—Desde luego que sí y le... Lo siento es que no me acabo de acostumbrar. Le estoy muy agradecida —se apresuró a responder la muchacha.

—Mi nieto ha sufrido mucho en su vida. Primero la muerte de sus padres cuando aún era muy niño. Más tarde el abandono de su novia casi a los pies del altar. Después ha tenido muchas relaciones, pero en su interior siempre ha estado solo. Hasta que te conoció a ti. Nunca le había visto tan feliz y sereno. Y nunca le había visto sufrir tanto como desde que te marchaste.

—Yo no entiendo... —Mara intentaba comprender algo de lo que le decía pero no alcanzaba a conseguirlo: ¿Que la había querido alguna vez? ¿Que aún la quería?

—A mi edad me precio de conocer a las personas. Creo que eres una buena chica. Eso me pareció desde que te vi y nunca creí que estuvieras involucrada en nada de aquel turbio asunto. Por eso estoy aquí, para darte la oportunidad de explicarte. Sé que mi nieto no lo hará porque es muy orgulloso y testarudo. Así que dime, ¿por qué te marchaste?

Mara cada vez entendía menos lo que pasaba, pero aún así le contó lo que había ocurrido la mañana en que Dan le había explicado con detalle por qué se casó con ella y cómo había salido corriendo porque no soportaba oír ni una palabra más de lo que estaba diciendo. Además pensaba que él se veía con otras mujeres y le relató lo que Matilde le había dicho aquel día al confundirla con Laura, que Dan había salido con una antigua amiga.

—¿No me digas que aún crees una sola palabra de lo que dijo aquella mujer? —preguntó él secamente—. Debiste quedarte hasta acabar de escuchar lo que

Dan estaba intentando confesarte ¿Y tú no has vuelto con un tal Fran?

—¿Fran? —preguntó ella perpleja—. Pero, ¿de dónde han sacado semejante idea? Por supuesto que no. Ni somos, ni hemos sido nunca pareja. Me encontré con él por casualidad una vez, pero eso es todo.

—Ya sabía yo que todo tenía que tener una explicación. Tú, ¿amas a mi nieto?

—Ojalá pudiera decir que no —respondió ella.

—No digas eso nunca más. Es absurdo que estéis sufriendo los dos por un enorme malentendido —sonrió Daniel contento porque su nieto hubiera encontrado por fin la felicidad.

Mara tampoco podía creer semejante milagro. El anciano la abrazó y le dijo:

—Mañana por la noche ve a la playa donde hablasteis por primera vez y espéralo allí. Yo me encargo de que vaya.

—Pero ¿cómo...?

—Haber sido el dueño y ser el abuelo del actual propietario de una empresa como Exportadora Americana, te otorga algunas ventajas... Como disponer del avión privado de la empresa.

—¿Y mi trabajo? No puedo dejarlos así.

—Déjalo de mi cuenta. Conozco muy bien a Heinz. Fuimos compañeros de

facultad.

Naturalmente, Heinz no era el jefe directo de Mara, sino que era el accionista principal de la compañía. O sea, el dueño de la empresa. Así que con semejante contacto seguramente la joven no tendría ningún problema si cogía unos días de vacaciones.

—Y nosotros ya tenemos las maletas hechas —se oyó una voz a la espalda de Mara—. Ha tenido que venir él a invitarnos ya que tú no te decidiste.

Ella se volvió sorprendida y vio a sus padres sonriendo de oreja a oreja.

—Naturalmente. No vamos a dejarlos aquí. Tienen que conocer la casa que ahora tienen en Florida —añadió Daniel.

CAPITULO XXXII

El viaje le había parecido muy corto pues cruzaron el Atlántico charlando sin parar. Mara pensó que viajar en avión privado era muy cómodo, aunque no muy ecológico, pero aquello había sido una especie de emergencia. Antes de subir al avión, había llamado a Tina para explicarle las novedades. Ésta había reaccionado con tal alegría, que le había faltado poco para presentarse en el aeropuerto y dejar empantanados los preparativos de la boda. Mara la calmó y quedaron en que la luna de miel la pasarían con ellos en Florida.

La joven eligió el vestido y el perfume con mucho cuidado esa noche y procurando que esta vez no se le cayera. Como chica estudiosa que era, había sacado todo el partido al cursillo de protocolo que había hecho. Había tenido que ponerse al día. Así había aprendido a estudiarse y a elegir la ropa, el perfume y el maquillaje adecuado para cada ocasión y que mejor se adaptase a ella. El resultado fue notorio desde el primer momento y ella fue consciente de ello enseguida. Y le cogió el gusto.

Después de arreglarse, respiró hondo y llamó a un taxi. Había preferido ir por su cuenta. Sus padres se habían quedado en la casa de la familia Fanjul descansando del viaje y admirando el paisaje. Dan seguía viviendo en el apartamento del *Jupiter Yacht Club*. No había querido regresar a la casa donde habían vivido juntos. No quería recordar.

Mientras cruzaba la ciudad trataba de imaginarse el encuentro. ¿Le hablaría él primero o esperaría a que ella iniciase la conversación? Estaba nerviosa y al mismo tiempo feliz. Pero sobre todo se sentía segura de sí misma. Capaz de mirar a los ojos a cualquiera como a un igual.

Por fin llegó a la playa como le había pedido Daniel y allí, sentada sobre la arena, esperó a Dan. Aún se sentía nerviosa y feliz pero también enfadada porque hubiera dudado de ella. Su corazón era una mezcla tal de emociones que le hubiera resultado imposible describirlas. El primero que llegó trotando por la playa fue Simba, que se dirigió directo a ella meneando la cola con total entusiasmo.

—¡Hola, amigo! Te he echado mucho de menos —exclamó Mara sinceramente al tenerlo cerca y mientras le acariciaba, tratando de esquivar los lametones entusiastas del animal.

Al poco apareció Dan y caminó lentamente hasta llegar a su altura. Quedó impresionado al contemplarla. Tenía algo nuevo. Un aire de seguridad y al mismo tiempo no había perdido su aspecto de niña. La encontró irresistible. Permaneció allí de pie, con los ojos fijos en ella, durante unos instantes. Después se sentó a su lado. Simba también le saludó de forma efusiva como si hiciera años que no lo veía.

—Pensé que te gustaría verle —comenzó a decir Dan.

—Sí, me alegro mucho de que lo hayas traído —respondió Mara.

Los dos quedaron de nuevo en silencio. Mara acariciaba la arena sin hablar para no romper el encanto del momento. Después de los saludos, Simba se concentró en todos los olores diferentes que una playa al anochecer le ofrecía y dejó a la pareja sola con sus pensamientos. Mara se puso en pie y se dirigió a la orilla. Él la siguió. La brisa le refrescaba la cara haciéndola sentir ligera y nueva. Dan la observó extasiado.

—Me volví loco pensando que te habías burlado de mi. Incluso lo que ocurrió con aquella novia no tuvo importancia, porque nunca he amado ni podré amar a nadie como te amo a ti —le dijo.

Ella se estremeció cuando la abrazó por la espalda.

—¿Y crees que yo no siento lo mismo? ¡Te he amado todo el tiempo! Pero dudaste de mí..

—Y tú también.

—Tienes razón. Pero con tu fama... Además firmaste los papeles sin vacilar —dijo ella.

—Y ti te faltó tiempo para verte con Fran. Antes de firmar aquellos dichosos papeles, llamé a casa de tus padres para hablar contigo y me dijeron que estabas con él —añadió él dolido.

—Hemos hecho y dicho muchas tonterías, en lugar de hablar directamente el uno con el otro.

—Es cierto —respondió él.

Dan le rozó el hombro con los labios sin dejar de abrazarla y a Mara se le puso la piel de gallina. Permanecieron un rato más mirando el mar sin hablar.

—Aquí tengo algo que te pertenece —dijo el joven de repente haciendo que Mara se volviera hacia él y sacando del bolsillo de su pantalón una cajita que la chica reconoció en seguida.

La abrió y se la entregó. Mara no podía disimular su emoción. Era el anillo más hermoso que había visto en su vida por todo lo que significaba y había llegado a echarlo de menos.

—Dan —susurró—. Esto es...

El joven saco el anillo de la caja que aún sujetaba Mara y se lo colocó en el dedo.

—¡Qué tontería! Si estoy temblando —exclamó la joven emocionada por el final que iba a tener aquella aventura.

—No te lo quites más — le dijo —. Mañana mismo volveremos «a firmar los papeles», pero esta vez sin trampas.

—Pero, ¿es posible...?

—Silencio —dijo él acercándose más a ella—. No es el momento de hablar. Por cierto —añadió—. No dejes que te cambien nunca.

Y la besó.

FIN

de

Un destino inesperado

Por si te interesa:

La Pimpinela Escarlata es una novela de intriga y romance escrita por Emma Orczy y publicada en 1905. Es considerada uno de los grandes clásicos del género de capa y espada.

Perceval o el cuento del Grial es una narración de Chrétien de Troyes escrita hacia 1180 y pertenece a la tradición de la materia artúrica y caballerescas.

Extraños en un tren es una película americana dirigida por Alfred Hitchcock en 1951.